









AÑO VII

NÚM. LXXV

LA

ESPAÑA MODERNA

---

Director: J. LÁZARO

—  
MARZO 1895  
—

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIL

1.013.—*San Bernardo, 92.—Teléf. 3.074*



*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*



# EL ÚLTIMO VALS

---

## I

**P**obre Perico Ponce! ¡Cómo se aburre y bosteza! ¡De qué buena gana se largaría y se quitaría las botas de charol, que le acaloran y molestan los pies, y se despojaría del traje de golondrina humana, llamado frac y corbata blanca, y se metería en la cama para buscar en el abrazo de las sábanas y en la deliciosa horizontalidad del colchón descanso á la forzada perpendicularidad á que hace tres horas está sometido su traqueteado cuerpo!

Sí; Perico se aburre de lo lindo y aun de lo feo. Y sin embargo, el baile de los barones de Villamor se encuentra en el período álgido de sus esplendores y encantos; en el momento supremo en que los cronistas de salones andan á caza alfabética de nombres ilustres ó lustrados, á pesca de adjetivos pintorescos, adverbios de modo y moda, tiempo y lugar, superlativos insuperables, epítetos inconmensurables, poniendo á contribución galantería, ingenio, erudición, gramática, estética, retórica y poética, á fin de al día siguiente dar en letras de molde á la humanidad expectante y espectadora un destello, un eco, una estereoscópica visión de aquel paraíso *dancesco*, de aquella divina comedia de almas vivas y cuerpos



elegantes, más ó menos transfigurados por la moda, el lujo ó la vanidad, las tres personas distintas y un solo dios verdadero del mundo moderno.

Son las dos de la mañana: las velas están medio derretidas y los corazones derretidos del todo con la triple expansión calórica de la luz, el vals y el amor. Las jóvenes ostentan sus mejillas de rosa, más ó menos artificial; las jamonas sus sabrosas pechugas trufadas con diamantes. Muchas mamás desbancan á sus niñas, atrayendo á pollos con espolines, gallos con espolones y aun pavos verdicanos y babosos, si no con su frescura y su inocencia, con su gracia, su malicia y sus carnes en punto de caramelo, que están diciendo comedme. Las abuelas ó mamás ya cesantes del servicio del amor; las clases pasivas de solteronas jubiladas; la legión de las feas, desterradas del reino de la galantería, forman el marco del cuadro, acaparan las sillas, se dan aires ya sólo con el abanico, discuten en pretérito pluscuamperfecto las pesimistas filosofías del desengaño, dan sus cabezadas de sueño ó de fastidio, meditan sobre el sermón del día, ó quizá preparan el que han de echar en llegando á casa á sus pecadorzuelas y coquetuelas valsadoras, más devotas de Juan Strauss que de Tomás Kempis. En el centro del salón, el *struggle for wals*, la lucha por la pareja, da lugar ó esa giratoria batalla en que el héroe es el que más empuja y el vencido el que antes se marea, y allí cada valsista, valsante ó valsador, gira al compás de la embriagadora orquesta con un ardor, entusiasmo y esmero, como si de lo alto de las pirámides cuarenta siglos contemplasen su coreográfica victoria. Y mientras los jóvenes bailadores (no los confundamos con los bailarines) pierden el compás y á menudo la cabeza, los señores mayores pierden duros y aun blandos, es decir, billetes, en las mesas de tresillo, y los políticos pierden lo que ya no puede estar más perdido, el país, discutiendo sus destinos (los de ellos), esperando la hora en que las galantinas, jamones, aves, pasteles, cremas, dulces, frutos, vinos y licores realicen, en la unidad del *buffet*, el milagro de la



libertad, igualdad y fraternidad que los cocineros y pinches de la política no han podido aún realizar, á pesar de disponer del fogón del presupuesto y de tener las cazuelas y la sartén del Estado por el mango.

¿Y cómo no ha de aburrirse Pedro Ponce si acaba de volver de Cuba, donde ha estado diez años amontonando pesos fuertes, ganados con el sudor, no de su frente, sino de todo su cuerpo; y al llegar rico, independiente, azafranado el rostro por la fiebre amarilla y por el oro amarillo, que es también una fiebre, se encuentra hecho un forastero en su antiguo Madrid, en esa ciudad de los gatos, cuyo río toma sus enjabonadas aguas del Leteo, á juzgar por lo olvidadizos que son sus hijos para el que se ausenta cuatro días? En el baile de su amigo el barón de Villamor, á quien conoció en la Habana de vista, es decir, de miope de aduana, y á quien por su talento *administrativo* ha condecorado y *baronizado* la metrópoli agradecida; en ese baile, á que acuden las eminencias sociales de la aristocracia, la política, la banca, el talento, á rendir tributo al dios Exito, el buen Ponce se encuentra solitario en medio de tanta gente, sin cambiar más que algunos saludos ó palabras de mera cortesía, sin saber con quién ni de qué hablar, y despreciando todas las invitaciones al vals, más tentadoras que la Weber, no sólo por falta de arte pedestre, sino de pareja que le solicite ó acepte.

Cuando falto de oxígeno, sobrado de carbónico, mareado de girar como astro sin órbita ni atracción central, hartado de codazos y empalagado de esa refinada frivolidad que es la sustancia insustancial de todo baile, saca su reloj para consultarle, como inseparable amigo y consejero, su parecer sobre si es ya hora de que un hombre serio y pensador se largue antes de que empiecen las interminables *niñerías* del cotillón; cuando está á punto de tomar la heroica resolución y solución de sus soñolientos dilemas, da de repente un grito de alegría. ¡Ah, en el ángulo de uno de los salones ha visto una cara amiga, y qué amiga! Es el rostro encantador de una mujer á



quien le liga amistad casi fraternal. Es la íntima, la favorita á quien no ha olvidado, ni de fijo le ha olvidado, por más que el Atlántico y dos lustros hayan tratado de divorciarlos para siempre, interponiendo olas y minutos, que son las olas del tiempo, atenuando y aminorando la frecuencia de las relaciones postales hasta lograr con las adormideras del olvido y los velos del pasado, si no cortar, interrumpir el vínculo de una amistad, con sus ribetes de platonismo por parte de Perico. ¿Cómo ver á su amadísima Julia Torrente sin precipitarse como un ídem, atropellando parejas, pisando colas, enredándose en encajes para llegar hasta ella y descargar, al contacto de las manos, todo el fluido psico-eléctrico del corazón?

Como dos resucitados que se encontrasen de nuevo en la vida, Julia y Perico, movidos por resortes de nervios, se precipitan con avidez, se estrechan con efusión ambas manos, y á no estar allí como un polizonte el gran Galeoto, es decir, el mundo con sus vetos, su inspección, su moral y su crítica, se hubieran dado estrechísimo y prolongado abrazo, acompañado de casto beso, que hubiera estremecido de horror ó de envidia á las escotadas beatas y condecorados Tartuffes del concurso.

—¡Queridísima Julia!

—¡Perico del alma! ¿Tú aquí? ¡Qué sorpresa! ¡Qué alegría!...

Y después de hacerse las precipitadas y acumuladas preguntas y respuestas de la amistad y el interés; después de las primeras expansiones del momento y las gratas evocaciones del pasado, se sentaron á charlar, como si los diez años hubieren sido diez días de ausencia y como si las gentes que los rodeaban se hubiesen evaporado como sombras; tan absorbidos se hallaban uno en otro.

—¿Pero eres tú? ¿No estoy soñando? ¿Eres aquella Julia, es decir, aquella Julieta, como te llamábamos los Romeos chiflados por ti?

—¡Julieta! Di más bien Juliota; pues soy la misma, con la diferencia de diez años más encima y algunas ilusiones menos;



cōn arroba y media más de tocino sobre mi caparazón de ex-polla, lo que me da este aspecto de jamona. ¿Me encuentras muy vieja?

—Al contrario, Julia; estás hermosísima, más hermosa que antes, y estos diez años de ausencia te han corregido y aumentado. Chica, estás guapísima, preciosísima, fascinadora, enloqueciente.

—¡Adulador, poeta, farsante!

—¡Qué farsa ni qué ocho cuartos! Mirate al espejo, y si yo te adulo él también te adula. Mi palabra de honor, Julieta, te encuentro, sí, muy cambiada, pero es en mejor. Antes eras demasiado delgada para tu estatura, pero hoy te has llenado y estás hecha un modelo de perfección. Hablando á lo folletín, te diré que tienes la gallardía de una ninfa y la majestad de una diosa.

—Eche V. guindas.

—Pero, sentémonos, que necesito hacer el análisis espectral de tus ojos y el examen pericial de tu cuerpo. Luego pasaré á hacer el de tu conciencia, que debe acusarte de muchas cosas, y á la confesión general de tus pecados de estos diez años, pecados que deben ser capitales y mortales, ó, mejor dicho, mortíferos. ¡Cuántas víctimas habrás hecho!—Más que las del Dos de Mayo.

De eso hablaremos después, ¡porque tenemos tanto que hablar! ¡Tengo tantas cuentas que ajustarte! Empecemos por el continente y luego pasaremos al contenido. A ver, vuélvete de perfil. ¡Soberbio, *praxiteliano*! Chica, me ratifico en lo dicho: estás guapísima, y mereces todos los ísimos de mi comparativa y superlativa admiración. Te lo voy á demostrar geoméricamente. Tu pelo no ha sido profanado ni por cana prematura ni por vil postizo. Se te ha oscurecido algo: aquellas ondas, aquellas trenzas de oro que yo te pedía para fundirlas en monedas de cinco duros cuando estaba sin un céntimo, han tomado unos tornasoles de bronce rojizo que te van, no á las mil, sino á las cien mil maravillas. Y, dicho sea de



paso, tu peinado es irreprochable. Un aplauso al peluquero ó peinadora.

—Me he peinado sola y sin mirarme al espejo.

—Pues doble aplauso, y para ti sola.

—Ahora tomo el pincel y paso á pintar tu cara, ya que veo que no te la pintas como esa clorótica que está á tu derecha, y esa apoplética que está á tu izquierda.

—Vamos á ver, Ticiano, ya me tienes en postura; pinta.

—Tu color, aquel color que yo en broma llamaba de rosa abochornada, ó de *Aurora floreal*, le has perdido; pero en cambio tienes una palidez tan pura, tan... ¿cómo diré?, tan *marfilina*, tan interesante, tan soñadora, tan... En fin, que no encuentro el simil poético para compararla, ni el adjetivo para calificarla.

—Bien; pues no la compares ni califiques. Quedemos en que mi palidez es incomparable é incalificable.

—Ahora viene lo bueno. Tus ojos..., mírame bien, así. Siguen tan grandes, tan luminosos y fascinadores como cuando yo me marché huyendo de ellos; pero...

—¡Ay de mí!; ya viene el pero.

—Sí, pero ese pero es lo bueno. A aquella expresión de alegría y viveza burlona que me traía hecho un lila, ha sucedido una expresión de melancolía é inteligencia indecibles. Antes esos ojos vertían chispas; después han debido verter lágrimas... ¿Eh?

—A torrentes. Eres buen *psicólogo*. Sigue, que el retrato me va gustando, más por lo lisonjero que por lo parecido.

—Adelante; dejemos los ojos. No me mires más con ellos, porque me va entrando el mareo, y voy á disparatar. Las partes inmóviles siguen idénticas: las mismas orejitas, confesonarios de tantos amores; la misma boca fresca como una gruta de sonrisas, y ardiente como un volcán de besos; los mismos dientes..., ¿á ver?, riete. ¡Basta! ¡Cierra, cierra, que te los voy á robar para una botonadura de perlas! Los mismos brazos que hace años te está pidiendo desde el Louvre la



manca Venus de Milo; la misma blanca mano que aún nadie ha pedido, ó por lo menos, conquistado, porque nadie la merece. En fin, chica..., *la suite au prochain numero*, porque si sigo en este estilo de folletín, me voy á chupar unas nuevas calabazas más gordas é insípidas que las que me propinaste cuando tenía diez años menos, y menos patas de gallo que hoy.

—¡Ja, ja, ja!; siempre el mismo, Perico. Tan humorista y cariñoso.

—Y ahora basta de forma, y vamos al fondo. ¿Con quién vienes?

—Con mi prima Tula Ramos, una viudita que... vamos, ya puedes ir ensayando una declaración porque te va á desvencijar. Luego te la presentaré.

—Por supuesto, tú sigues soltera, aunque parezca inverosímil. Me interesa saberlo por si *me digno* presentarte mi candidatura ahora que no soy un pelagatos como antes.

—Tranquilízate; sigo soltera.

—Respiro. ¿Tienes novio?

—¡Dios me libre!

—¿Cómo Dios me libre?...

—No pienso casarme.

—¡Qué! ¿Con tu cara, tu talento, tu edad, tu fortuna y demás señas particulares piensas acaso meterte monja?

—Meterme monja, no; pero casarme... uff, ¡qué horror!

—¿Acaso lo has experimentado?

—Soy viuda sin haber sido casada.

—¿Viuda? Explícame ese enigma.

—¡Ah!, ese es mi secreto.

—¡Secreto! ¿Y le tendrás para mí?

—¿Qué te importan ya mis secretos?

—Más que los míos. ¿Qué es ello? Algún desengaño. Vamos, ¿sigues tan romántica como antes?

—Al contrario; soy más prosaica que una lavandera. Ya no sueño, ni creo, ni espero nada. Vivo en la región serena de las nieves, digo, de las indiferencias perpetuas. Aquí mismo,



en este baile donde si quisiera podría entregarme á todos los excesos de la coquetería como todas esas, ya ves que estoy sola en un rincón, admirando cómo bailan y se divierten los demás, y á no ser por ti, estaría caminando hacia la cama, la gran consoladora, la única que tiene el secreto de hacerme soñar á veces entre ronquido y ronquido.

—Tu pesimismo me espanta. Tienes que contarme la novela de tu vida. Y á propósito de novela; ¿no has vuelto á escribir ninguna?

—No; dejé de escribir por temor de pasar por pedante. Me persuadí de mi medianía, á pesar de los elogios con que tú y algunos literatos aduladores me queríais trastornar la cabeza, haciéndome creer que iba á ser la George Elliot ó la George Sand española; tuve el talento de colgar á tiempo mi pluma de ganso, y ahora, gracias si con ella escribo la cuenta de la plaza. Eso sí; asunto no me falta, y yo te contaré algún día mi novela *realista* y real. Ahora hablemos de ti. ¿Qué es de...?

—Julia, ¿quiere V. bailar el próximo vals conmigo?—Así dice, interrumpiéndola un almibarado galli-pollo, de gentil apostura, acompañando la invitación con la más graciosa sonrisa y la más curvilínea de las cortesías.

—Muchas gracias; no bailo—responde Julia con enérgica é indefinible sequedad, que desconcierta al invitante y sorprende á Ponce.

El desairado invitador hace una nueva cortesía, acompañada de un ademán de excusa, da media vuelta y se aleja.

En aquel momento una pequeña pero escogidísima orquesta, acompañada de piano, empezó á tocar el misterioso preludio de uno de esos vales nacidos en Alemania, románticos, nerviosos, que adormecen y embriagan á la vez los sentidos, como si se bebiera una copa llena de opio disuelto en champagne. Cuando después de una melancólica y sostenida nota estalló, por decirlo así, la fermentación del vals, y el tentador y ondulante ritmo empezó á desbordar como sonante espuma de armonías, Julia, como si aquella música fuese una horrible



disonancia, hizo un gesto de profundo disgusto, cerró los ojos y se tapó los oídos, quedando en actitud tan inmóvil, tan dolorida y de tal reconcentración mental, que no parecía sino que su espíritu, por los hilos del recuerdo, se había ausentado del presente, dejando al cuerpo petrificado y como inconsciente del mundo externo, de toda realidad objetiva. Al fin, como saliendo de su sueño, levantó los ojos humedecidos de lágrimas mal contenidas, y fijándolos suplicantes en Perico, exclamó poniéndose en pie:

—Vámonos de aquí.

—Qué es eso, Julia, ¿te has puesto mala?

—Ese vals me mata. Cada una de sus notas es un puñal que me hiere el corazón. Vámonos lejos, donde no le oiga. Vamos á la planta baja, al gabinetito azul. Allí no va casi nadie. No quiero que me vean llorar.

Y levantándose y tomando el brazo de Ponce, salieron del salón, y cruzando antesalas y bajando alfombradas escaleras, llegaron, al fin, al sitio designado por Julia, con el nombre de gabinetito azul. Y azul era, en efecto. Sus paredes, sus cortinajes, su sillería, sus quinqués de luz transparentada por pantallas azuladas, todo daba á la estancia ese tono *paradisial* de las esferas en que pintan á los espíritus seráficos. El azul es el color del espíritu, como el rojo es el de la carne. Lo azul da un tinte celeste á las formas terrenas é idealiza la tosquedad de la materia. Algunas flores colocadas en elegantes vasos esparcían un olor casi azul por lo suave y delicado. Los preciosos óleos, grabados y acuarelas que adornaban y hacían, no ya oír como supone el refrán, sino hasta hablar á las paredes, convirtiéndolas en colgantes escenarios, parecían puestos allí para evocar historias, sueños y recuerdos de amor. Una Julieta y Romeo despidiéndose con un *sakespeariano* beso al oír el canto de la alondra matutina, hacía juego (*pendant*, según los *impuristas*) con un Fausto y su rubi-cándida Gretchen, interrogando en el jardín al oráculo de una margarita, su flor tocaya, el secreto de sus trágicos y metafísicos amores.



Un hipnótico, Hamlet, lacerando con su ironía de semi-demente el corazón de una inocente Ofelia, contrastaba con el valiente Otelo fascinando el alma de la gentil Desdémona con la historia de sus hazañas. Francesca de Rimini volaba *per l'aer perso* abrazada por toda una eternidad, y con la boca *tutta tremante* á su amado Pablo Malatesta. Enfrente una celeste Beatriz iniciaba á un visionario, Dante en los misterios del Paraíso.

Diríase que aquel gabinetito era el poético museo de un alma enamorada que había querido representar toda la escala *erométrica* del corazón humano en aquellas parejas inmortales, cuyos nombres pronuncia enternecido el labio, cuyas trágicas historias forman la psicología del sentimiento, la ciencia viva del alma. Aquel ambiente de flores, arte y poesía; el tono azul, emblema de lo ideal; el reflejo de ovaladas lunas venecianas; el silencio y apartamiento, hacían de aquel sitio una especie de oasis de calma en medio de la agitación nerviosa, sanguínea y calenturienta del baile. Parecía un lugar destinado á hacer declaraciones ó confidencias de amor.

\*  
\* \*

—No te apures, Perico; ya estoy serena, y puesto que tienes tanta curiosidad y tanto empeño en saberlo, voy á complacerte, aunque, en verdad, un baile no es el sitio más á propósito para hacerte la confesión general que me pedías de mis penas y mis pecados *mortíferos*, como los has llamado. Pero, en fin, como aquí estamos solos y tú eres mi mejor amigo, quizá el único hombre que me comprende, y como además, en diez años te habrás curado de aquellos *ataques de amor* quincenales que por mí sentías, bien puedo hablarte con absoluta libertad y confianza.



¡Ay, Perico : á ese vals que me ha hecho llorar le llamaría yo el vals de la muerte, pues él fué causa de la muerte de mi corazón. Ya que sus notas anticuadas, pero para mí sonando siempre en el alma, han venido á darme la noche y á aguarme la fiesta, á evocar la sombra, para mí bendita, del ser único á quien he amado y me ha adorado sobre la tierra, quiero, como un tributo á su memoria, contarte á ti, que eres poeta y entiendes de estas cosas, el misterio, el drama, la novela contenida en los compases de ese vals, que fué el último que bailé y que bailaré en mi vida. Escúchame, y ojalá que el espíritu que evoco en este momento preste á mi palabra el tono, la elocuencia casi sagrada, la poesía infinita que su memoria requiere.

Hace diez años, cuando te fuiste á Cuba á *aurificarte* y olvidarme, según tú me decías... y veo que cumpliste el programa, puesto que vuelves *aurificado* y á mí dejaste de escribirme...

—Te diré...

—No, no te defiendas: no te acuso. Consigno sólo un hecho y prosigo. Hace diez años, recordarás que tú y otros como tú que perteneciais entonces á la raza de osos madrileños, me estabais siempre acusando de no tener corazón. ¡Majaderos! Es verdad que yo os daba motivos para sospechar de tal imperfección anatómica, pues os repartía calabazas á diestro y siniestro. Y cuando, con los ojos en blanco, me disparabais un «te amo» salido del fondo... de vuestras pecheras, no pechos, yo os soltaba una carcajada incrédula, que os dejaba como sorbetes aquellos corazones *vesuviales* que me ofreciais.

Recordarás que me llamabais la Venus de nieve, Venus *nivosina*, Venus *cristalina*, *horchatina*, Venus *berroqueña*, *alcornófica* y hasta de cautchuc. Tú, comparándome á la Venus celeste, á la Venus Urania, hacías una pequeña variante; ponías la i sobre la n y me convertías en Venus *Uraña*. Ya ves que lo recuerdo bien.

—Y yo, como si fuera ayer.



--La verdad es que, aparte de lo de Venus, en los adjetivos casi casi teníais razón, pues vuestras gracias, méritos y encantos irresistibles para mujeres más acorazonadas ó frívolas que yo, á mí me dejaban fría, impasible, seca como el cristal, el hielo, el corcho y las demás materias vegetales y minerales á que me comparabais. No sé si consistía en que mi naturaleza era poco femenina, ó que, por el contrario, yo era más mujer que las demás mujeres, lo cierto es que los hombres me parecíais unos agradables muñecos, muy entretenidos, muy buenos para charlar, murmurar, hacer reir, bailar el vals y satisfacer la vanidad de nuestro sexo. Yo, en realidad, pertenecía al género neutro, pues eso que se llama amor era entonces para mí cosa desconocida. Eso sí, yo sentía algo grande, vago, misterioso, que se agitaba dentro de mí: una especie de deseo de poseer no sé qué; una como hambre y sed de algo que no se bebe con los labios; algo así como si soñara despierta cosas imposibles; como si esperara alguna persona habitante de otro planeta, que debía estar viajando hacia la tierra en el tren directo de algún cometa. Pero cuando llegabais vosotros, muy guapos (tú entonces eras un buen mozo), muy elegantes y listos y apasionados y saliéndoos del terreno firme de la amistad me hablabais de amor como los personajes de romántica novela, yo me quedaba tan fresca y me decía: nada, no siento nada. O tienen razón, y mi corazón es de cal y canto y de corcho y cautchuc, ó eso que llaman amor es una mentira, una invención de mitólogos y poetas. Tú comprenderás que para ablandar mi piedra berroqueña, para hacer palpar mi corazón, se necesitaba algo más fuerte, más calórico, más fluido *sobre hombruno*, algo más divino que lo que vosotros me ofrecíais en cartas, versos, suspiros, protestas y juramentos. Yo necesitaba, por lo visto, un hombre mandado hacer para mí expresamente, como un vestido en casa de la modista: un hombre que no fuese como vosotros, que no hablase, pensase, sintiese, enamorase y mintiese como vosotros; una especie de magnetizador de almas que despertase la mía, que elec-



trizase mis fibras insensibles é hiciese al fin sonar como un timbre telegráfico aquella campanilla sin badajo como también llamabais á mi corazón.

Pues bien, Perico: ese hombre llegó, y, como César, vió y venció. Aquello era un verdadero hombre, y no te ofendas por la parte depresiva de mi comparación. Era un hombre superior á vosotros todos, no por su figura, ni por ninguna de esas seducciones que hacen triunfar á los Don Juanes de salón.

Su superioridad, su encanto, su influjo irresistible, consistía más que en su enorme talento, más que en sus mismas cualidades extraordinarias, casi divinas, en algo que si quisiera definírtelo lo llamaría el secreto, el poder, la magia de la combinación. La combinación, esa era la palabra: la armonía de las cualidades. Me explicaré: así como todas las músicas, desde la más sublime á la más ramplona, se componen de las invariables siete notas; pero llega un Beethoven, las combina de modo que las espiritualiza, y hace de una sonata un eco del cielo; así en aquel hombre las siete notas del espíritu combinaban las cualidades terrenales con tan exquisita armonía, con tan supremo acorde, que hacían de él un ser casi angélico para el que supiera leerle, descifrarle, pues también el alma, como la música, no basta oirla, hay que saber descifrarla, sentirla y comprenderla. Sí; yo descifré el alma de aquel hombre. La luz de sus ojos alumbró la ceguedad de los míos; el timbre de su voz despertó mi corazón... ¡Y qué corazón! Decíais que yo no le tenía; yo llegué á creerlo; pero á la voz de aquel hombre, creo que me nacieron diez corazones para adorarle diez veces con cada uno.

Cualquiera, y tú el primero, creería que para enamorar á la Venus *Nivosina*, para domar á tu Venus Uraña, sería preciso un Apolo, un Narciso ó un Antinoo vestido de levita. Nada de eso; Manolo (y ya ves que hasta su nombre no es de poema ni novela, es el nombre de mi cochero) no tenía físicamente nada de extraordinario. Mañana, pues vendrás á comer conmigo, te enseñaré su retrato, y verás un hombre alto, intere-



sante y de la más refinada distinción. Pero lo que no podrás ver, ni imaginar, lo que ni hay pincel, ni fotografía que reproduzca, es el fuego, la limpieza, la expresión de aquellos ojos. Mirada tan honda, tan intelectual como aquella, yo no la he visto ni veré jamás. En él el pensamiento y la mirada eran una misma cosa; parecía que pensaba con los ojos ó miraba con el pensamiento. Ese era su rasgo más característico y su mayor atractivo.

Yo creo que así como hay aves de rapiña, debe haber ojos de rapiña, que con cada mirada hacen presa de un alma y la devoran. Los de Manuel me hicieron presa, me fascinaron, me aturdieron, casi te diría me consumieron. ¡Oh!, tu Venus Uraña se tornó Venus Araña, presa en sus propias redes; la Venus de diamante se hizo Venus de manteca, se derritió. En fin, para decírtelo en lenguaje vulgar, me enamoré como una loca, y todas aquellas cosas que antes te dije que sentía, estallaron como estalla la dinamita, desbordaron como desborda la escondida leva de un volcán ignorado. ¡Por fin supe lo que era el amor! ¡Qué dicha! ¡Qué inmensa, qué divina cosa!

Ahora agrega á aquellos ojos una frente blanca, pálida, espaciosa, de esas donde las ideas parece que tienen más espacio para fermentar; pelo negro y brillante, una boca grande, movible y propia para las grandes expansiones y elocuencias de gran orador que era; unas facciones finas; coloca aquella cabeza espiritual sobre un cuerpo alto, delgadísimo, de donde la carne y la materia se habían evaporado dejando á los huesos el pretexto de albergar un alma. Figúrate todo eso, y formarás una vaga idea de quién era el gran abogado, periodista, escritor, erudito, literato, y sobre todo el elocuentísimo orador de quien habrás oído hablar, y que hoy sería ministro y cuanto hay que ser si ese vals, ó, mejor dicho, si yo no hubiera precipitado en el sepulcro á aquel nobilísimo y supremo tipo de la especie humana, aquel pobre y romántico héroe de mi vida: Manuel Montesa y Colona.

—Cálmate, pobre Julia. ¿Ves? Las lágrimas vuelven á tus



ojos, y si el contarme esa historia y remover tus recuerdos ha de ser para atormentarte, déjalo para otro día y otra ocasión más adecuada que un baile. No necesitas decirme quién era Manuel Montesa. Su nombre y su fama llegaron hasta mí, que soy uno de sus más fervientes admiradores y casi diría discípulos. Tengo todos sus libros, sé poco menos que de memoria sus magníficos discursos. Su magistral estudio sobre el *Pesimismo contemporáneo*; su *Síntesis del Derecho*; su libro económico-humorístico *Ricos y Pobres*, sus *Idolatrías Literarias*, sus *Anatemas Políticos* y otros, han sido para mí verdaderas revelaciones, han rectificado mis ideas, han fortalecido mi pensamiento y hasta han influido en mi conciencia. Aquel hombre era un genio, y cuando en la Habana supe la noticia de su prematura muerte, tuve un verdadero pesar y lo consideré como una pérdida nacional. Hasta un pequeño tomo de poesías publicado después de su muerte con el extraño título de *Lucífera* le sé casi todo de memoria.

Lucifera, la divina,  
Tú, de la luz portadora,  
Cuyo rayo me ilumina,  
Cuyo calor me devora.

—Esa *Lucifera*, la portadora de la luz y del calor, era yo; yo reuní sus versos, casi todos inéditos, casi todos dedicados á mí, y los publiqué como un tributo á su genio ignorado de poeta.

—¡Ah! bien se ve por ese libro cuánto y cómo te amaba aquella alma extraordinaria, tierna y apasionada. Ahora que sé en quién pusiste tu cariño, comprendo tu adoración hacia él. Tenías razón, Julia, al decir que aquel era un verdadero hombre. Era el hombre digno de ti y nacido para ti. Nosotros, tus antiguos adoradores, con nuestras frivolidades, nuestras pedanterías, nuestra erudición de salón, nuestra literatura de gacetilla, nuestras corrupciones de casino y hasta nuestra afeminación de *boudoir*, no podíamos llegar al fondo de tu cora-



zón, y para vengarnos te le negábamos. Tú eras y eres una mujer superior, esencialmente intelectual, fría y dura en apariencia como el pedernal; pero chocaste con el eslabón del genio y brotó la chispa escondida. Os comprendisteis y os abrasasteis en un amor *intelectual*, en una pasión *cerebral*.

—Tú lo has dicho, Perico: nuestro amor ante todo fué un amor intelectual y cerebral. Calificarle de platónico sería empequeñecerle, pues el platonismo suele ser disfraz de amores sin fuego y de neurosis é histerismo morales. En el amor que me inspiró aquel hombre había algo más que ese idealismo vaporoso y hasta enervante que inspiran las ideas puras, las abstracciones inmateriales. Nuestra vehemencia nerviosa, casi enfermiza, se atemperaba por una especie de romanticismo místico, un respeto mutuo, algo así como sagrado que casi convertía en culto y en santidad lo que en los demás suele ser degradante sensualidad. Nuestra bienaventuranza consistía en que éramos dos limpios de corazón. La carne, los sentidos que suelen ser la medula de los amores mundanos, en nosotros parecía que sólo servían de mecha para alimentar la llama pura del alma. Como esa aureola con que pintan á los santos, la frente de Manuel estaba como circundada de una aureola pensante, que á mis ojos le transfiguraba en un ser sobrehumano. La cosa más sencilla dicha por él tomaba una nobleza de expresión, una claridad elocuente y poética que deleitaba; un disparate él le transformaba en idea; de una idea sacaba un mundo. Yo creo que era elocuente hasta para decir buenos días. Su conversación era casi un espectáculo. Muchas veces parecía que no decía nada, y después que se daba uno cuenta de la frase, la frase era una lección. Si Manuel hubiese sabido mentir, la misma mentira en su boca se convertiría en verdad, á lo menos para mí.

En política, tú que has leído sus escritos y discursos, sabes de sobra la que era. Porque no pertenecía á ningún partido, porque se salía de lo que él llamada el redil de los borregos políticos, ó el corral de las gallinas administrativas, ó el charco



de los gansos jurídicos; porque buscaba las alturas, la cima de las ideas para ver desde allí los conjuntos, los panoramas, los siglos, la historia, la verdadera topografía mundial, según su frase, sus enemigos no diré, pues no los tenía, pero sí sus envidiosos, que eran muchos, le llamaban soñador, utopista, declamador, retórico, y hasta hubo un escritor maligno que le puso por mote *Don Quijote de las Manchas del Sol*, á lo que él contestó que más vale ser Quijote aunque sea de las manchas del Sol que ser, como son tantos, *Sancho Panzas de los Lodos de la Tierra*. Cuando muchos de los llamados hombres serios le combatían y llamaban sofista, él se reía y decía: «No importa: ya me darán la razón sus nietos de Vds., para ellos hablo y escribo. No nos entendemos.» Es claro, las águilas y las tortugas no se entienden.

Manuel tenía ideas propias, vivas, suyas, según decía, como su pelo, nacidas en su propia cabeza y no postizas como pelucas compradas en las peluquerías escolares. De esas ideas, de su inmensa erudición, de sus amplios puntos de vista, de sus audacias de pensador, de cuanto constituye al hombre mental, sus libros y discursos te han llevado un reflejo, un eco; sí, sólo un eco, pues habías de oír aquel acento débil pero claro, simpático, armonioso, aquella palabra clásica, vibrante, serena y llena de la sustancia del saber y doctrina; aquellos apóstrofes de profeta que arrebatában á las Cámaras, fascinaban en los ateneos y triunfaban en el foro. Yo no tengo talento suficiente ni palabra adecuada para pintarte aquel ser dotado de todas las potencias intelectuales de las que en sus obras ha dejado sólo unas leves chispas. Mucho menos la tendría para darte idea de aquel hermoso é inmenso corazón que yo sólo medí, comprendí y rompí; de aquel corazón, hermano de su cerebro, y con eso está dicho todo. Para hablarte de eso necesitaría una noche entera, y el tiempo avanza. Sigamos adelante.

Naturalmente, al amar y ser amada por tal hombre, me identifiqué con él en ideas, sentimientos, creencias y dudas; y



á tal punto me absorbió corazón y pensamiento, que dejé de ser mujer para ser una especie de espejo vivo reflejando la luz de aquel espíritu. El era mi ídolo y mi oráculo, y si me hubiera dicho que el cielo era amarillo, el mar de tinta ó el sol de cartón, me lo hubiera creído sin vacilar, pues en sus labios hasta el disparate tomaba para mí la infalibilidad de axioma.

Bien sé que dirás que exagero, que mi adoración y mis aficiones de literata y escritora me hacen presentártelo como un héroe de poema romántico, que divinizo á mi ídolo. Puede ser; pero yo te le pinto, si no como era, como aparecía á mis ojos á través de mi ilusión ó mi locura, si así quieres llamarla: y no debía ser ilusión mía su mérito, porque, no sólo yo, sino todas las mujeres le adoraban; todas eran mis rivales, pero yo, en vez de sentir celos, sentía un inmenso orgullo al pensar que aquel tesoro tan codiciado me pertenecía á mí sola. Cuando peroraba ó escribía, ú obtenía triunfos, aplausos y elogios en la prensa, yo me ponía satisfecha como si fueran tributados á mí, de tal manera miraba como parte, y casi como un duplicado de mi propio espíritu, el entendimiento, el corazón, la grandeza y la gloria del pobre Manuel.

Ya le conoces, aunque imperfectamente; pero, ¡ay!, ignoras lo más triste, lo más horrible: la tragedia de su vida y de mi vida. Aquella joya estaba engarzada en barro quebradizo, aquella llama sostenida en una pavesa. Manuel estaba tísico. Su inmenso corazón y sus pulmones, que lanzaban el torrente de sus elocuencias, no cabían en la angostura de aquel pobre pecho tan frágil como apasionado. La naturaleza, al fin ciega, no supo dar las amplitudes necesarias á aquel gigante, nacido quizá para dirigir un mundo ó amaestrar un siglo.

La sangre, rompiendo aquellas venas frágiles, desbordaba á lo mejor en vómitos que le ponían al borde de la muerte. La pasión, el talento, el saber, el estudio incesante, los trabajos verdaderamente forzados que su triple cargo de abogado, escritor y político, le imponían, unidos á la vehemencia de sus



sentimientos, se convertían en fuerzas ocultas, que si acrecentaban su fama y su fortuna, minaban, como gusanos, los pobres tejidos de su constitución. Doctores afamados, remedios enérgicos, Panticosa con sus milagros minerales, todo era inútil para atajar el curso de la implacable consunción que le devoraba. El convencimiento de su muerte, lejos de inspirarle terrores, daba á su rostro una serenidad, una melancolía, una dulzura y resignación de mártir, una sonrisa entre irónica é infantil, que transfiguraba su cara pálida y amarillenta como el marfil, donde brillaban y vibraban aquellos dos ojos incomparables. El vivía por mí y para mí, y hablaba de su fin con la tranquilidad, y á veces hasta con el ansia con que se habla y dispone un viaje de placer. Puede decirse que le mantenía en pie, casi en equilibrio, su voluntad de hierro, y el hierro que le hacían tomar y que él tomaba por complacencia, decía que estaría mejor empleado en hacer un clavo, que al fin sirve para sostener algo útil.

Como comprenderás, yo no vivía: nuestro amor era un delirio y una fiebre; nuestras breves y difíciles entrevistas casi un adiós perpetuo. El amor y la muerte de Leopardi, su poeta favorito, para nosotros eran en realidad hermanos.

Al principio, Manuel y yo nos veíamos con bastante frecuencia. Un pleito, empeñadísimo y ruidoso que tenía mi padre casi perdido, fué el motivo de que nos conociéramos. Viéndose mi padre al borde de la ruina, gracias á sus derroches, acudió, como á última tabla de salvación, á Manuel. Mi padre, como recordarás por aquellas tremendas disputas políticas y religiosas que teníais, era reaccionario por instinto, por convicción y hasta por terquedad, pues por no dar su brazo á torcer nunca daba la razón, aunque bajase, como él decía, el Espíritu Santo en figura, no de paloma, sino de silogismo. En el ejército, tú sabes que no sólo admiraban su valor temerario, sino su voluntad de hierro, hasta el punto de que solían darle el apodo del general *Ferrotesta*, el general blindado, el general *No*, pues en diciendo él no, ya se sabía que no había



poder humano capaz de hacerle decir sí: su *no* era una muralla. El aplicaba á la política y á la moral, es decir, á su moral, toda la rigidez de la Ordenanza y la severidad de la disciplina. Para él los principios eran todo. Vividor, guapo, calavera, jugador incorregible, hombre de mundo, y dado, como sabes, á los galanteos, á pesar de sus años, transigía con todos los pecados capitales y veniales; pero con una teoría, jamás. Las de Manuel eran, como sabes, el polo antártico de las de mi padre, que, aunque reconocía su talento y su fama, decía que era un brillante sofista, un declamador verboso, un filósofo diabólico, un corruptor social, y que hombres como él eran la verdadera filoxera de la viña del Señor, que había que extirpar con pólvora y azufre. Llegó, sin embargo, un día en que sus despilfarros pusieron nuestra casa al borde de la ruina, y en que el asilo de San Bernardino empezó á reclamarnos como huéspedes. ¿Lo creerás? Por primera vez en su vida, cediendo á ruegos y consejos de amigos, ó más bien á la necesidad, única cosa más fuerte é imperiosa que su voluntad, resolvió entregar su suerte y poner su derecho, ó más bien el mío, pues se trataba de la fortuna de mi padre, en manos del abogado de más reputación y más brillantes triunfos; en manos de Manuel, á cuya inteligencia extraordinaria, á cuyo interés, esfuerzos, palabra y generosidad debo el ser hoy rica y estar aquí sentada contigo, en vez de estar quizá en la calle pidiéndote una limosna cuando salieras.

Llamó mi padre á Manuel, y á los pocos días el inflexible, el intransigente, el blindado general, estaba hecho un guante, conquistado, hipnotizado por el demagogo sofista, retórico y poético abogado Manuel Montesa. Tal era el poder fascinador y persuasivo de aquel hombre superior. Si un hombre del temple duro y seco de mi padre se enamoró de aquel verdadero *charmeur*, figúrate lo que sería de mí. Me enamoré perdidamente.

El venía casi todos los días, y muchos almorzaba ó comía con nosotros. La intimidad del abogado tiene algo de la del médico y el confesor: se le abre el alma, se le revelan todos



los secretos, en él se fundan todas las esperanzas, de él depende nuestra salvación. Por eso Manuel se apoderó de nuestra voluntad y de nuestro corazón. Como Desdémona y Brabantio, que ves en ese grabado escuchando extasiados las hazañas y sufrimientos del negro Otelo, así mi padre y yo escuchábamos embebecidos con admiración y deleite la palabra elocuente, erudita y original de Manuel. Mi padre apenas se atrevía á contradecirle; parecía á veces como convertido allá en su foro interno, y su silencio en él, tan disputador, era casi un asentimiento á cuanto Manuel decía. No daba un paso sin consultarlo con Manuel, y creo que si hubiera tenido que dar una batalla le hubiera consultado el plan estratégico. Manuel le dominaba por la dulzura, por la elasticidad; era el único que no trataba de imponerle su parecer. *Es mi opinión, es mi verdad, mi General*, le decía con encantadora modestia, y mi padre se doblaba y se entregaba desarmado, casi diré acariciado por Manuel como un león domado.

El día en que el pleito se falló á nuestro favor, mi padre estaba como loco de alegría, abrazó y hasta besó á Manuel, y le llamó hijo.

Nuestros amores, pues él también se enamoró de mí en el acto, eran un incendio que nos devoraba. Al principio mi padre, ó no lo advertía ó no le alarmaba, y hasta nos dejaba una libertad poco usual en España; una libertad que casi podría llamar *á la americana*, tanto más, cuanto que conocía la frialdad de mi corazón hacia el sexo masculino. Yo para él era un hermoso *marimacho*, un *esprit fort*, una muchacha incapaz de caer en las flaquezas é histerismos románticos de las demás mujeres. Muchas veces decía que yo era una amazona y que hasta le daban intenciones de nombrarme su ayudante de campo. Además, ocupado en escribir un tratado sobre reformas militares y absorbido por los quehaceres de sus mandos, á más de sus galanteos, casinos y clubs, se cuidaba poco de estudiar la índole de mis relaciones con Manuel, que le parecían de la más fraternal é inofensiva especie.



Un día, sin embargo, en que debía dirigir un gran simulacro, teniendo ya el caballo á la puerta, entró mi padre en mi cuarto, y fijando en mí una mirada á que su mismo uniforme prestaba algo del brillo y dureza del acero, apoyando sus manos enguantadas en el puño de su sable, y con una voz seca, cortante, casi de mando militar, me dijo:—Julia, es preciso que concluya tu coqueteo con Manuel. Yo le quiero, le estimo y le debo mucho; pero no puedo ni quiero consentir que entre vosotros exista otro sentimiento que el de la más pura y absoluta amistad. No necesito decirte más: tienes talento, me comprendes y me conoces. Obra en consecuencia; cambia de rumbo y no me obligues á intervenir en el asunto.

Yo iba á responder...

—¡Psss! He dicho.—Y dándome un rápido beso en la frente, dió media vuelta, y sonando espuelas y sable salió, dejándome muda, inmóvil y helada como una estatua. Comprendí la fuerza y la razón de aquel aviso, más bien de aquella orden, la inutilidad de toda discusión y sobre todo el peligro de la menor desobediencia. Entre Manuel y yo se interponía la muralla de la China, el veto, el famoso *No* del general D. Cayetano Torrente.

Desde aquel día Manuel y yo cesamos casi de vernos y hablarnos en presencia de mi padre y de las gentes. ¡Pero nuestro amor creció con el obstáculo. El fruto, al hacerse prohibido, se hizo más apetecible y más tentador; el peligro, el misterio y la dificultad con que nos veíamos á escondidas por rejas, ventanas y escaleras, aprovechando instantes favorables, daba á nuestro amor una exaltación romántica, un encanto novelesco. ¡Cuántas veces nos hemos separado, como la Julieta y el Romeo de ese grabado, al ver llegar la luz de la mañana y al oír... ¡oh prosa de la realidad!... no el canto de la alondra matutina, sino las campanillas de las burras de leche, lo que nos hacía reír y descender de las bóvedas del cielo á las *burradas* de la tierra como él decía, al darme un beso y un adiós! ¡Por supuesto, nos escribíamos unas cartas! ¡Ya te leeré al-



gunas de las tuyas, y tú juzgarás lo que era aquel Romeo de tu amiga Julieta!

Nuestra situación era insostenible. Yo me consumía de amor y Manuel de tisis. Le propuse casarnos, pero él me respondió: Julia, los muertos no se casan. Yo insistí; yo deseaba ser su mujer, no para saciar la sed de mis amores, ni para ser madre de sus hijos. Quería ser suya, para tener el derecho de ser, no su esposa sino su madre; su enfermera; para cuidarle como una flor, para salvarle con mis caricias y cuidados, para llevar su nombre, compartir sus glorias, ayudarle en sus tareas, darle la salud ó morir de su propia muerte. A nuestro amor intelectual debía corresponder un matrimonio espiritual. Él se oponía, por lo mismo que me adoraba. Me decía que él no podía matarme con el veneno del contagio de su mal; que puesto que él vivía en capilla y era un condenado á muerte, para qué profanar el divino poema de nuestro amor con el espectáculo repugnante de su enfermedad incurable. Tanto y tanto insistí, lloré, supliqué, desvanecí sus escrúpulos y sus delicadezas, que al fin, vencido por la tentación más que por convencimiento, en un momento supremo y un abrazo solemne de ternura y abnegación, decidimos unir nuestra vida ó nuestra muerte, y acordamos que Manuel pediría mi mano. Temblábamos por mi padre; pero quizá al ver que lo que él juzgaba un coqueteo pasajero era una pasión irresistible, cedería y daría su consentimiento. ¡Vana ilusión! A la formal petición que hizo Manuel de mi mano, mi padre, sin vacilar, á pesar de lo inesperado, dió por respuesta uno de aquellos *no suyos* que, como el verso de Dante, matan *ogni speranza*: Manuel no insistió; se retiró ofendido, y mi padre le prohibió la entrada en casa.

La negativa de mi padre, aunque la esperaba, me volvió casi loca de desesperación. Manuel, al despedirse, me dijo: «Julia, después de todo, tu padre hace bien; nos salva de una locura, te salva la vida.» Mi padre, al explicarme su oposición, me dijo: «Manuel es un grande hombre; le quiero y admiro, pero



jamás mi hija será mujer de un revolucionario, un impío y un tísico. Su enfermedad es castigo de Dios.» ¡Castigo de Dios! ¡Pobre Manuel! ¿Castigo de qué? ¡Aquel ángel de abnegación, lleno de humanidad, amor é idealismos ser castigado! ¡Castigar Dios á una de sus más hermosas y perfectas obras! ¡Qué absurdo! Pero mi padre tenía la ceguedad de la preocupación y la tenacidad del hierro frío. Bajé mi cabeza, callé y lloré á escondidas lágrimas de hiel y acíbar. La vida sin Manuel se me hizo intolerable; el corazón se me rompió; intenté suicidarme; tomé una disolución de fósforos y estuve casi á la muerte. Cuando recobré la salud y la razón, pues tuve delirios espantosos, un día, armada de resolución, con una firmeza y valor heredados de mi propio padre, arrostrando peligros, respetos y conveniencias sociales, despreciando mi propia reputación, me fui derecha á casa de Manuel. Le propuse escaparnos; mas él, lleno de amor y de nobleza, se negó rotundamente. Su amor me escudaba contra mi amor. Yo hubiera sido su querida, su esclava. Si hubiera querido seducirme, me hubiera entregado á él sin la menor resistencia. Ante su amor mi honor desaparecía. Como Eloísa escribía á Abelardo, yo prefería ser su meretriz á ser emperatriz. ¡Qué grande fué Manuel en aquel momento! ¡Qué casto! ¡Qué sublime! Olvidando que era mi amante, se transformó en mi segundo padre, y como mi padre, él también me dió un *no* inexorable, un *no* que era el más tremendo y heroico sacrificio que un corazón abrasado en amor puede imponerse. Otro hombre se hubiera dicho: aquí se me viene á los brazos una mujer joven, hermosa y ciega de amor, como una mariposa á abrasarse en el mío. Puesto que voy á morir, gocemos lo que me resta de vida, y después... durmamos en paz. Por lo mismo que Manuel no creía ni temía nada de este ni del otro mundo, por lo mismo que su moral era libre y sus pasiones de fuego, pudo haber aceptado mi amor y mi cuerpo como el último don, como la última copa de placer que le ofrecía la vida. Santa filosofía la de aquel impío, que nos transportaba á regiones más altas y puras que las de esas teologías de Tar-



tuffes que hallan siempre *des accommodements* con el cielo. Manuel era un incrédulo, y fué para mí el sacerdote de la pureza. Le hice una oferta de cortesana, y me contestó con un sermón de apóstol sublime; pudo ser mi seductor, y fué mi ángel de la guarda. Estaba loco de amor por mí, pero su locura era santidad. Salí de su casa llorosa, afligida, pero inmaculada, ennoblecida, transfigurada, casi diría bautizada en el agua de un Jordán. Manuel me apareció más que como un hombre como un santo. Mi amor casi se transformó en una verdadera devoción, en un fanático culto.

Decidimos seguir amándonos, escribiéndonos y viéndonos con el mayor misterio. Sus cartas, que acaso algún día publique, son un tesoro literario, un verdadero tratado de filosofía del amor y del deber.

Dada la severidad y vigilancia de mi padre, comprenderás que nuestra correspondencia no podía entregarse á la insegura mediación de carteros y criadas, y que nuestras entrevistas tenían que ser raras, breves y en casa de persona de la más absoluta confianza. Esa mensajera y mediadora fué mi semiparienta y amiga, Josefina Rosáldez, á quien supongo que recordarás.

—¡Oh!, sí la recuerdo. Una viuda, guapa, alegre, coqueta como ella sola, y á quien yo no le parecía saco de paja. A no haber estado guillado por ti... Pero no comprendo cómo te fiabas de ella, pues me hacía el efecto de ser, á más de coqueta, chismosa, parlanchina, de mala lengua y no muy buena intención.

—Tienes razón; pero qué quieres, á pesar de reconocer algunos de sus defectos, yo la quería y me quería; tenía ella en mí y yo en ella plena confianza. Además, su mismo carácter ligero, intrigante, se prestaba más que el de nadie á ser mediadora de enamorados. Solía decir que no hay papel más digno que el de mediadora (ella usaba otra palabra más expresiva), pues no hay nada más caritativo y hasta cristiano que hacer la dicha de seres que se aman. Sobre todo, Perico,



ya no tenía otra persona de quien valerme; así es que nos pusimos en manos de Josefina. Yo salía con ella á compras, paseos, teatros y tertulias. En su casa nos veíamos Manuel y yo de vez en cuando, y ella nos traía y llevaba cartas, recados y citas. Ella nos llamaba sus *tórtolos atortolados*, y nosotros nuestra paloma mensajera.

Mi padre, á todo esto, se mostraba reservado conmigo. De vez en cuando me hacía ciertas insinuaciones acerca del matrimonio, y aun me solía indicar determinados candidatos que, en su concepto, serían excelentes maridos. El desdén y sequedad de mis respuestas le detenían; pero para mí era evidente que le preocupaba la idea de casarme, no sólo para fijar mi suerte, sino para arrancarme del corazón el amor á Manuel, pues aunque nada sabía de nuestras relaciones, con su sagacidad de hombre de mundo bien comprendía por mis tristezas y misantropías, que Manuel reinaba todavía en mi alma y gobernaba mi voluntad. Viendo mi resistencia pasiva, callada, pero tenaz, á sus deseos, adoptó mi padre un plan de ataque indirecto; resolvió sitiar la plaza inexpugnable, como él solía llamar á mi corazón. Yo comprendí el juego pero me hice, como suele decirse, la tonta.

Tenía yo un primo en tercer grado, por la línea de mi madre, á quien no conocía, pues residía en Zaragoza, de donde era natural. Era militar, capitán de caballería, joven, guapo, muy rico y heredero de un título de marqués: no había *pero* que ponerle. Mi padre le conocía, y después de mediar entre ellos cartas, le tomó por su ayudante, y con motivo del parentesco le hizo venir á vivir en nuestra misma casa; resolución no muy acertada y correcta, viviendo yo sola con mi padre, que hacía vida poco casera y muy trasnochadora. Era evidente que se proponía hacerme caer en el garlito, en la tentación. Su plan era que me enamorase de mi primo.

Y en realidad hubiera podido y hasta debido enamorarme, á no haberlo estado, como lo estaba de Manuel. Roberto Val-



deleón y Monforte era un hombre brillante, y hasta podría calificarle de seductor. Era la más completa antítesis de Manuel. Alto, robusto, atlético, rebosando salud, juventud, fuerza y frescura. Un cuerpo soberbio, una musculatura poderosa, un temperamento sanguíneo. Su cara luciente, su color encendido y sano, sus ojos llenos de fuego, audacia y energía, sus dientes blancos, su bigote magnífico, su porte arrogante, sin petulancia. Todo en él revelaba la exuberancia de vida, la fuerza, el valor. Era el perfecto tipo del militar. Era el primer tirador, el primer jinete y hasta domador, el primer gimnasta, boxeador y nadador, no sólo en su regimiento, sino en su cuerpo. Hasta su nombre era fuerte y valiente, casi de poema épico. Tenía un verdadero lujo anatómico, y gozaba fama de valiente, duelista, enamorado y conquistador. Su espléndida constitución y su musculatura excesiva, casi de circo ecuestre, no le quitaba, como á otros, la elegancia y distinción. Su distinción era una *distinción militar*, por decirlo así. El cuartel le había dado la expresión severa y los modales imperativos del mando, en vez de las groserías y ordinariencias de cuerpo de guardia. A caballo, vestido con su uniforme de húsar, con su pecho realzado por bordados y sus bien ganadas cruces, estaba arrogante, espléndido. Las mujeres se le comían con los ojos. Era bastante inteligente, instruído en su profesión, nacido para el mando. Su porvenir estaba escrito en su persona: la faja de general vendría pronto casi sola á adornar su cintura de héroe. Su carácter, sencillo, franco, simpático, tenía la tenacidad y nobleza de la raza aragonesa.

Como ves, el plan de mi padre no estaba mal concebido. Roberto era el más temible rival para Manuel, justamente por el efecto del contraste. Era oponer la seducción de la carne á la del espíritu, la plétora á la tisis, el valor al talento, la espada á la pluma. Roberto era lo que se llamaba un buen partido, y desde que entró en casa aprecié su mérito y hasta congeniamos; pero la idea de que se trataba casi de tomarme



por asalto sublevó mi amor propio, y me armé de pies á cabeza como una Minerva para defenderme con lanza y escudo en cuanto Roberto me hablase una palabra de amor. Sintiéndose apoyado y aun empujado por mi padre, empezó con disimulo, diplomacia y hasta con timidez á poner las paralelas y á estrechar el cerco. No te parecerá petulancia de mi parte si te digo que á poco de tratarme, mi primo estaba furiosamente enamorado de mí, hasta el punto de que, llevado por su carácter impetuoso, y echando fuera diplomacias y habilidades, un día, de repente y casi á boca de jarro, me disparó como un cañonazo, ó como si diera una carga de caballería, la más vehemente, volcánica y hasta belicosa declaración de amor que en mi vida he recibido. Pero esta vez sí que el Marte aragonés, el Marte polvorino, como tú le llamarías, se encontró cara á cara con la Venus Uraña, con la Venus Nivosina y Horchatera, y hasta podría decir con la *Venus Calabacina*, á juzgar por las calabazas mayúsculas que le dí. El insistió, suplicó, se arrodilló y hasta creo que medio lloró. «Mira, Roberto —le dije— no te canses; tú vales mucho, me eres simpático, te quiero como primo, pero mi corazón para ti es inexpugnable. Si es que mi padre no te lo ha dicho, yo te diré que mi amor pertenece y pertenecerá hasta la muerte á Manuel Montesa. Si por obediencia á mi padre no soy su mujer, por mi voluntad lo soy, y algún día espero serlo. ¿Cómo quieres que te dé mi corazón si no es mío?— Yo le conquistaré.— Pierdes el tiempo.— Plaza sitiada...— Aquí no hay plaza.— Pues habrá plazo.— Ni plazo.— No hay plazo que no se cumpla, ni plaza que no se rinda.— Mi plaza es como tu Zaragoza.— Allí veremos — me dijo; — á fuerza de adorarte concluirás por quererme. Así como así, tu Manuel dejará de quererte ó dejará este mundo, y entonces ocuparé su vacante.» Iba casi á pegarle por la blasfemia; pero se alejó vencido y despechado.

Desde aquel día no volvió á hablarme de amor, pero redobló sus amabilidades y galanterías. Quería ser la gota de



agua y agujerear esta piedra de mi corazón. Mi padre, su aliado, á fin de facilitarle su empresa de conquista, se dedicó á mí con mayor asiduidad y cuidado que antes. Me acompañaba á paseos, teatros y tertulias, siempre, por supuesto, acompañados del inseparable primo y ayudante.

JOSÉ ALCALÁ GALIANO.

*(Se concluirá.)*



# LA REACCIÓN PROTECCIONISTA EN ESPAÑA

---

La Asociación para la reforma liberal de los Aranceles de aduanas  
y D. Antonio Cánovas del Castillo.

EL SR. PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS: No vayamos tan atrás, porque entonces me voy á encontrar con que uno de los muertos á que se refería el Sr. Cos Gayón ha sido el Sr. Cánovas del Castillo, puesto que el Sr. Cánovas del Castillo ha sido también librecambista.

EL SR. CÁNOVAS DEL CASTILLO: ¿Yo? ¿Cuándo?

EL PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS: Su Señoría ha pertenecido á la Asociación para la reforma de los Aranceles.

EL SR. CÁNOVAS DEL CASTILLO: Cuando era de simple estudio de los aranceles; pero tan pronto como la Asociación se declaró librecambista, me separé de ella...

EL PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS: Bueno, no se moleste S. S. (*Risas.*)

EL SR. CÁNOVAS DEL CASTILLO: Y no he asistido á ninguno de sus *meetings*. Pero no era esa la cuestión. ¡No parece sino que la base quinta pertenece á la historia romana! (*Risas.*)

(Extracto oficial de la SESIÓN DEL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS DE 19 DE DICIEMBRE DE 1894.)

**E**n Mayo de 1891, cuando el Sr. Cánovas del Castillo estaba elaborando los aranceles de Diciembre de aquel año, terminaba yo un artículo, publicado en el *Journal des économistes*, de París (1), sobre la situación del proteccionismo español, con la frase *¡Dios nos asista!*

Preveía yo, desde entonces, y no ha podido por lo tanto sorprenderme, que la reacción proteccionista arancelaria, iniciada por el ilustre jefe del partido conservador al subir al

---

(1) Número de 15 de Mayo de 1891.



poder en 1890, había de rebasar los moderados límites que el Sr. Cánovas le señalaba desde los bancos de la oposición, en su discurso de Enero de 1888. Los egoísmos industriales, las codicias de los intereses favorecidos de antiguo por el Arancel aduanero (egoísmos y codicias á los que el mismo Sr. Cánovas del Castillo había opuesto enérgica resistencia desde el gobierno cuando levantaron bandera parlamentaria contra el Arancel de 1869 y la famosa base quinta, en el primer periodo de la restauración), tan pronto como se vieron en 1888 halagados y solicitados por el partido conservador, que por este medio se propuso reforzar sus debilitadas fuerzas políticas, sintieron que era llegado para ellos un momento oportuno de combatir con grandes probabilidades de triunfo, y de anular, tal vez por mucho tiempo, las reformas liberales planteadas en 1869. Y al ponerse al lado del partido conservador esos egoísmos y codicias, convocados por el Sr. Cánovas del Castillo, sucedió lo que no podía dejar de suceder; lo que en todos los casos análogos ha sucedido y sucederá siempre. Había, el jefe del partido conservador ofrecido, en su discurso de 1888, seguir, cuando volviera al poder, una política proteccionista, pero con *prudencia y lentitud*, para no hacer *del gobierno una lucha desesperada, en la que nada quede fijo, y cada cambio de gobierno sea la destrucción de cuanto hizo su antecesor*. Había condenado el proteccionismo antiguo, calificándolo de *irracional*, y formulado el programa del proteccionismo nuevo, diciendo: «Hay que no proteger jamás, cuando no sea necesario; hay que proteger muchas veces, cuando es conveniente; siempre, cuando es indispensable.» Había explicado en otro discurso de aquel mismo año, pronunciado en Barcelona, la dificultad de proteger á la vez á la industria fabril y á la agricultura, cuyos intereses le parecían contradictorios entre sí, por ser el objetivo de la primera la conservación del mercado interior y el de la segunda la conquista de los mercados exteriores. Había reconocido de este modo que no es posible *proteger por medio del arancel á una determinada indus-*



*tria, sin perjudicar á todas las demás.* Quería, pues, el Sr. Cánovas del Castillo una reacción en los aranceles *moderada y prudente*; pero los nuevos auxiliares de su política, comprendiendo que se les había buscado por estimarlos necesarios, extremaron sus exigencias, y en vez de *auxiliar* al Sr. Cánovas y *al partido conservador*, se propusieron y consiguieron bien pronto que aquél y éste se convirtiesen en dóciles instrumentos de la reacción arancelaria, por los egoísmos industriales realmente dirigida. Desde los últimos meses de 1890, el señor Cánovas dejó de ser el jefe del movimiento proteccionista español, y hoy no va al frente de las fuerzas proteccionistas; va á la zaga, arrastrado por ellas; aceptando todas sus iniciativas; sometiéndose humildemente á todas las pretensiones, por exageradas y absurdas que sean, así de los ferreteros, como de los laneros y algodóneros, como de los especuladores en trigos. Para el Sr. Cánovas, los derechos, llamados protectores, no se determinan ya por su famosa fórmula de 1888. Las tarifas han de ser para cada industria lo que estimen conveniente los interesados en ella, y estos mismos interesados han de señalarlas al gobierno, cuyo papel se reduce á colocarlas en el Arancel general. Así se hizo en 1891, según pública y explícita confesión de uno de los principales autores del Arancel, á quien, según opinión común, tiene destinada el Sr. Cánovas la cartera de Hacienda en el primer gabinete que forme, después de la caída, que ya parece próxima, del Sr. Sagasta.

Lo que sucede al Sr. Cánovas en su campaña proteccionista es una consecuencia necesaria de su errada conducta política; consecuencia, que un hombre de su gran talento y larga experiencia, debió prever antes de abrir los antros de los vientos proteccionistas. Estos, al sentirse libres y estimulados por el partido conservador, han arrollado al Sr. Cánovas, como lo han arrollado todo. Ya nada les satisface, y cualquiera fuerza política que se proponga contener sus excesos, será considerada por ellos como irreconciliable enemigo, al que combatirán por todos los medios de que en nuestro país



dispone el caciquismo de los industriales y especuladores poderosos, enseñoreados de las principales regiones de España.

Los lamentables efectos del presente estado de cosas aparecen ya ante el observador imparcial con evidencia plena, y hoy, más que en 1891, los españoles que conservamos la serenidad del espíritu y la fe en los principios liberales, y no somos movidos por impulsos egoístas, políticos ó de otro género, debemos pedir á Dios que *asista* y ampare á este país desdichado.

Al extremo á que hemos llegado por las imprudencias del partido llamado conservador y las debilidades del llamado liberal, no vemos, en efecto, remedio inmediato posible. Las predicaciones de la verdad y de la ciencia, en momentos de embriaguez y de pasión, son completamente ineficaces. La opinión extraviada acoge entonces con gran facilidad, y recibe sin examen los desatinos más estupendos, y da crédito á las afirmaciones más falsas. El error adquiere la fuerza incontrastable del ciclón tropical, y hay que dejarlo pasar, guareciéndose en lo posible de su furia, hasta que por efecto de los estragos generales que causa, aprendan los hombres que tienen ojos y no ven, que han sido víctimas de los que, teniendo ojos, no quisieron ver, y los cerraron al sentirse cómodamente mecidos y llevados por la ola proteccionista.

Los partidarios de la libertad de comercio en estas circunstancias, no pueden discutir. La gritería de los intereses, triunfantes en el terreno de los hechos, impide que los espíritus, apasionados y perturbados por el error, oigan la voz de la ciencia y del buen sentido. Han de limitarse por ahora los adversarios del proteccionismo á *protestar* con claridad y con energía, ratificándose en sus principios y convicciones, y aguardar tristemente, porque triste es siempre el espectáculo del error victorioso y de las miserias que produce, con la conciencia tranquila y la firme esperanza de que la preponderancia del error sea poco duradera.

La depresión económica general de nuestro país, cada vez más patente, y la inevitable lucha á que el régimen proteccio-



nista da origen entre los intereses contradictorios entre sí de las diversas clases industriales, enfriarán bien pronto los ciegos entusiasmos, y prepararán á la opinión pública para que escuche y preste de nuevo asentimiento á las leyes y demostraciones de la ciencia económica, que aceptó en época no muy lejana como buenas y verdaderas, abandonando los antiguos sofismas en que el sistema de la protección arancelaria está exclusivamente fundado.

Porque es de notar, que ni el ilustre jefe de la reacción económica española, ni ninguno de los dioses menores del proteccionismo de los presentes días, han aducido hasta ahora, ni creo que podrán aducir en lo sucesivo, un sólo argumento *nuevo* en favor de su causa. Así, el Sr. Cánovas del Castillo, y todos los conservadores que le siguen y obedecen en esta campaña, como los individuos de los partidos liberales y democráticos, que, con abandono de la lógica, por error ó por interés político, apoyan las codicias proteccionistas, cuando hablan ó escriben, no hacen más que reproducir las afirmaciones de los sectarios de la anticuada y desacreditada balanza mercantil, un poco disfrazada con el traje del socialismo del Estado, inventado hace más de medio siglo en ~~Alemania~~. Ciertamente es que alguno de los actuales proteccionistas, *meros dilettantis* de la protección, tienen por cosa nueva esas viejas afirmaciones, que oyen ahora por primera vez; y no falta quien se forje la ilusión de que las ha sacado de su cabeza por estudio directo de los hechos y propia y personal meditación, como el célebre Pascal descubrió, siendo niño aún, por su propio é individual esfuerzo, los primeros teoremas de Euclides. Pero ni la ignorancia sencilla de los primeros, ni la arrogante presunción y el peregrino ingenio de estos modernos Pascales, inventores de cosas inventadas, conocidas y hace mucho tiempo abandonadas por absurdas en el campo de los estudios científicos, pueden dar novedad á lo que no la tiene.

Los proteccionistas de hoy hablan y dicen lo mismo que los de la primera mitad de este siglo, alegando iguales erró-



neos argumentos, desfigurando y falseando los hechos, y escondiendo los intereses particulares y egoístas de los poderosos industriales privilegiados, detrás de un supuesto interés general, para hacer creer al vulgo que los librecambistas somos acérrimos enemigos de la patria, á la cual queremos arruinar en provecho de las naciones extranjeras.

No he de ocuparme ahora en refutar tales cosas, porque, como he dicho antes, no son oportunos estos momentos para que los librecambistas *discutan* seriamente con el proteccionismo triunfante, y debemos limitarnos á protestar, manteniendo enhiesta la bandera de la libertad del comercio, y reservar las fuerzas para reanudar nuestra propaganda, cuando el hecho brutal de la ruina de la producción española, tomada en su conjunto, empiece á disipar las embriagueces proteccionistas.

Pero ya que renunciemos por ahora á *discutir* sobre doctrinas, no hemos de resignarnos á dejar pasar sin la debida y pronta *rectificación*, aquellas afirmaciones inexactas de los adversarios del librecambio, que tienden á desfigurar ante la opinión pública la historia y las condiciones y propósitos de la propaganda librecambista, iniciada y continuada desde el año 1859 por la Asociación para la reforma de los aranceles de aduanas.

Una de esas rectificaciones es el principal objeto de estas líneas. Después de consignar las anteriores observaciones, que me han parecido necesarias para fijar la actitud que se ven obligados á adoptar hoy los partidarios firmes y constantes de la libertad de comercio, pido á mis lectores que presten su atención al breve y curioso diálogo público entre los Sres. Sagasta y Cánovas, que á manera de epígrafe he colocado al frente de este artículo.

Por lo que se deduce á primera vista de las afirmaciones del Sr. Cánovas en la sesión del Congreso de los Diputados de 19 de Diciembre último, puede creerse que el ilustre jefe del partido proteccionista conservador padece de debilidad de me-



moria en lo que á su propia historia se refiere. La insistencia con que el Sr. Cánovas niega una y otra vez haber sido libre-cambista antes de la revolución de 1868, y las inexactitudes que comete siempre que habla de la Asociación para la reforma aduanera, á la cual perteneció durante cinco años (1859 á 1864), no tienen, en efecto, explicación razonable, sino por una grave perturbación de la primera potencia del alma, ó, lo que sería peor, por un acto de la voluntad, empeñada en la empresa poco correcta de desfigurar los hechos, para que la vida del ilustre jefe actual del proteccionismo aparezca á los ojos de sus secuaces limpia de todo pecado de librecambio. No le basta quizás al Sr. Cánovas que las poderosas clases industriales sepan que *ha venido* en la edad madura á ser *proteccionista*, y que hoy nadie puede hacerle competencia, con este carácter, en el campo político; porque los proteccionistas del partido gobernante son tímidos y vacilan ante la necesidad de transigir, más ó menos, con los liberales, para evitar que se les venga á unos y otros la posada común encima.

Es indudable que sólo el Sr. Cánovas ofrece, para cuando vuelva al poder, plena satisfacción á los apetitos del proteccionismo; pero el eminente jefe del partido conservador teme, quizá, que haya quien dude de la sinceridad de sus ofrecimientos y de la firmeza de sus propósitos, recordando que, á raíz de la publicación del Arancel de 1891, se sirvió el señor Cánovas de ese mismo Arancel como mero instrumento de guerra, para poder celebrar con mayor ventaja tratados de comercio. Y el temor del Sr. Cánovas no está desprovisto de fundamento, porque, si no ha perdido también la memoria de lo que hizo y dijo en el poder en 1892, ha de tener muy presente el disgusto que en las regiones del proteccionismo causaron aquellas solemnes declaraciones pesimistas suyas, sobre los *egoísmos nacionales* que en el orden económico *habían traspasado sus racionales límites*, y tendían *nada menos que á la confiscación de los derechos de la humanidad*; disgusto que se aumentó considerablemente después, al ver que en los con-



ciertos mercantiles celebrados con varias naciones en el mismo año, abandonó el Sr. Cánovas el rigor de la tarifa *mínima*, y volvió con cierto disimulo á la abominada, pero inevitable cláusula de la *nación más favorecida*, aceptándola virtualmente en el *modus vivendi* con Francia, al comprometerse á no imponer á los productos de esta nación tarifas diferenciales.

Cualquiera que sea la causa del empeño del jefe del partido conservador en probar que no fué librecambista en ninguna época de su vida, el hecho cierto es que el empeño existe, y que, para conseguir su objeto el Sr. Cánovas, siempre que se alude á sus antiguas convicciones económicas, se permite hacer afirmaciones inexactas, que, por respeto á los fueros de la Historia, no se deben dejar pasar sin el oportuno correctivo.

No es esta la primera vez que me ocupó en estas necesarias rectificaciones, cumpliendo el deber que me impone la circunstancia de haber sido secretario general de la Asociación para la reforma de los aranceles, durante el período en que perteneció el Sr. Cánovas á la Junta directiva de la misma. En una conferencia que expliqué en el Ateneo de Madrid en Mayo de 1888, ocupándome en el examen del discurso-programa pronunciado en el Congreso el 9 de Enero del mismo año por el Sr. Cánovas (quien había ya negado sus antecedentes librecambistas, discutiendo con el diputado Sr. Cobian), hube de referir que entre los fundadores de la Asociación para la reforma liberal de los aranceles había figurado el Sr. Cánovas del Castillo.

Algún tiempo después, en 1891, el jefe del proteccionismo español me dispensó el señalado honor de publicar en la *Revista de España* una extensa contestación á mi conferencia, pero nada dijo entonces contra la perfecta exactitud de aquel hecho afirmado por mí, y lo dió por cierto implícitamente, al explicar en su escrito *cómo había venido á ser doctrinalmente proteccionista*. Aquélla era, en efecto, la ocasión oportuna para negar que hubiese *venido* al proteccionismo *desde el librecambio*, y de rectificar mi afirmación de que el Sr. Cánova-



vas del Castillo había ocupado un puesto importante entre los partidarios de la libertad comercial asociados por primera vez en 1859.

Pero el Sr. Cánovas, que desaprovechó la ocasión de su escrito de 1891 para demostrar que estaban equivocados los que le creímos en algún tiempo librecambista, ha repetido luego más de una vez *que no lo ha sido nunca*, y últimamente lo ha hecho en el Congreso, en forma tal que me obliga á presentar al público una demostración completa de la exactitud de mi referencia de 1888, en justo respeto á la historia y á la verdad.

Tal vez algún lector, al llegar á este punto, se pregunte si el hecho de que el Sr. Cánovas del Castillo haya sido ó no librecambista en su juventud, y pertenecido ó no á la Asociación propagadora de los principios de la libertad mercantil, tiene un interés tal que sea necesario, ó al menos conveniente, ocupar con este motivo en los momentos presentes la atención pública.

El Sr. Cánovas del Castillo dice que es hoy *doctrinal y radicalmente proteccionista*; y afirma que está dispuesto á practicar en el gobierno la política de este sistema, sin reservas ni desmayos, dando á todas y á cada una de las industrias nacionales la protección arancelaria que se necesite para realizar el ideal de que *exportemos mucho y traigamos poco ó nada del extranjero*. ¿Qué importa lo que puede haber pensado ayer? ¿Acaso es el Sr. Cánovas del Castillo el único Saulo del proteccionismo, convertido de un modo más ó menos repentino por la visión sobrenatural del camino de Damasco? ¿No se hallan en igual caso otros muchos antiguos librecambistas? ¿No hemos presenciado más de una vez el espectáculo de individuos que á los pocos meses, y aun á los pocos días, de haber ocupado un distinguido puesto en la Junta directiva de la Asociación para la reforma liberal de los Aranceles, han defendido en las Cortes, ya desde los bancos rojos, ya desde el azul, las pretensiones proteccionistas? ¿No hemos visto periódicos acre-



ditados, defensores constantes durante muchísimos años de la libertad mercantil, pasar casi repentinamente al campo contrario?

Son, en efecto, numerosísimos los ejemplares de este género que podrían citarse; pero no hemos visto más que un solo caso en que el antiguo afiliado á la escuela del librecambio se haya empeñado en hacer creer á las gentes que no comulgó jamás fuera de la iglesia proteccionista. Y este caso único es el del Sr. Cánovas del Castillo, y por ser *único* merecería ya alguna atención, aunque se tratara de persona no tan ilustre, ni tan respetable por su alta situación política y su innegable influjo en los destinos de la patria.

Tratándose del actual jefe del proteccionismo español, el caso reviste considerable importancia.—Es el Sr. Cánovas del Castillo un personaje histórico; los hechos todos de su vida pública han de ser escudriñados, estudiados y juzgados por las generaciones presentes y futuras. En hombres de tal altura, todo es interesante; y los que pretendan escribir la verdadera y completa historia española del último tercio del siglo XIX, dedicarán, seguramente, especial atención á la investigación de las doctrinas profesadas y de los actos ejecutados por el Sr. Cánovas del Castillo, en cada uno de los períodos en que, colocado en situaciones diversas, de importancia siempre creciente, ha ejercido influjo innegable en la evolución de las ideas y de las costumbres del país.

Paréceme, por tanto, obra patriótica y digna de aplauso la de facilitar á los futuros historiadores el más exacto conocimiento de los hechos, y separar del camino de sus investigaciones los obstáculos que pudieran inducirlos á error. Y si es importante que sepan *cómo el Sr. Cánovas vino en su edad madura á ser doctrinalmente proteccionista*, de igual importancia parece que ha de ser que sepan *de dónde vino*, porque sólo sabiendo ambas cosas podrán comprender y apreciar con acierto y exactitud completos los actos del Sr. Cánovas anteriores á la revolución de 1868, así como los del período revo-



lucionario y del primero de la restauración, y los del más reciente que empieza hacia 1880 y dura todavía. Y digo lo mismo de los actos que en la larga vida que deseamos al actual jefe del partido conservador español, puede aún ejecutar, si por nuevas evoluciones de su poderosa inteligencia llegara á creer conveniente al interés general de su patria emanciparse de la servidumbre proteccionista en que vive, y ya que no hacer un viaje de regreso al campo librecambista, emplear por lo menos su esfuerzo en contener los excesos de las clases protegidas por el Arancel; las cuales, según declaración de 1892 del mismo Sr. Cánovas, antes citada, movidas por los *egoísmos nacionales* (que tienen su natural origen y su fuerza en la conjunción de los egoísmos particulares), *traspasan hoy en el orden económico sus racionales límites y tienden nada menos que á la confiscación de los derechos de la humanidad.*

Pero la rectificación de las inexactas afirmaciones del señor Cánovas, no solamente es importante por lo que se refiere al necesario conocimiento de la vida de tan eminente personaje histórico. Esa rectificación es precisa también para impedir que el juicio de la opinión se extravíe, acerca de lo que ha sido, desde su fundación en 1859, hasta los presentes días, la Asociación española para la reforma liberal de los aranceles de Aduanas. Esta asociación ha tenido innegable influencia en el movimiento científico de nuestro país, como en el terreno práctico de las reformas del orden económico. A sus trabajos de vulgarización de los principios liberales se debió evidentemente la ley arancelaria de las Cortes Constituyentes de 1869 y la famosa base quinta, admitida entonces por los intereses proteccionistas, como transacción prudente y razonable para la transformación del Arancel en instrumento puramente fiscal. A los esfuerzos de la Asociación se ha debido después, en gran parte, la conservación del régimen aduanero, relativamente liberal de 1869, hasta el advenimiento al poder del partido conservador en 1890; como se les deberá, cuando amen-



güe la intensidad de la actual galerna proteccionista, el restablecimiento en la opinión general de los sanos principios de la libertad de comercio, y la destrucción del vigente desastroso sistema arancelario, que arruina á todo el país en exclusivo provecho de los intereses de algunos grupos de afortunados industriales.

Tiene, pues, también la Asociación liberal arancelaria un puesto señalado en la historia de nuestro tiempo, y perfecto derecho á ser juzgada con verdad, por lo que quiso hacer y lo que hizo, y no por inexactas referencias de sus antiguos ó actuales adversarios; siendo la rectificación de esas referencias, tanto más necesaria, cuanto más importante es la persona que las hace, y más elevado el lugar en que son oídas.

Examinemos y rectifiquemos, pues, las solemnes declaraciones del Sr. Cánovas del Castillo ante el Congreso de los diputados, en la sesión de 19 de Diciembre último.

«Su Señoría, dijo el Sr. Sagasta, ha pertenecido á la Asociación para la reforma de los aranceles», y contestó el señor Cánovas: «*Cuando era de mero estudio de los aranceles; pero tan pronto como la Asociación se declaró librecambista, me separé de ella.*»

Estas afirmaciones son completamente inexactas. No es verdad que la Asociación haya sido nunca de *mero estudio*, ni que el Sr. Cánovas del Castillo *se separase* de la Asociación por haberse ésta *declarado librecambista*. El Sr. Cánovas entró á formar parte de la Asociación en 1859, á *sabiendas* de que su fin no era *estudiar*, sino *propagar* los principios de la libertad del comercio, y conseguir en la práctica la reforma liberal de los aranceles, suprimiendo *en ellos el carácter proteccionista*; y dejó de pertenecer á la Asociación cuando fué nombrado por primera vez ministro de la Corona en 1864. Esta separación se verificó, como muchas otras anteriores y posteriores, sin que mediase explicación alguna de causa, ni otro acto privado ni público que el de haber dejado de pagar el



señor Cánovas, desde que fué ministro, la modesta cotización mensual impuesta á los socios por los Estatutos.

Parà probar plenamente lo que acabamos de afirmar, no hay necesidad de acudir al archivo particular de la Asociación librecambista. Basta recordar lo que consta en documentos impresos, que tuvieron gran publicidad, y se hallan en manos de cuantos se ocupan seriamente en el estudio de la ciencia y de la historia económica de nuestro país. De esos documentos resulta, que en 2 de Enero de 1857 se fundó en Madrid una *Sociedad libre de economía política* (tal era su título), para el estudio de las cuestiones de este orden, formando parte de ellas con los economistas librecambistas, muchos proteccionistas militantes. A esta *Sociedad libre*, de la cual tuvo el autor de estas líneas el honor de ser secretario desde 1857 hasta 1868, y en cuyas reuniones de carácter privado se exponían y discutían *todas las opiniones, no perteneció el Sr. Cánovas del Castillo.*

De los elementos librecambistas de esta Sociedad, *de mera discusión*, salió en 1859 el propósito de formar una Asociación independiente de la primera, para defender y propagar clara y resueltamente los principios de la libertad de comercio. Formóse con este objeto una comisión directiva provisional (1), que preparó los oportunos trabajos de programa y organización de la nueva Sociedad, y esta comisión redactó un proyecto de *Bases*, que fué sometido á examen y discusión pública en la reunión celebrada en el local de la Bolsa de Madrid el día 25 de Abril de 1859. En esta primera reunión ó *meeting*, se aprobaron las bases propuestas, se nombró la primera Junta directiva de la Asociación y quedó esta definitivamente constituida.

*Todas las personas nombradas para formar la Junta direc-*

---

(1) Compusieron esta comisión los Sres. D. Luis M. Pastor, D. Cipriano Segundo Montesino, D. Antonio M. Segovia, D. Manuel Colmeiro, D. Emilio Castelar, D. Joaquín M. Sanromá, D. Félix Bona, D. Benigno Carballo, D. Arturo de Marcoartú y D. Gabriel Rodríguez.



tiva (1) *aceptaron* los respectivos cargos, según era natural que sucediese, porque la Comisión organizadora había *contado previamente con el asentimiento de los elegidos*. Todos los individuos de la Junta examinaron y conocieron, antes de prestarse á formar parte de la misma, el programa y las bases, en que se consignaba claramente el fin *librecambista* de la Asociación. Al entrar en ella, nadie, pues, pudo ser sorprendido ó engañado, y por consiguiente el Sr. Cánovas del Castillo, mayor entonces ya de treinta años, político acreditado de sabio, hábil y elocuente, con gran porvenir, diputado á Cortes, y director general en el ministerio de la Gobernación, debió de obrar indudablemente con plena conciencia de lo que hacía, á

(1) Fueron nombrados para componer la Junta directiva en la reunión pública de 25 de Abril los señores siguientes:

## PRESIDENTE.

D. Luis M. Pastor, moderado.

## VICEPRESIDENTES.

- D. Antonio Alcalá Galiano, moderado.  
 » José Manuel Collado, Unión liberal.  
 » Gregorio López Mollinedo, Unión liberal.  
 » Cipriano Segundo Montesino, progresista.

## VOCALES.

- D. Manuel Colmeiro, Unión liberal.  
 » Laureano Figuerola, progresista.  
 » Antonio M. Segovia, moderado,  
 » Eugenio Moreno López, Unión liberal.  
 » ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO, Unión liberal.  
 » José González de la Vega, progresista.  
 » Juan Eloy de Bona, demócrata.  
 » Andrés Borrego, moderado.  
 » Ramón Echevarria, moderado.  
 » José Maria Orense, demócrata.  
 » Emilio Castelar, demócrata.  
 » Antolin Udaeta, Unión liberal.  
 » Práxedes Mateo Sagasta, progresista.  
 » Francisco Orgaz, Unión liberal.  
 » Patricio Pereda, progresista.



sabiendas de que contraía una solemne obligación en favor de la libertad de comercio, y la responsabilidad moral de todo cuanto la Asociación hiciese, por medio de su representación legítima, que era la Junta directiva, en la cual el Sr. Cánovas había aceptado un puesto importante. Así, desde Abril de 1859 hasta 1864, todos los actos, programas y peticiones á las Cortes y al gobierno son actos de los cuales es responsable el señor Cánovas del Castillo, dado que, habiendo tenido conocimiento pleno de todos ellos, porque se los comunicaba la secretaría, y además tenían gran publicidad por medio de la prensa periódica, no dió nunca la más leve muestra de desaprobarlos ó rechazarlos por su parte, durante el largo período comprendido entre los años ya citados de 1859 y 1864.

D. Félix de Bona, demócrata.

» Pablo Martínez, idem.

» Sabino Ojero, idem.

» Casimiro Rufino Ruiz, idem.

» Luis Mariano Moreno, idem.

» Eduardo Chao, demócrata.

» Joaquín Maldonado Macanaz, Unión liberal.

» José Monasterio, idem.

» Félix Márquez, idem.

» Francisco Díaz Pallarés, idem.

TESORERO.

D. Pedro P. Uhagón, moderado.

CONTADOR.

D. Isidro Solernou, moderado.

SECRETARIO GENERAL.

D. Gabriel Rodríguez, demócrata.

SECRETARIOS.

D. Joaquín M. Sanromá, demócrata.

» Benigno Carballo, idem.

» José Echegaray, idem.

» Enrique Pastor, Unión liberal.

» Arturo de Marcoartú, idem.

» Feliciano Herreros de Tejada, idem.

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID



Pero ¿había en el programa ó en las bases de la Asociación oscuridad ó vacilación, que no permitiera á los individuos que desde el primer momento ó después ingresaron voluntariamente en la Asociación, apreciar con completa claridad el fin que ésta se proponía realizar?

Nuestros lectores juzgarán por el texto de las bases 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup>

«La Asociación (dice la base 2.<sup>a</sup>) tiene por objeto defender  
 »y generalizar el conocimiento de la conveniencia de reformar  
 »el actual sistema de aduanas, *disminuyendo sucesivamente*  
 »*los derechos de importación y exportación* HASTA TRANSFORMAR  
 »LOS ARANCELES ESTABLECIDOS HOY EN TARIFAS PURAMENTE  
 »FISCALES.—3.<sup>a</sup> La Asociación empleará para la realización de  
 »su objeto todos los medios autorizados por las leyes del país,  
 »reuniendo los datos y noticias que puedan conducir á la ma-  
 »yor ilustración de las cuestiones aduaneras, y examinando y  
 »discutiendo todas las reformas de que este sistema sea suscep-  
 »tible en sus bases y en sus aplicaciones.»

A mayor abundamiento, decíase en el preámbulo ó manifiesto que precedía al proyecto de Bases: «La justicia y la conveniencia de la libertad de comercio están ya completamente demostradas en el terreno científico. Nadie que haya estudiado imparcialmente estas materias, ignora hoy que el progreso económico de los pueblos sólo puede realizarse caminando hacia la libertad comercial por medio de reformas graduales de la legislación de aduanas.»

Afirmábase en otro lugar del preámbulo que los privilegios proteccionistas «son tan perjudiciales para los productores como para los consumidores (1)».

Ninguna modificación se ha hecho desde 1859 en este pro-

(1) Las bases de la Asociación y el acta del *meeting* de 25 de Abril se publicaron en un folleto, con el título: ASOCIACIÓN PARA LA REFORMA DE LOS ARANCELES DE ADUANAS.—*Noticia de su origen y planteamiento, acta de la sesión inaugural y juicio formado por la prensa.*—Madrid, 1859.—Imprenta de *La España Mercantil*.

La lista de la Junta nombrada fué reproducida por los periódicos si-



grama, á la vez de doctrina y de conducta, que es hoy todavía el de la Asociación, la cual, al reconstituirse en 1879, después de una inacción de diez años, lo volvió á proclamar íntegramente, á pesar de la actitud que después de haber aceptado la reforma y la base 5.<sup>a</sup> de la ley Figuerola en 1869, adoptaron los proteccionistas desde los primeros momentos de la restauración.

Como ven nuestros lectores, el procedimiento que para la reforma arancelaria recomendaba en 1859 la Asociación librecambista, á saber, *la reducción gradual* de los derechos llamados protectores hasta la conversión de la aduana en institución puramente fiscal, es, ni más ni menos, el establecido en la famosa base 5.<sup>a</sup>, que ordenaba las rebajas sucesivas á plazo fijo durante un período de doce años, más que suficiente para evitar los perjuicios de las perturbaciones industriales que pudiera originar la transformación del Arancel. Puede, pues, afirmarse que el Sr. Cánovas del Castillo *conoció y aprobó en su esencia la base 5.<sup>a</sup>*, desde que conoció y aceptó el programa de la Asociación en 1859, al ingresar *voluntariamente* en sus filas, ocupando uno de los puestos de la Junta directiva.

Cierto es que el ilustre jefe del partido conservador, *desde que vino á ser doctrinalmente proteccionista*, rechaza esa base con verdadero horror, y se vanagloria de haberla abolido, pensando que ha prestado así un servicio eminente á su patria. Pero conste que el procedimiento señalado en la base 5.<sup>a</sup> fué admitido como bueno y saludable por el Sr. Cánovas en sus mocedades librecambistas; hecho que, por lo visto, tiene tan olvidado, como si la reforma arancelaria se hubiera realizado, no en la época romana, sino en los tiempos prehistóricos, ó protohistóricos, como ahora se dice.

---

guientes: *El Clamor Público, Correo Autógrafo, Correspondencia Autógrafa, El Crédito, El Día, La Discusión, La Epoca, La España, La España Mercantil, El Estado, El Fénix, La Iberia, La Independencia Española, Las Novedades, El Occidente, Revista Peninsular Ultramarina, La Unión* y muchos periódicos de provincias.



Pero no sólo por lo que hizo el actual jefe del proteccionismo español en 1859 al fundarse nuestra Asociación, resulta probado que el Presidente del Consejo de ministros tenía razón sobrada para recordar al Sr. Cánovas, en la Sesión del Congreso de 19 de Diciembre, que había sido en otro tiempo librecambista. Es cierta la afirmación del Sr. Cánovas de que no habló nunca en nuestros *meetings*, pero esto nada prueba, porque tampoco hablaron nunca otros muchos individuos de la Junta directiva; unos, que siguen proclamándose librecambistas y hoy pertenecen todavía á la Asociación; otros, que no tuvieron á bien reingresar en ella cuando se reconstituyó en 1879, sin dejar por eso de ser partidarios de la libertad de comercio, y otros, por último, que, habiendo sentido como el Sr. Cánovas los efectos de la gracia proteccionista, reconocen y confiesan sin embargo franca y lealmente que fueron en un tiempo librecambistas. Si el Sr. Cánovas no hizo oír en los *meetings* su elocuente voz, tampoco hizo oír la suya no menos elocuente el Sr. Castelar, entonces como ahora amigo decidido de la libertad comercial. Además, ¿es que sólo hablando en los *meetings*, se manifestaban en 1859, como ahora, las convicciones librecambistas? ¿No había otros medios de cooperar á la realización de los fines de la Asociación? ¿No se celebraban reuniones de la Junta directiva y se redactaban y discutían en ellas manifiestos y exposiciones á las Cortes y al Gobierno, que se publicaban después con las firmas del Presidente y del secretario general de la Junta *en nombre y con la representación legítima de todos los individuos de la misma*? ¿No recuerda el Sr. Cánovas haber asistido á algunas de esas reuniones, pocas ó muchas, en casa del ilustre economista presidente D. Luis María Pastor? ¿No recuerda entre esas reuniones la importantísima celebrada en Enero de 1863, á la que concurrió con casi todos los demás individuos de la Junta, para discutir el manifiesto que había de dirigir al país la Asociación con motivo de la presentación al Congreso del proyecto de reforma arancelaria de D. Pedro Salaverria?



¿No recuerda el Sr. Cánovas que, dada lectura del proyecto de manifiesto, lo aceptó y aprobó de una manera *explícita* con frases benévolas para el redactor, que éste agradeció vivamente, por venir de persona de tan grandes y reconocidos talentos y autoridad científica y política? Nosotros recordamos este hecho perfectamente, como recordamos que el Sr. Cánovas aceptó y desempeñó el encargo que le confió la Junta, de pedir en su nombre á D. Pascual Madoz, Presidente de la Comisión especial del Congreso, permiso para concurrir á la información abierta por la misma sobre el proyecto del Sr. Salaverria.

Pues bien, en el manifiesto, impreso en 31 de Enero de 1863 (1) (cuando ya llevaba la Asociación tres años de activa y pública campaña librecambista), y reproducido entonces en muchos periódicos, mantenía y ratificaba la Junta directiva de la Asociación todos los conceptos de su programa de 1859, así en la doctrina como en el procedimiento, según se ve en el párrafo siguiente:

«La solución definitiva de la cuestión arancelaria, *debe tener por fin la libertad de comercio*, hacia la cual ha de marcharse *franca y abiertamente*, aunque con paso mesurado. Empléense enhorabuena cuatro, seis, ocho años en la transición; pero que al fin del plazo se obtenga la libertad comercial completa, sin restricción alguna basada en los errores proteccionistas. Váyase tan despacio como se quiera en la reforma, pero que al fin de ella quede un arancel *pura y exclusivamente fiscal.*»

En el año siguiente al de la publicación de este manifiesto fué nombrado el Sr. Cánovas ministro de la Corona y, según hemos referido ya en otra ocasión, pasó á felicitarle oficialmente en su despacho del ministerio una comisión de la Junta directiva, compuesta del Presidente D. Luis María Pastor, del vocal D. Antonio María Segovia y del Secretario general,

(1) Madrid, 1863.—Imprenta de Manuel Galiano.



autor de estas líneas. Fué esta comisión cortés y afectuosamente recibida por el Sr. Cánovas, sin que entre las frases que en aquella breve visita oímos á nuestro ilustre colega, percibiésemos un solo concepto que nos pudiera hacer sospechar la existencia de la más mínima modificación de su criterio librecambista.

Poco después de esta visita dejó ya el Sr. Cánovas de pertenecer á la Asociación; pero, á juzgar por los hechos posteriores, no adquirió pleno conocimiento de las excelencias del proteccionismo hasta muchos años más tarde. Solamente así puede explicarse su conducta en las Cortes Constituyentes de 1869, en las que, si bien no defendió la reforma arancelaria, nada hizo contra ella, y dejó pasar sin oposición alguna de su parte la famosa base 5.<sup>a</sup> Más adelante, en 1882, gobernando el Sr. Sagasta, levantó el Sr. Cánovas bandera proteccionista, pero todavía sin darle carácter político, supuesto que en el discurso de aquel año reconoció que se podía ser á la vez conservador y librecambista. Hasta 1888 no estimó el Sr. Cánovas identificadas, y así como consustanciales, la doctrina conservadora y la proteccionista, y pudieron seguir perteneciendo á la Junta directiva de nuestra Asociación algunos políticos conservadores, como por ejemplo el Sr. D. Luis Silvela y otros, que se dieron luego de baja en la Asociación, sometiéndose mal de su grado á las duras exigencias de la disciplina política, cuando el Sr. Cánovas pronunció su célebre discurso de Enero de 1888.

Durante el largo período comprendido entre 1864 y 1882, debió de irse verificando el cambio de convicciones económicas del Sr. Cánovas, cuya conducta en el poder fué más bien contraria que favorable al proteccionismo. En efecto, en 1875, aunque el partido conservador suspendió el cumplimiento de la base 5.<sup>a</sup> (por exigencias meramente políticas y contra la opinión del ministro Sr. Salaverria), no la abolió, como, por error de memoria, ha dicho más de una vez el Sr. Cánovas. El Sr. Camacho, ministro de Hacienda en el gabinete del señor



Sagasta, halló vigente dicha base, cuya suspensión levantó sencillamente en 1882, realizando la primera rebaja arancelaria. En las Cortes de 1877 y 1878 el Sr. Cánovas resistió bravamente las pretensiones de los proteccionistas que reclamaron la reforma de la ley y del arancel de 1869. En aquel período de gobierno del Sr. Cánovas, las tendencias del proteccionismo nada consiguieron prácticamente. Con enérgicos y contundentes discursos de oradores notables de la mayoría conservadora, que demostraron hasta plena evidencia que los aranceles del Sr. Figuerola eran todavía mucho más proteccionistas que los de todos los demás países de Europa, fueron rechazadas las peticiones del difunto Sr. Bosch y Labrús y de otros diputados catalanes; que sólo pudieron lograr que se abriese una información administrativa sobre los efectos producidos en la industria naviera y en la de lanerías por la modesta reforma liberal de 1869. En aquella información resultó claramente probado que ambas industrias habían progresado notablemente; razón por la cual, sin duda alguna, cuando el Sr. Cánovas del Castillo volvió al poder en Enero de 1884, se abstuvo prudentemente de todo paso atrás, y respetó el arancel del Sr. Camacho, conservando en toda su fuerza y vigor la base 5.<sup>a</sup> Esta, diga lo que quiera ahora el Sr. Cánovas, fué, pues, conservada por él, hasta que al subir al poder en Diciembre de 1890, aprovechando la autorización parlamentaria, votada indiscreta é inocentemente por el partido liberal, abolió la base, levantó los derechos de los cereales y ganados, y confeccionó el monstruoso arancel de Diciembre de 1891.

Con los hechos expuestos á la vista, ¿se puede comprender que el Sr. Cánovas del Castillo niegue haber sido alguna vez librecambista militante, y se incomode con el Sr. Sagasta porque se lo recuerde, y le interrumpa con aquellas arrogantes palabras: «¿Yo? ¿Cuándo?»

Verdaderamente en la conducta del ilustre jefe de los conservadores hay que ver un caso anormal de pérdida parcial



de la memoria, ó sea para los sucesos referentes á las cuestiones del orden económico. Al entrar en la poderosa y vasta inteligencia del Sr. Cánovas los principios del proteccionismo, parece que han arrojado fuera de ella, á la vez que las antiguas convicciones librecambistas, el recuerdo de haberlas algún día profesado.

Por la falta de memoria para los hechos económicos se pueden únicamente explicar otras afirmaciones que, además de las que motivan este artículo, ha hecho el Sr. Cánovas en los últimos tiempos, y que los defensores de la libertad de comercio no debemos dejar correr tampoco sin rectificación ni protesta. Son esas inexactas afirmaciones en gran número; pero hoy he abusado ya de la atención de los lectores, y sólo me ocuparé en una de ellas, que tiene indudable interés histórico.

En un discurso pronunciado en Barcelona en 1888 dijo el Sr. Cánovas la frase siguiente: «El librecambio se ha introducido en España de un modo *repentino y violento*.» Nada hay menos cierto, y el Sr. Cánovas no puede en este punto alegar ignorancia. El conoció y aprobó en 1859 el procedimiento propuesto para la reforma arancelaria por la Asociación librecambista mediante rebajas graduales de los derechos protectores en largos plazos; procedimiento medurado y prudente al que se ajusta de un modo estricto la base 5.<sup>a</sup> de la ley Figuerola. Diputado en las Constituyentes, el Sr. Cánovas fué testigo presencial de todos los hechos de la reforma, presentada al Parlamento por el Gobierno, examinada detenidamente y discutida hasta en sus menores detalles por los partidarios de las diversas escuelas económicas, y convertida en ley por voto de la mayoría de las Cortes, con todos los requisitos constitucionales. ¿Es esto hacer reformas repentinas y violentas? ¡Parece imposible que tales calificaciones hayan salido de los labios del estadista autor de los *violentos, repentinos* y hasta ilegales aranceles de 1891! Además, no es cierto que hayamos tenido todavía prácticamente el librecambio en España, y lo



debe de saber perfectamente el Sr. Cánovas si, para reformar en sentido proteccionista las tarifas anteriores, se ha tomado, como parece natural, la pena de examinarlas. Estas tarifas eran todavía exageradamente proteccionistas. La *doctrina* del librecambio se introdujo, sí, en la opinión pública, pero no llegó al terreno de los hechos, y sólo ha existido *en potencia* en la base 5.<sup>a</sup>, que fué el fruto lógico de la predicación y propaganda constante, legal y pacífica de diez años, emprendida en 1859 con la aprobación y la cooperación del Sr. Cánovas del Castillo.

GABRIEL RODRÍGUEZ.



# EN TORNO AL CASTICISMO

---

## La casta histórica.—Castilla.

**P**ARA llegar, lo mismo un pueblo que un hombre, á conocerse, tiene que estudiar de un modo ó de otro su historia. No hay intuición directa de sí mismo que valga; el ojo no se ve sino es con espejo, y el espejo del hombre moral son sus obras, de que es hijo. Al árbol se le conoce por sus frutos; obramos según somos, y del conocimiento de nuestras obras entramos al de nosotros mismos, con la misma marcha que al de nuestros prójimos por las suyas, puesto que, en resolución, no es cada cual más que el primer prójimo de sí propio. Mas como esta inferencia de nuestras obras á nuestro carácter es de todos los días, apenas nos damos cuenta de ella creyendo conocernos *intuitivamente*, de modo directo. Y, sin embargo, ¡cuántas veces no se dice uno á sí mismo: «no me creí capaz de tal cosa», ó «no me reconozco», «soy otro!»

Si vas á saltar una zanja sin conocer previamente cuánto saltas, lo haces con el encogimiento del miedo y caes; más si ejercitándote en gimnasia habías medido tus fuerzas, saltas con *valor*, con conocimiento de ti mismo, que éste es el valor verdadero, conocimiento de sí mismo. La misma utilidad que la gimnasia para la vida corporal tiene el examen de concien-



cia para la espiritual, y el estudio sereno de la historia para un pueblo. Estudiando éste se llega al carácter popular íntimo, á lo intra-histórico de él.

Al comprender el presente como un momento de la serie toda del pasado, se empieza á comprender lo vivo de lo eterno, de que brota la serie toda, aun cuando queda otro paso más en esta comprensión, y es buscar la razón de ser del «presente momento histórico», no en el pasado, sino en el presente *total* intra-histórico; ver en las causas de los hechos históricos vivos revelaciones de la sustancia de ellos, que es su causa eterna. Pero entre tanto no nos sea esto hacedero con *ciencia*, será utilísima é imprescindible la labor de los desenterradores y ajustadores de sucesos históricos pasados, porque es labor de paleontología, luz para enlazar á nuestros ojos las especies vivas hoy y llegar á la continuidad zoológica. Por las causas se va á la sustancia. Sin el paleontológico hiparion no veríamos tan clara la comunidad entre la pesuña del caballo y el ala del águila. Y así como la paleontología, capítulo de la historia natural, se subordina á la biología general, así la historia del pasado humano, capítulo de la del presente, se ha de subordinar á la ciencia de la sociedad, ciencia en embrión aún y parte también de la biología. Todo esto es hoy del dominio general, tan corriente que apenas se asienta, pero es, como veremos, letra muerta. Son cosas sabidas de sobra y... Dios te libre, lector, de tener razón que te sobre, más te vale que te falte.

El conocimiento desinteresado de su historia da á un pueblo valor, conocimiento de sí mismo, para despojarse de los detritus de desasimilación que embarazan su vida.

En el asunto que nos ocupa aquí, para llegar á lo duradero de nuestro casticismo, á su roca viva, conviene estudiar cómo se ha formado y revelado en la historia nuestra casta histórica.



## I

Ha empezado hace algún tiempo á deshacerse la enormidad de errores que acarrearón las confusiones entre lo fisiológico, lo lingüístico, lo geográfico y lo histórico en los pueblos; es corriente ya que éstos son un producto histórico independiente de homogeneidad de raza física ó de comunidad de origen; poco á poco va difundiéndose la idea de que la supuesta emigración de los arios á Europa sea acaso en parte emigración de las lenguas arianas con la cultura que llevaban en su seno, siendo sus portadores unos pocos peregrinos que cayeran á perderse en poblaciones que los absorbieron.

De raza española fisiológica nadie habla en serio, y, sin embargo, hay casta española, más ó menos en formación, y latina y germánica, porque hay castas y casticismos espirituales por encima de todas las braquicefalias y dolicocefalias habidas y por haber.

Todo el mundo sabe, de sobra con sobrada frecuencia, que un pueblo es el producto de una civilización, flor de un proceso histórico el sentimiento de patria, que se corrobora y vivifica á la par que el de cosmopolitismo. A esto último hemos de volver, que lo merece.

Llenos están los libros de explicaciones del *hecho* de la patria y su fundamentación, explicaciones de todos colores, desde vaguedades místicas y formulismos doctrinarios hasta la tan denigrada doctrina del pacto.

Detengámonos un poco en esto del pacto, que las reflexiones que nos sugiera, aunque digresivas al pronto, afluirán al



cabo á la corriente central de esta meditación. La doctrina del pacto, tan despreciada como mal entendida por paleontólogos desenterradores, es la que, después de todo, presenta la razón intra-histórica de la patria, su verdadera fuerza creadora, en acción siempre.

Lo mismo que tantos pueblos han proyectado en sus orígenes, en la edad de oro, su ideal social, Rousseau proyectó en los orígenes del género humano el término ideal de la sociedad de los hombres, el contrato social. Porque hay en formación, tal vez inacabable, un pacto inmanente, un verdadero contrato social intra-histórico, no formulado, que es la efectiva constitución interna de cada pueblo. Este contrato libre, hondamente libre, será la base de las patrias chicas cuando éstas, individualizándose al máximo por su subordinación á la patria humana universal, sean otra cosa que limitaciones del espacio y del tiempo, del suelo y de la historia.

A partir de comunidad de intereses y de presión de mil agentes exteriores á ellas y que las unen, caminan las voluntades humanas, unidas en pueblo, al contrato social inmanente, pacto hondamente libre, esto es, aceptado con la verdadera libertad, la que nace de la comprensión viva de lo necesario, con la libertad que da el hacer de las leyes de las cosas leyes de nuestra mente, con la que nos acerca á una como omnipotencia humana. Porque si en fuerza de compenetración con la realidad llegáramos á querer siempre lo que fuera, sería siempre lo que quisiéramos. He aquí la raíz de la resignación viva, no de la muerta, de la que lleva á la acción fecunda de trabajar en la adaptación mutua de nosotros y el mundo, á conocerlo para hacerlo nuestro haciéndonos suyos, á que podamos cuanto queramos cuando sólo podemos querer lo que podemos llevar á cabo.

Se podrá decir que hay verdadera patria española cuando sea libertad en nosotros la necesidad de ser españoles, cuando todos lo seamos por querer serlo, queriéndolo porque lo seamos. *Querer* ser algo no es *resignarse* á serlo tan sólo.



Hasta llegar á este término de libertad del que aún, no valen ilusiones, estamos lejos, la historia va haciendo á los pueblos, la historia que es algo del hado. Les hace un ideal dominando diferencias, y ese ideal se refleja sobre todo en una lengua con la literatura que engendra.

La lengua es el receptáculo de la experiencia de un pueblo y el sedimento de su pensar; en los hondos repliegues de sus metáforas (y lo son la inmensa mayoría de los vocablos) ha ido dejando sus huellas el espíritu colectivo del pueblo, como en los terrenos geológicos el proceso de la fauna viva. De antiguo los hombres rindieron adoración al *verbo*, viendo en el lenguaje la más divina maravilla.

El pueblo romano nos dejó muchas cosas escritas y definidas y concientes, pero donde sobre todo se nos ha transmitido el romanismo es en nuestros *romances*, porque en ellos descendió á las profundidades intra-históricas de nuestro pueblo, á ser carne del pensar de los que no viven en la historia.

El que quiera juzgar de la romanización de España no tiene sino ver que el castellano, *en el que pensamos y con el que pensamos*, es un *romance* de latín casi puro; que estamos pensando con los conceptos que engendró el pueblo romano, que lo más granado de nuestro pensamiento es hacer conciente lo que en él llegó á inconciente.

Hay otro hecho y es el de que la lengua oficial de España sea la *castellana*, que está lleno de significación viva. Porque del latín brotó en España más de un romance, pero uno entre ellos, el *castellano*, se ha hecho lengua nacional é internacional además, y camina á ser verdadera lengua española, la lengua del pueblo español que va formándose sobre el núcleo castellano. Desde el reinado de Alfonso VII, á mediados del siglo XII, usábase en la regia cancillería el romance castellano y su carácter oficial le fué oficialmente promulgado al ordenar Fernando III que se tradujera el *Forum Judicum* al romance castellano para darlo como fuero á Córdoba, el Fuero



Juzgo (1), y corroboró esa promulgación su hijo Alfonso el Docto, en la ley IV del título IX de la Segunda Partida, donde manda que el Chanciller del Rey sepa «leer e escrebir tan bien en latin como en romance». Y poco á poco la lengua castellana fué haciéndose oficial de España.

Así es que en la literatura española escrita y pensada en castellano, lo castizo, lo verdaderamente castizo, es lo de vieja cepa castellana.

Pero si Castilla ha hecho la nación española ésta ha ido españolizándose cada vez más, fundiendo más cada día la riqueza de su variedad de contenido interior, absorbiendo el espíritu castellano en otro superior á él, más complejo, el español. No tienen otro sentido hondo los pruritos de regionalismo más vivaces cada día, pruritos que siente Castilla misma; son síntomas del proceso de españolización de España, son prodromos de la honda labor de unificación. Y toda unificación procede al compás de la diferenciación interna y al compás de la sumisión del conjunto todo á una unidad superior á él.

La labor de españolización de España no está concluida, ni mucho menos, ni concluirá, creemos, si no se acaba con casticismos engañosos, en la lengua y en el pensamiento que en ella se manifiesta, en la cultura misma.

Castilla es la verdadera forjadora de la unidad y la monarquía española; ella las hizo y ella misma se ha encontrado más de una vez enredada en consecuencias extremas de su

---

(1) *Forum Judicum* equivale á «Fuero de los Jueces», pero no se tradujo su título, sino que, transformándose fonéticamente, pasó al romance y del genitivo de plural *judicum* salió el *Juzgo*, vocablo representante de un caso latino que no ha pasado al castellano. Este hecho, este humilde hecho, ¡qué preñado de historia está! Porque nos indica que no se traducía el título del código, sino que corría en latin de boca en boca, cuando ya el latin no se hablaba, como cosa muy popular y conocida entre los que no lo hablaban, entre gente del pueblo por ser la derivación *juzgo* de *judicum* una derivación popular. Los fósiles escriben su historia en las capas del terreno.



obra. Mas cuando España renació á nueva vida el año 8 fué por despertar difuso, sin excitación central.

Nos queda por buscar algo del espíritu histórico castellano revelado sobre todo en nuestra lengua y en nuestra literatura clásica *castiza*, buscar qué es lo que tiene de eterno y qué de transitorio y qué debe quedar de él. Conviene indagar si no es renunciando á un *yo* falaz como se halla el *yo* de roca viva, si no es abriendo las ventanas al aire libre de fuera como cobraremos vida, si el fomento de la regeneración de nuestra cultura no hay que buscarlo fuera á la vez que buscarlo dentro. Conviene mostrar que el regionalismo y el cosmopolitismo son dos aspectos de una misma idea, y los sostenes del verdadero patriotismo, que todo cuerpo se sostiene del juego de la presión externa con la tensión interna.

## II

Al llegar á este punto ruego al lector paciente <sup>p</sup>recorra en su memoria la historia que de España le enseñaron, y se fije en ella en las causas que produjeron el predominio de Castilla en la Península ibérica. Bueno será, no obstante, que le indique los puntos que deseo tenga más presentes, todos ellos conocidísimos para cualquier bachiller en letras.

Ocupada gran parte de España por la morisma durante la Edad Media, y fraccionado el resto en multitud de estadillos, fué en ella acentuándose la corriente central á medida que se acercaba á la edad moderna, y preparándose á la ingente labor de la forja de las grandes nacionalidades, labor que constituye el proceso histórico de la edad llamada moderna, y labor que, como la crisis de la pubertad en los individuos, nos

*Mucho te*

*— sin e  
en ver*



ha traído á extenuaciones de paz armada, y de aduanas y de pseudocasticismos, engendrando el malestar de que empieza á resurgir potente el ideal humano, por ambos extremos, por el sentimiento individual y por el de solidaridad universal humana.

La necesidad mayor era la de constituir una unidad de la península española, una unidad frente á las otras grandes unidades que iban formándose. Al entrar cada pueblo en concierto con los demás (á lo que condujeron, entre otros movimientos, las Cruzadas), como elemento de una futura unidad suprema, en informísima formación todavía hoy, al entrar en ese concierto tenían que acentuar su unidad externa como todo compuesto algo difuso y disuelto se espesa y unifica al entrar como componente de un grupo superior á él.

De la labor que, poniendo en relaciones más estrechas á los pueblos, originó la individuación creciente de éstos, brotaron las monarquías más ó menos absolutas. Y éstas sacaron su primera fuerza unificadora, como es corriente, de la oposición del estado llano á la nobleza feudal. Los reyes con los pueblos ahogaron el feudalismo paleontológico. Lugar común éste, más ó menos exacto en sus partes todas, pero que corre sin vida ni fecundidad á menudo, por no observar que no de la muerta diferenciación feudal y aristocrática, sino del fondo *continuo* del pueblo llano, de la *masa*, de lo que tenían de común los pueblos todos, brotaron las energías de las individuaciones nacionales.

En España llevó á cabo la unificación Castilla, que ocupa el centro de la Península, la región en que se cruzaban las comunicaciones de sus distintos pueblos, centro de más valor que ahora entonces, que en la crisis de la pubertad nacional las funciones de nutrición predominaban sobre las de relación (si bien, y no olvide esto el lector, la función nutritiva es una verdadera función de relación). Entonces, cuando todavía no había llevado la vida á las costas el descubrimiento de América, ni llegaban del Far West americano trigos al puerto de



Barcelona, Castilla era un emporio del comercio español de granos y verdadero centro *natural* de España.

Castilla ocupaba el centro, y el espíritu castellano era el más centralizador á la par que el más expansivo, el que para imponer su ideal de unidad se salió de sí mismo. Porque conviene fijarse en que el más hondo egoísmo no es el del que pelea por imponer á otros su modo de ser ó de pensar, sino el de que, metido en su concha, se derrite de *amor* al prójimo y deja correr la bola. El fuerte, el *radicalmente* fuerte, no puede ser egoísta: el que tiene fuerza de sobra la saca para darla.?

Cuando lo que hacía falta era una fuerte unidad central, tenía que predominar el más unitario; cuando se necesitaba una vigorosa acción hacia el exterior, el de instinto más conquistador é imperativo. Castilla, en su exclusivismo, era menos exclusiva que los pueblos que, encerrados en sí, se dedicaban á su fomento interior; fué uno de los pueblos más *universales*, el que se echó á salvar almas por esos mundos de Dios, y á saquear América para los flamencos (1).

Sería labor industriosa y útil la de desenmarañar hasta qué punto hicieron las circunstancias, el medio ambiente que hoy se dice, al espíritu castellano, y hasta qué punto éste se valió de aquéllas. La obra de la reconquista, el descubrimiento del Nuevo Mundo y el haber ocupado el trono de Castilla un emperador de Alemania, determinaron la marcha ulterior de la política castellana; pero si las circunstancias hacen al espíritu, es modificadas por este mismo y recibidas en él según él es (2).

(1) «Que era comun proverbio llamar el flamenco al español mi indio. Y dezian la verdad, porque los indios no davan tanto oro á los españoles, como los españoles á los flamencos.»

Fr. Prudencio de Sandoval, en el libro v de la *Vida y hechos del Emperador Carlos V*.

(2) Es cierto que los abuelos de los tercios de Flandes pelearon porque su rey no se saliera de España; pero ¿se encuentra en historiadores castizos españoles con que celebren nuestras derrotas, como los ingleses las de sus reyes en el continente? Véanse las reflexiones que sugiere á



Castilla, sea como fuere, se puso á la cabeza de la monarquía española, y dió tono y espíritu á toda ella; lo castellano es, en fin de cuenta, lo castizo.

El caso fué que Castilla paralizó los centros reguladores de los demás pueblos españoles, inhibiéndoles la conciencia histórica en gran parte, les echó en ella su idea, la idea del unitarismo conquistador, de la *catolización* del mundo, y esta idea se desarrolló y siguió su trayectoria castellanizándolos. Y de los demás pueblos españoles brotaron espíritus hondamente castellanos, *castizamente* castellanos, de entre los cuales citaré como ejemplo á Ignacio de Loyola, un vasco. En su obra alienta todavía por el mundo el espíritu de la vieja Castilla.

Esta vieja Castilla formó el núcleo de la nacionalidad española y le dió atmósfera: ella llevó á cabo la expulsión de los moros, á partir del país de los *castillos* levantados como atalayas y defensas, y clavó la cruz castellana en Granada; poco después descubrieron un Nuevo Mundo galeras *castellanas* con dinero de Castilla, y se siguió todo lo que el lector conoce. Y siguiendo al espíritu de conquista se desarrolló natural y lógicamente el absolutismo dentro, el absolutismo de la que se ha llamado «democracia frailuna».

Repase el lector en su memoria los caracteres de las dos principales potencias españolas, Castilla y Aragón, y la participación que cada una tomó en la forja de la nación española, la labor de Isabel y la de Fernando como rey de Aragón, y las consecuencias de una y de otra.

A partir de aquel *culmen* del proceso histórico de España, de aquel nodo en que convergieron los haces del pasado para diverger de allí, fué el destino apoderándose de la libertad del

---

Juan Ricardo Green (*A short history of the english people*) la derrota del rey Juan, el angevino, en Bouvines en 1214, derrota en que perdió sus posesiones francesas, y á que debe Inglaterra la Carta Magna, y cuanto dice del fin de la guerra de los Cien Años. Aquí, en cambio, todavía se llora por algunos la pérdida de aquellos dominios en que no se ponía el sol.



espíritu colectivo, y precipitándose grandezas tras grandezas, nos legaron los siglos sucesivos la *damnosa hereditas* de nuestras glorias castizas.

Carlos I continuó la obra de unificación, gracias en gran parte á aquella invasión de extranjeros que nos metió en casa, porque de más de una manera acelera la individuación de un cuerpo el que penetren en él elementos extraños, excitantes de cristalización. Carlos I continuó la obra de unificación metiendo á España en concierto europeo (1).

Recorra el lector en su memoria todo esto y llegue á la vivaz expansión del espíritu castellano, que produjo tantos misioneros de la palabra y de la espada, cuando el sol no se ponía en sus dominios, cuando llevaba á todas partes su ideal de uniformidad católica, cuando brotó más potente á luz el casticismo castellano.

«España, que había expulsado á los judíos y que aún tenía el brazo teñido en sangre mora, se encontró á principios del siglo XVI enfrente de la Reforma, fiera recrudescencia de la barbarie septentrional; y por toda aquella centuria se convirtió en campeón de la unidad y de la ortodoxia.» Esto dice uno de los españoles que más y mejor ha penetrado en el espíritu castellano, que más y mejor ha llegado á su intra-historia, uno de los pocos que ha sentido el soplo de la vida de nuestros fósiles. Pues bien; á pesar de aquel campeonato alienta y vive la *barbarie septentrional* y aún tendremos que renovar nuestra vida á su contacto; lo sabe bien y lo comprende y siente el que escribía lo precitado. Alonso Quijano el Bueno se despojará al cabo de D. Quijote y *morirá* abominando de las locuras de su campeonato, locuras grandes y heroicas, y *morirá* para renacer.

Después de la vigorosa acción vino el vigor del pensamien-

(1) Entre los complejos elementos que entraron á conjurar las comunidades de Castilla, ¿no andaría acaso la Liga de trigueros del siglo XVI? Leyendo á Sandoval, se atisba á las veces entre los comuneros de aquella jornada de Villalar á algunos trigueros de entonces.



to, el rebotar los actos del exterior al espíritu que los había engendrado; el reflejo en el alma castellana de su propia obra, su edad de oro literaria. En aquella literatura se va á buscar el modelo de *casticismo*, es la literatura castellana eminentemente *castiza*, á la vez que es nuestra literatura *clásica*. En ella siguen viviendo *ideas* hoy moribundas, mientras en el fondo intra-histórico del pueblo español viven las fuerzas que encarnaron en aquellas ideas y que pueden encarnar en otras. Sí, pueden encarnar en otras sin romperse la continuidad de la vida; no puede asegurarse que caeremos siempre en los mismos errores y en los mismos vicios.

La vieja idea castellana castiza encarnó en una literatura y en otras obras no literarias, porque las de Ignacio de Loyola y Domingo de Guzmán, ¿no son acaso hijas del espíritu castellano casado con el catolicismo y universalizadas merced á éste?

La idea conciente de aquel pueblo encarnó en una literatura, así como el fondo de representaciones subconcientes en el pueblo de que aquella brotó, en una lengua. Y aun cuando olvidáramos la vieja literatura castiza, ¿no quedaríamos acaso con la fuerza viva de que brotó? Lo que hace la continuidad de un pueblo no es tanto la tradición histórica de una literatura cuanto la tradición intra-histórica de una lengua; aun rota aquella, vuelve á renacer merced á ésta. Toda serie discontinua persiste y se mantiene merced á un proceso continuo de que arranca: esta es una forma más de la verdad de que el tiempo es forma de la eternidad.

Nuestra literatura clásica castiza brotó cuando se había iniciado la decadencia de la casa de Austria, al recogerse la idea castellana, fatigada de luchar y derrotada en parte, al recogerse en sí y conocerse, como nos conocemos todos, por lo que había hecho, en el espejo de sus obras; al volver á sí del choque con la realidad externa que la había rechazado después de recibir señal y efecto de ella. Y así la vemos que después de haber intentado en vano ahogar «la barbarie septentrional» y el renacer de otros espíritus, torna á sí con la



austera gravedad de la madurez, se percata de que la vida es sueño, piensa reportarse por si despierta un día y se dice:

Soñemos, alma, soñemos  
Otra vez, pero ha de ser  
Con atención y consejo  
De que hemos de despertar  
Deste gusto al mejor tiempo.

Sí, su vida fué sueño espléndido en que se desató con generosa braveza, atropelló cuanto se le puso delante, arrojó por el balcón á quienes no le daban gusto, y se vió luego otra vez en la caverna.

De todas las figuras sensibles en que se nos revela aquel pueblo, con su grandeza y su locura, donde más grande le vemos, donde se nos aparece más solemne y augusto, más profundo y sublime su apocalipsis, es en aquel relato divino del último capítulo de las aventuras de *Don Quijote*, en aquel relato eterno, en que, despojado del héroe, muere Alonso Quijano el *Bueno* en el esplendor inmortal de su bondad. Este Alonso Quijano, que por sus virtudes y á pesar de sus locuras mereció el dictado de el *Bueno*, es el fondo eterno y permanente de los héroes de Calderón, que son los que mejor revelan la manifestación *histórica*, la meramente histórica de aquel pueblo.

La idea castellana, que de encarnar en la acción pasó á revelarse en el verbo literario, engendró nuestra literatura *castiza clásica*, decimos. Castiza y clásica, con fondo histórico y fondo intra-histórico, el uno temporal y pasajero, eterno y permanente el otro. Y está tan ligado lo uno á lo otro, de tal modo se enlazan y confunden, que es tarea difícil siempre distinguir lo castizo de lo clásico y marcar sus conjunciones, y aquello en que se confunden, y aquello en que se separan, y cómo lo uno brota de lo otro y lo determina y limita y acaba por ahogarlo no pocas veces.

El casticismo castellano es lo que tenemos que examinar,



lo que en España se llama castizo, flor del espíritu de Castilla. Examinar digo, y mejor diría dejar que examine el lector, presentándole indicaciones y puntos de vista para que saque de ellos consecuencias, sean las que fuesen. Y ahora, después de breve descanso, á nuevo campo. Poco á poco irá surgiendo el hilo central de estas divagaciones.

### III

Por cualquier costa que se penetre en la Península española, empieza el terreno á mostrarse al poco trecho accidentado; se entra luego en el intrincamiento de valles, gargantas, hoces y encañadas, y se llega, por fin, subiendo más ó menos, á la meseta central, cruzada por peladas sierras que forman las grandes cuencas de sus grandes ríos. En esta meseta se extiende Castilla, el país de los castillos.

Como todas las grandes masas de tierra, se calienta é irradia su calor antes que el mar y las costas que éste refresca y temple, más pronta en recibirlo y en emitirlo más pronta. De aquí resulta un extremado calor cuando el sol la tuesta, un frío extremado en cuanto la abandona; unos días veraniegos calurosos y ardientes, seguidos de noches frescas en que tragan con deleite los pulmones la brisa terral; noches invernales heladas en cuanto cae el sol brillante y frío, que en su breve carrera diurna no logra templar el día. Los inviernos largos y duros y los estíos breves y ardorosos, han dado ocasión al dicho de «nueve meses de invierno y tres de infierno». En la otoñada, sin embargo, se halla respiro en un ambiente sereno y plácido. Deteniendo los vientos marinos coadyuvan las sierras á enfriar el invierno y á enardecer el verano; mas si bien



impiden el paso á las nubes mansas y bajas, no lo cierran á los violentos ciclones que descargan en sus cuencas, viéndose así grandes sequías seguidas de aguaceros torrenciales.

En este clima extremado por ambos extremos, donde tan violentamente se pasa del calor al frío y de la sequía al aguachucho, ha inventado el hombre en la capa, que le aísla del ambiente, una atmósfera personal, regularmente constante en medio de las oscilaciones exteriores, defensa contra el frío y contra el calor á la vez.

Los grandes aguaceros y nevadas descargando en sus sierras y precipitándose desde ellas por los empinados ríos, han ido desollando siglo tras siglo el terreno de la meseta, y las sequías que les siguen han impedido que una vegetación fresca y potente retenga en su maraña la tierra mollar del acarreo. Así es que se ofrecen á la vista campos ardientes, escuetos y dilatados, sin fronda y sin arroyos, campos en que una lluvia torrencial de luz dibuja sombras espesas en deslumbrantes claros, ahogando los matices intermedios. El paisaje se presenta recortado, perfilado, sin ambiente casi, en un aire transparente y sutil.

Recórrense á las veces leguas y más leguas desiertas sin divisar apenas más que la llanura inacabable donde verdea el trigo ó amarillea el rastrojo, alguna procesión monótona y grave de pardas encinas, de verde severo y perenne, que pasan lentamente espaciadas, ó de tristes pinos que levantan sus cabezas uniformes. De cuando en cuando, á la orilla de algún pobre regato medio seco ó de un río claro, unos pocos álamos, que en la soledad infinita adquieren vida intensa y profunda. De ordinario anuncian estos álamos al hombre; hay por allí algún pueblo, tendido en la llanura al sol, tostado por éste y curtido por el hielo, de adobes muy á menudo, dibujando en el azul del cielo la silueta de su campanario. En el fondo se ve muchas veces el espinazo de la sierra, y al acercarse á ella, no montañas jóvenes en forma de borona, verdes y frescas, cuajadas de arbolado, donde salpiquen al vencido helecho la flor



amarilla de la argoma y la roja del brezo. Son estribaciones de huesosas y descarnadas peñas erizadas de riscos, colinas recortadas que ponen al desnudo las capas del terreno resquebrajado de sed, cubiertas cuando más de pobres hierbas, donde sólo levantan cabeza el cardo rudo y la retama desnuda y olorosa, la pobre *ginestra contenta dei deserti* que cantó Leopardi. En la llanura se pierde la carretera entre el festón de árboles, en las tierras pardas, que al recibir al sol que baja á acostarse en ellas se encienden de un rubor vigoroso y caliente.

¡Qué hermosura la de una puesta de sol en estas solemnes soledades! Se hincha al tocar el horizonte como si quisiera gozar de más tierra y se hunde, dejando polvo de oro en el cielo y en la tierra sangre de su luz. Va luego blanqueando la bóveda infinita, se oscurece de prisa, y cae encima, tras fugitivo crepúsculo, una noche profunda, en que tiritan las estrellas. No son los atardeceres dulces, lánguidos y largos del septentrión.

¡Ancha es Castilla! Y ¡qué hermosa la tristeza reposada de ese mar petrificado y lleno de cielo! Es un paisaje uniforme y monótono en sus contrastes de luz y sombra, en sus tintas dissociadas y pobres en matices. Las tierras se presentan como en inmensa plancha de mosaico de pobrísima variedad, sobre que se extiende el azul intensísimo del cielo. Faltan suaves transiciones, ni hay otra continuidad armónica que la de la llanura inmensa y el azul compacto que la cubre é ilumina.

No despierta este paisaje sentimientos voluptuosos de alegría de vivir, ni sugiere sensaciones de comodidad y holgura concupiscibles: no es un campo verde y graso en que den ganas de revolcarse, ni hay repliegues de tierra que llamen como un nido.

No evoca su contemplación al animal que duerme en nosotros todos, y que medio despierto de su modorra se regodea en el deajo de satisfacciones de apetitos amasados con su carne desde los albores de su vida, á la presencia de frondosos cam-



pos de vegetación opulenta. No es una naturaleza que re-  
cree (1) al espíritu.

Nos desase más bien del pobre suelo, envolviéndonos en el  
cielo puro, desnudo y uniforme. No hay aquí comunión con la  
naturaleza, ni nos absorbe ésta en sus espléndidas exuberan-  
cias; es, si cabe decirlo, más que panteístico, un paisaje mono-  
teístico este campo infinito en que, sin perderse, se achica el  
hombre, y en que siente en medio de la sequía de los campos  
sequedades del alma. El mismo profundo estado de ánimo que  
este paisaje me produce aquel canto en que el alma ator-  
mentada de Leopardi nos presenta al pastor errante que, en  
las estepas asiáticas, interroga á la luna por su destino.

Siempre que contemplo la llanura castellana recuerdo dos  
cuadros. Es el uno un campo escueto, seco y caliente, bajo  
un cielo intenso, en que llena largo espacio inmensa muche-  
dumbre de moros arrodillados, con las espingardas en el suelo,  
hundidas las cabezas entre las manos apoyadas en tierra, y al  
frente de ellos, de pie, un caudillo tostado, con los brazos ten-  
sos al azul infinito y la vista perdida en él como diciendo:  
«¡Sólo Dios es Dios!» En el otro cuadro se presentaban en el  
inmenso páramo muerto, á la luz derretida del crepúsculo, un  
cardo quebrando la imponente monotonía en el primer tér-  
mino, y en lontananza las siluetas de Don Quijote y Sancho  
sobre el cielo agonizante.

«Sólo Dios es Dios, la vida es sueño y que el sol no se ponga  
en mis dominios», se recuerda contemplando estas llanuras.

Atrevámonos á todo

.....  
á reinar, fortuna, vamos,  
no me despiertes, si duermo.

(1) ¡Hermosa palabra ésta de re-crear! El vocablo *recreo*, *re-creación*,  
aplicado al juego, lleva ya en sus entrañas la doctrina toda de Schiller  
sobre el Arte, re-creación de la creación. ¡Cuánta filosofía inconciente  
en los redaños del lenguaje! Todavía habrá que remozar la meta-física  
en la meta-lingüística, que es una verdadera meta-lógica.



## IV

La población se presenta, por lo general, en el campo castellano recogida en lugares, villas ó ciudades, en grupos de apiñadas viviendas, distanciados de largo en largo por extensas y peladas soledades. El caserío de los pueblos es compacto y recortadamente demarcado, sin que vaya perdiéndose y difuminándose en la llanura con casas aisladas que le rodean, sin matices de población intermedia, como si las viviendas se apretaran en derredor de la iglesia para prestarse calor y defenderse del rigor de la naturaleza, como si las familias buscaran una segunda capa, en cuyo ambiente aislarse de la crueldad del clima y la tristeza del paisaje. Así es que los lugareños tienen que recorrer á las veces en su mula no chico trecho hasta llegar á su labranza, donde trabajan, uno aquí, otro allá, aislados, y los gañanes no pueden hasta la noche volver á casa, á dormir el reconfortante sueño del trabajo sobre el escaño duro de la cocina. Y ¡qué es de ver verlos á la caída de la tarde, bajo el cielo blanco, dibujar en él sus siluetas, montados en sus mulas, dando al aire sutil sus cantares lentos, monótonos y tristes, que se pierden en la infinita inmensidad del campo lleno de surcos!

Mientras ellos están en la labor, sudando sobre la dura tierra, hacen la suya las comadres, murmurando en las solanas en que gozan del breve día. En las largas veladas invernales suelen reunirse amos y criados bajo la ancha campana del hogar, y bailan estos al compás de seca pandereta y al de algún viejo romance no pocas veces.



Penetrad en uno de esos lugares ó en una de las viejas ciudades amodorradas en la llanura, donde la vida parece discurrir calmosa y lenta en la monotonía de las horas, y allí dentro hay almas vivas, con fondo transitorio y fondo eterno y una intra-historia castellana.

Allí dentro vive una casta de complexión seca, dura y sarmentosa, tostada por el sol y curtida por el frío, una casta de hombres sobrios, producto de una larga selección por las heladas de crudísimos inviernos y una serie de penurias periódicas, hechos á la inclemencia del cielo y á la pobreza de la vida. El labriego que al pasar montado en su mula y arrebuñado en su capa os dió gravemente los buenos días, os recibirá sin grandes cortesías, con continente sobrio. Es calmoso en sus movimientos, en su conversación pausado y grave y con una flema que le hace parecer un rey destronado. Esto cuando no es socarrón, voz muy castiza de un carácter muy castizo también. La socarronería es el castizo humorismo castellano, un humorismo grave y reposado, sentencioso y flemático; el humorismo del bachiller Sansón Carrasco que se bate caballerosamente con Don Quijote con toda la solemnidad que requiere el caso, y que acaba tomando en serio el juego. Es el *humorismo* grave de Quevedo, el que hizo los discursos de Marco Bruto.

De ordinario suele ser silencioso y taciturno mientras no se le desata la lengua. Recordad aquel viejo Pero Vermuez que vive en el *romanz de myo Cid*, un fósil hoy, pero que tuvo alma y vida, aquel Pero Vermuez, al cual *cata myo Cid* y le dice:

Fabla, Pero Mudo, varón que tanto callas,

y entonces

Pero Vermuez conpeço de fablar  
 Detienes' le la lengua, non puede delibrar  
 Mas cuando empieça, sabed, nol da vagar,



y Pero Mudo, al romper á hablar, suelta á los infantes un torrente acusatorio, en que les dice:

«lengua sin manos, ¿cuemo osas fablar?»

Todo Pero Mudo se vierte en este apóstrofe: lengua sin manos, ¿cómo osas hablar?

Es tan tenaz como lento, yendo lo uno emparejado con lo otro. Diríase que es en él largo lo que llaman los psico-fisiólogos el tiempo de reacción, que necesita de bastante rato para darse cuenta de una impresión ó una idea, y que una vez que la agarra no la suelta á primeras, no la suelta mientras otra no la empuje y expulse. Así es que sus impresiones parecen lentas y tenaces, faltándoles el nimbo que las circunda y une como materia conjuntiva, el matiz en que se diluye la una desvaneciéndose antes de dejar lugar á la que le sigue. Es cual si se sucedieran tan recortadas como las tintas del paisaje de su tierra (1), tan uniformes y monótonas en su proceso.

Entrad con él en su casa, en cuya fachada os hieren la vista á la luz de un sol entero ringorrangos de añil chillón sobre fondo blanco como la nieve. Sentaos á su mesa á comer con él una comida sencilla y sin gran artificio culinario, sin otro condimento que picantes ó ardientes, comida sobria y fuerte á la vez (2), impresiones recortadas para el paladar.

Si es día festivo, después de la comida asistís al baile, á un baile uniforme y lento, danzado al son de monótono tamboril ó pandereta, ó de chillona dulzaina cuyos sonos burilados se os clavan en el oído como una serie de punzadas acústicas. Y les oiréis cantares gangosos, monótonos también, de notas arrastradas, cantares de estepa, con que llevan el ritmo de la labor

(1) Más adelante ejemplificaremos todo esto en la literatura *castiza* castellana. Rogamos, en tanto, paciencia al lector.

(2) No ha mucho se entretuvieron unos doctísimos alemanes en discutir y polemiquear si en España se comen ó no bellotas de encina crudas. Si, bellotas, y también garbanzos tostados en cal viva que abrasan las entrañas.



del arado. Revelan en ellos un oído poco apto para apreciar matices de cadencias y semi-tonos.

Si estáis en ciudad, y hay en ella algunos cuadros de la vieja y castiza escuela castellana, id á verlos, porque esta casta creó en los buenos tiempos de su expansión una escuela de pintura realista, de un realismo pobre en matices, simplicista, vigoroso y rudo, de que sale la vista como de una ducha. Tal vez topéis con algún viejo lienzo de Ribera ó de Zurbarán, en que os salte á los ojos un austero anacoreta de huesosa complexión, en que se dibujan los músculos tendinosos en claros vivos sobre sombras fuertes, un lienzo de gran pobreza de tintas y matices, en que los objetos aparecen recortados. Con frecuencia las figuras no forman un todo con el fondo, que es mero accesorio de decoración pobre. Velázquez, el más castizo de los pintores castellanos, era un pintor de hombres y de hombres enteros, de una pieza, rudos y decididos, de hombres que llenan todo el cuadro.

No encontraréis paisajistas, ni el sentimiento del matiz, de la suave transición, ni la unidad de un ambiente que lo envuelva todo y de todo haga armónica unidad. Brota aquí ésta de la colocación y disposición más ó menos arquitectónica de las partes; muchas veces las figuras son pocas.

A esa seca rigidez, dura, recortada, lenta y tenaz, llaman naturalidad; todo lo demás tiénelo por artificio pegadizo ó poco menos. Apenas les cabe en la cabeza más naturalidad que la bravía y tosca de un estado primitivo de rudeza. Así es que dicen que su vino, la primera materia para hacerlo, el vinazo de sus cubas, es lo natural y sano, y el producto refinado, más aromático y matizado, que de él sacan los franceses, falsificación química. *¡Falsificación! ¡verificación sí que es!* ¡Como si la tierra fuera más que un inmenso laboratorio de primeras materias, al que corrige el hombre, que sobrenaturaliza á la naturaleza humanizándola! No es dogma de esta casta lo que decía Schiller en su «Canción del ponche», que también el arte es don celeste, es decir, natural.



## VII

Estos hombres tienen un alma viva y en ella el alma de sus antepasados, adormecida tal vez, soterrada bajo capas superpuestas, pero viva siempre. En muchos, en los que han recibido alguna cultura sobre todo, los rasgos de la casta están alterados, pero están allí.

Ese alma de sus almas, el espíritu de su casta, hubo un tiempo en que conmovió al mundo y lo deslumbró con sus relámpagos, y en las erupciones de su fe levantó montañas. Montañas que podemos examinar y socavar y revolver á la busca en sus laderas de la lava ardiente un día y petrificada hoy, y bajo esta lava los restos de hombres que palpitaron de vida, las huellas de otros.

Antes de entrar en esta rebusca, tolere el lector la aridez de unas pocas explicaciones algo abstrusas.

A uno que duerme en el silencio le despierta un ruido, y al que se duerme con éste, le despierta su cesación. El hombre de lo que se da cuenta es del contraste, de una ruptura de la continuidad en espacio ó tiempo. Es mérito de la psicología inglesa el haber puesto en claro el principio luminoso de que el acto más elemental de percepción, de *discernimiento*, como ellos dicen gráficamente, es la percepción de una diferencia, y que conocer una cosa es distinguirla de las demás, conociéndola mejor cuanto de más y mejor se la distingue.

Pero tal distinción no podría darse sin una analogía profunda sobre que reposara; la diferencia sólo se reconoce sobre un fondo de semejanza. En la sucesión de impresiones discretas hay un fondo de continuidad, un *nimbo* que envuelve á lo



precedente con lo subsiguiente; la vida de la mente es como un mar eterno sobre que ruedan y se suceden las olas, un eterno crepúsculo que envuelve días y noches, en que se funden las puestas y las auroras de las ideas. Hay un verdadero tejido conjuntivo intelectual, un fondo intra-conciente en fin (1).

Los islotes que aparecen en la conciencia y se separan ó aproximan más, uniéndose á las veces, á medida que el nivel de ella baja ó sube, se enlazan allá, en el fondo del mar mental, en un suelo continuo. Son voces que surgen del rumor del coro, son las melodías de una sinfonía eterna. Figuraos astros rodeados de una extensa atmósfera etérea cada uno, que se acercan en sus movimientos orbitales, y fundiéndose sus atmósferas forman una sola que los envuelve y mantiene unidos y concertados, siendo la razón de su atracción mutua. Esta doctrina, que conocen cuantos la han leído aplicada hermosamente por el P. Secchi á la física toda, es la que mejor aclara metafóricamente la constitución de la mente humana. Cada impresión, cada idea, lleva su nimbo, su atmósfera etérea; la impresión, de todo lo que le rodeaba; la idea, de las representaciones concretas de que brotó. Aquellas figurillas de triángulos, etéreas y ondulantes, que flotan en nuestra mente al pensar en el triángulo (figurillas de que hablaba Balmes), no son sino parte del nimbo, de la atmósfera de la idea, parte del mar de lo intra-conciente, raíces del concepto.

En nuestro mundo mental flotan grandes nebulosas, sistemas planetarios de ideas entre ellas, con sus soles y sus planetas y satélites y aerolitos y cometas erráticos también; hay en él mundos en formación y en disolución otros, todo ello en un inmenso mar etéreo, de donde brotan los mundos y donde al cabo vuelven. El conjunto de todos estos mundos, el univer-

---

(1) Le llamo así y no *inconciente* ó *sub-conciente*, por parecerme estos términos inexactos. Lo que se suele llamar inconciente es de ordinario el contenido de lo conciente, sus entrañas, está más bien dentro que debajo de él.



so mental, forma la conciencia, de cuyas entrañas arranca el rumor de la continuidad; el hondo sentimiento de nuestra personalidad. En lo hondo, el reino del silencio vivo, la entraña de la conciencia; en lo alto, la resultante en formación, el *yo* conciente, la idea que tenemos de nosotros mismos.

En este universo hay diferentes sistemas planetarios, y cada planeta, cada idea, es un mundo á su vez, con su organismo. Cogiéndolas, podemos analizarlas, separar y distinguir sus componentes, es decir, conocerlos, reconstituirlos, y así, por una síntesis de un análisis, llegar á conocer reflexiva y científicamente la idea en su contenido y entraña. Síntesis de un análisis, esto es la ciencia; su fin llegar á lo intra-conciente de la continuidad de todo. De las ideas reflejadas y rellenas se eleva la mente á ideas de esas ideas por abstracción.

Paciencia, lector, y tolera aún más indicaciones sobre la abstracción, que más tarde verás á dónde van enderezadas. Porque en esto de la abstracción no suele verse poco más que el *abstraer*, la separación, la repulsión ideal, sin fijarse en que brotan de una verdadera fusión. Se suele presentar la abstracción como algo previo á la generalización, cuando es efecto suyo. Recuérdese cómo se hacen fotografías compuestas, para lo cual se toman varios individuos de una familia, por ejemplo, y si son seis, se proyecta á cada uno sobre la placa, con la misma enfocación y postura en todos ellos, la sexta parte del tiempo necesario para obtener una prueba clara y distinta. De este modo se sobreponen las imágenes, los rasgos análogos, los de familia, se corroboran y los individuales ó diferenciales forman en torno de aquellos un nimbo, una vaga penumbra. Cuanto mayor el número de individuos ó el de analogías entre ellos, más acusada resultará la imagen compuesta, y el nimbo más vago; y por el contrario, cuantos menos los individuos ó sus analogías menores, más flotante y vaga la imagen en un nimbo que prepondera. Al tomar luego esas imágenes compuestas para compararlas y combinarlas unas con otras y sobreponerlas á su vez, lo concreto de ellas



se define y se desvanece mucho del nimbo. Todo compuesto al entrar como componente de una unidad suprema á él, acusa su individualidad.

Sobre estas sugerencias metafóricas medite el lector poniéndose en camino de ver cómo se producen la abstracción y la generalización, no por vía de remoción y exclusión tan sólo, sino fundiendo lo semejante en el nimbo de lo desemejante. Nimbo ó atmósfera ideal que es lo que da carne y vida á los conceptos, lo que les mantiene en conexión, lo que les enriquece poco á poco, irrumpiendo en ellos desde sus entrañas.

Y no debe perderse de vista esto del nimbo, clave de la inquisición que hemos de hacer en la mente castiza castellana, porque es la base de la distinción entre el hecho en bruto y el hecho en vivo, entre su continente y su contenido.

¡Cosa honda y difícil esta de conocer el *hecho* vivo! Cosa la única importante de la ciencia humana, que se reduce á conocer hechos en su contenido total. Porque toda cosa conocida es un *hecho* (*factum*) algo que se ha hecho. El universo todo es un tejido de hechos en el mar de lo indistinto é indeterminado, mar etéreo y eterno é infinito, un mar que se refleja en el cielo inmenso de nuestra mente, cuyo fondo es la ignorancia. Un mar sin orillas pero con su abismo insondable, las entrañas desconocidas de lo conocido, abismo cuyo reflejo se pierde en el abismo de la mente.

¡Cosa honda y difícil conocer el hecho! Conocer el hecho, distinguirlo de otros y distinguirlo con vida, rehaciéndolo en nuestra mente (1).

Y ahora, dejando estas retóricas, entremos de golpe y porrazo á indicar dónde y cómo se han de buscar las pruebas de que en este clima extremado y sin tibiezas dulces, de paisaje uniforme en sus contrastes, es el espíritu también cortante

(1) Cada *hecho* es tal cual es y no otro como resultado de un proceso, de un *hacerse*, de una diferenciación; así es que conocerlo con conocimiento vivo es *rehacerlo* en nuestra mente reproduciendo su proceso. La representación viva es un hecho rehecho.



y seco, pobre en nimbos de ideas; pruebas de cómo generaliza sobre los hechos vistos en bruto, en serie discreta, en caleidospio, no sobre síntesis de un análisis de ellos, viéndolos en serie continua, en flujo vivo; cómo los ve recortados como las figuras en su campiña sin rehacerlos apenas, tomándolos como aparecen en su vestidura, y cómo, por fin, ha engendrado un realismo vulgar y tosco y un idealismo seco y formulario, que caminan juntos, asociados como Don Quijote y Sancho, pero que nunca se funden en uno. Es socarrón ó trágico, á las veces á la vez, pero sin identificar la ironía y la austera tragedia humanas.

Al llegar aquí tenemos que traer á cuenta algún *hecho* que sirva de hilo central á nuestras reflexiones, que seguirán, sin embargo, sin atarse á él, ondulando acá y allá, fuera de maroma lógica, para engendrar en el alma del lector el nimbo, la atmósfera de donde vaya surgiendo algún tema. Y este hecho central ha de ser nuestro pensamiento *castizo*, el de la *edad de oro* de la literatura castellana, y en él, por de pronto, lo más castellano, el teatro, y en el teatro castellano, sobre todo, Calderón, cifra y compendio de los caracteres diferenciales y exclusivos del casticismo castellano.

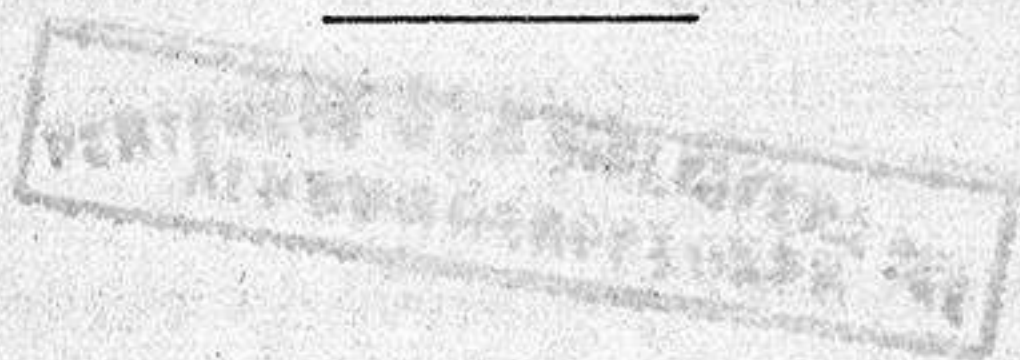
Y procuraremos ver, por último, sus esfuerzos por llegar á lo eterno de su conciencia, por armonizar su idealismo quijoteco con su realismo sancho-pancino, esfuerzos que se revelan en el fruto más granado del espíritu castellano, en su castiza y clásica mística.

MIGUEL DE UNAMUNO.



## RECUERDOS

---



**H**E dicho ya, que no hice ni un solo verso hasta los treinta y tantos ó cuarenta años.

No es solamente, que no supiera hacerlos, que claro es que no lo sabía; es que ni siquiera lo intentaba; es que jamás sentí ni deseos, ni impulsos de expresar en forma métrica mis ideas; es que semejante empresa parecíame que estaba á miles de leguas de mi modestísima persona.

Y no era tampoco porque los versos no me gustasen, que me gustaban muchísimo; ni porque el ambiente que me rodeaba no me incitase á todas horas á versificar. Versificaban casi todos mis compañeros: algunos con facilidad y hasta con gracia; y ya en el artículo anterior cité el final de un poema de Leopoldo Broockman. El era, por decirlo así, el Calderón de nuestro grupo; pero todos los demás escribían también, casi á diario, fábulas, poemas y romances; romances sobre todo.

Teníamos un compañero de mucho talento, pero de carácter algo triste y de tendencias místicas, al cual, por esta razón, es decir, por sus aficiones á cosas de iglesia, le llamábamos *el abate*; y como el tal lucía en su nariz, que era de dimensiones más que regulares, un soberbio *sabañón*, que se encendía en invierno con todas las heladas y destilaba sudor en verano,



con todos los calores, completamos su primer apodo con el de *Sabaña*, de suerte que, para nosotros, fué siempre *el abate Sabaña*. Y el bueno del *abate* era pie forzado para la mayor parte de los romances, los cuales terminaban con esta fórmula invariable:

«¿En dónde estará mi abate,  
el de nariz de tomate?»

Esto lo decía por lo regular una mora que suponíamos enamorada del *abate Sabaña*.

Otras veces se escribían composiciones eróticas; y recuerdo una, titulada *las tentaciones de San Pedro*, cuya barca, mientras él luchaba con las flaquezas de la carne, era juguete de las olas y de la tempestad, todo lo cual se expresaba en los siguientes disparatados versos, que tampoco he olvidado, y que decían así:

«En tanto en el mar  
impúdica barca  
parábola marca  
de rumbo incierto  
que á ningún puerto  
conducirá.»

Yo, sin embargo, hice observar al poeta, y á mis demás compañeros, que siendo el mar una superficie esférica, la barca no podía trazar en ella una parábola; pero mi observación crítica fué rechazada por unanimidad; porque, según replicaron el vate y sus amigos, lo que en geometría es solemne disparate, desde el momento en que se reviste de forma poética se trueca en gallardo atrevimiento.

\*  
\* \*  
\*

Todas estas son pequeñeces, que han de parecer insulsas á mis lectores, y que, sin embargo, tienen para mí el jugo poético de los recuerdos y el encanto de la juventud.



Yo no invento; yo no transformo; no escribo un artículo literario; recojo unos cuantos granillos de arena perdidos en lejana playa y un puñado de hierbecillas impregnadas todavía con las húmedas brisas del amanecer.

\*  
\* \*

En verdad que yo estuve rodeado durante mi juventud por tentaciones poéticas, que de todas partes venían sobre mí.

No era sólo mi afición al teatro, en donde casi todos los dramas y comedias que veía, estaban escritos en verso, porque esta era la forma, que entonces dominaba.

No eran sólo mis lecturas de poetas antiguos y modernos desde el Romancero á Zorrilla pasando por Herrera y por Fr. Luis de León.

No eran tan sólo mis compañeros, que constantemente, como he dicho ya, componían en toda clase de metros, fábulas, romances y poemas.

Es que desde el mismo seno de las ciencias positivas, que por obligación estudiaba, salían en tropel los asaltos poéticos.

Recuerdo, que en los apuntes que nos dió el profesor de Mineralogía, que era un distinguidísimo ingeniero de minas, nos encontramos con esta curiosa sorpresa. Así decía en efecto en una de sus lecciones: «Al soplete, cuando es puro, sin fundirse se ennegrece; con el bórax se entumece y da un vidrio pardo oscuro.»

Leer esto, cortar el párrafo en cuatro pedazos iguales sin alterar ni una palabra ni una sílaba, y poner en columna los cuatro trozos, fué en nosotros obra de un instante. De donde resultó la siguiente redondilla, digna por su naturalidad de la pluma de Serra:

«Al soplete, cuando es puro,  
sin fundirse se ennegrece;  
con el bórax se entumece  
y da un vidrio pardo oscuro.»



Nuestro entusiasmo fué grande al ver convertido al respetable profesor de Mineralogía en versificador tan espontáneo y correcto, y al punto decidieron todos los versificadores de mi año y aun de otros años á los que corrió la noticia, que había de ponerse en verso la lección entera y que en verso había de recitarla aquel á quien le cupiera en suerte. Broockman, Regueral, Sainz y otros varios emprendieron la obra, y bien pronto quedó la lección desde el principio hasta el fin primorosamente versificada. Todavía recuerdo una de aquellas redondillas: redondillas, digo, porque, desdeñando el romance, en redondillas se escribió la lección toda.

De este modo decía la cuarteta á que me refiero:

«La marga yesosa dora  
á veces la melinita;  
otras, como en Santa Flora,  
afecta una estalactita.»

Fué la lección que mejor supimos. El profesor quedó asombrado, porque generalmente las lecciones de Mineralogía se aprendían mal y se daban peor.

A pesar de que aquellos á quienes preguntó, procuraron romper la armonía del verso y disimularon en lo posible los consonantes, al fin el profesor notó el sonsonete, y dijo entre satisfecho y receloso: «Muy bien, muy bien; hoy explican Vds. muy bien la lección, pero no sé qué tienen Vds. que parece que todos están hablando en verso.»

\*  
\* \*  
\*

No solamente no escribía yo por entonces versos, sino que tampoco escribía prosa; ni siquiera prosa epistolar, porque no tenía necesidad de escribir á nadie, y apenas si hablaba en prosa como el personaje de Molière.



Hasta los veinte años no tengo idea de haber escrito nada, á no ser una Memoria, que á los trece años escribí en Murcia, por mandato de mi profesor de Química D. Ramón Vaquero, maestro excelente y literato de mucho renombre por aquellas regiones murcianas. Siempre leía D. Ramón Vaquero alguna composición poética en las fiestas del Liceo; y aún recuerdo haber visto unos versos suyos, en un transparente del Instituto, con motivo de no sé qué iluminaciones patrióticas: versos que, por entonces, me parecieron un modelo de perfección y grandeza.

Tampoco los he olvidado, y también he de ofrecérselos al lector, para que estos documentos humanos, que voy dictando, sean tan completos y tan exactos como la memoria lo permita.

Y así decían los tales versos de mi profesor de Química:

«Sólo hay un Dios que desde el cielo impera,  
sólo un placer que vence á los demás;  
no hay más que un sol en la azulada esfera;  
sólo un soldado: el español no más.»

Pues bien, imagine el lector cuál sería mi apuro, cuando mi profesor querido—porque lo era y mucho, de todos nosotros—me mandó redactar una Memoria sobre el análisis del aire por el eudiómetro.

La parte científica no me apuraba, porque yo sabía bien lo que él nos había explicado, y comprendía perfectamente lo que los libros de Química dicen sobre este problema. Pero ¿y la forma?

Yo no había escrito nunca. Había leído mucho: casi todas las obras de Cervantes, incluyendo el *Persiles y Segismunda*; dos veces el *Quijote*, y multitud de obras clásicas de la biblioteca de mi padre. Con su ayuda, había traducido á Virgilio, y con su ayuda había traducido algo del griego, sin contar dos ó tres tomos del *Semanario pintoresco*, que era casi el



único periódico ilustrado de aquellos tiempos, y que sin ayuda de nadie devoraba á mis solas.

Pero con todo esto, no pasaba de ser un pequeño literato pasivo. Jamás con la pluma en la mano había dado forma á mi pensamiento.

Y, sin embargo, era preciso que escribiese una Memoria, y había de juzgarla, no sólo en su fondo científico, sino en su forma literaria, un juez, tan respetable para mí, como aquel insigne profesor del Instituto murciano.

Muchos, muchísimos volúmenes he escrito después: todos los he olvidado; encuentro de vez en cuando artículos, que ni recuerdo que hayan sido míos, y no podría dictar ni una sola redondilla de mis dramas. Sin embargo, de aquella Memoria de Química, escrita á los trece años, jamás he olvidado las dos ó tres primeras líneas.

Recogiendo por esfuerzo supremo toda mi inspiración, evocando todos los recuerdos de mis lecturas clásicas, y encomendándome á Dios Todopoderoso, empecé á escribir de este modo:

«No es el aire, como al entender de los antiguos, un cuerpo simple, un elemento. La Química moderna ha demostrado, por minuciosos análisis y detenidas experiencias...»

Al llegar aquí, me detuve; leí lo escrito, y quedé satisfecho de mi obra. Ni más ni menos que si hubiera sido un pequeño Dios; y, después de haber creado mundos y cielos, me hubiera detenido á contemplarlos: *¡Deus vidit omnia, etc.!*

Parecíame á mí que eso de *poner un artículo al infinitivo* era lo supremo de la elegancia, y que Cervantes, con toda su fama, jamás había escrito nada tan hermoso como esta frase, «*al entender de los antiguos*».

Además, ¡qué atrevimiento tan gallardo éste de empezar el primer párrafo de la Memoria por una *negación*: «No es el aire como al entender de los antiguos.»

Sin contar el modo exacto y pintoresco de ir adjetivando los sustantivos, «*minuciosos análisis y detenidas experien-*



cias». ¡Señor!—pensaba yo;—si los análisis no son minuciosos, y si las experiencias no son detenidas, ¿qué otra cosa pueden ser?

Y luego, ¡qué pleonasma tan bien calculado para que el período resultase redondo, éste en que digo: «un cuerpo simple, un elemento», cuando, en rigor, hubiera bastado con decir lo uno ó lo otro! Porque si el cuerpo era simple, claro es que era un elemento; y si era un elemento, era forzosamente simple. Muchos hay, que, sin ser elementos, y sobre todo, elementos de nada bueno, son reconocidamente simples.

En suma, que en las pocas líneas que llevaba escritas, encontraba yo innumerables perfecciones y supremas bellezas.

Pero lo malo era que no daba con una fórmula literaria que me satisficiera para salir airosamente del párrafo, que con tan alta inspiración había comenzado.

Era preciso mantenerse á la misma altura, y la inspiración, fatigada de aquel esfuerzo gigante, no acudía á mi angustiosísimo llamamiento.

Concluí la Memoria y la presenté; y no le disgustó al señor de Vaquero. Pero en verdad que á mí no me gustó nada, ni logré eclisar en toda ella la abrumadora belleza de aquella frase que al principio fué mi orgullo, y luego fué mi mortificación: «al entender de los antiguos».

\*  
\* \*

Desde los trece á los veinte años no volví á coger la pluma, á no ser en los exámenes por escrito de la escuela. Y aquello, ni era arte, ni era literatura, ni tenía ante mis ojos importancia alguna estética.

A los veinte años volví á escribir otra Memoria, por mandato del profesor de canales y puertos; y en ella ya puse, dándome aires de superioridad, algunas páginas con ciertas



pretensiones literarias, que no dejaron de imponer al bueno del profesor, hombre de mucha ciencia, pero de letras modestísimas.

De todas maneras, las dos Memorias á que me he referido, eran trabajos cuyo fondo científico excluía, casi en absoluto, todo alarde de estilo y elegancia.

Por lo demás, si en todo este tiempo no hice un solo verso, ni me lancé á ningún trabajo literario, claro es que tampoco se me ocurrió, ni por un solo instante, escribir dramas ni comedias, ni sospeché siquiera que pudiese escribirlos en tiempos futuros.

Me bastaba con ver las obras dramáticas de los demás, con juzgarlas á mi modo, con sentirlas ó no sentirlas, con aplaudir cuando bullía el entusiasmo en el interior de mi ser, y con callar tristemente y marcharme apesadumbrado á casa cuando la obra estrenada no era de mi gusto, ó no había sido del agrado del público.

Yo nunca he gozado con los fracasos ajenos, como ciertos espíritus lastimosamente enfermizos. Ni antes, ni ahora, ni nunca. He tenido mis autores predilectos, pero no he sentido odio ni encono por los demás.

En cambio tampoco los triunfos ajenos me han revuelto la bilis, y casi lo siento, porque á veces la bilis revuelta es jugo de inspiración.

En cambio, mucho antes de escribir para el teatro, desinteresadamente y á mis solas, he reñido grandes batallas con la crítica; aunque también la crítica—porque todo hay que decirlo—me ha proporcionado, antes y después, ratos muy agradables.

Cuando yo veía una obra dramática, que me gustaba de veras, y al día siguiente un *chico* de la prensa de entonces se arrancaba con un artículo encomiástico, sentíame yo identificado con el autor, y me rebosaba el corazón gratitud y simpatía por el crítico.

Explicaba yo en el artículo precedente cómo asistí al es-



treno de *Angela*, que fué el primer triunfo ruidoso de Tamayo. Pues bien; recuerdo que al otro día estaba en mi casa estudiando no sé qué libro de matemáticas, cuando entró Leopoldo Broockman con un periódico en que se había publicado el juicio crítico de Manuel Cañete sobre dicho drama.

A un lado de la mesa se quedó el libro de matemáticas, al otro lado se quedaron las lecciones, y Broockman y yo leímos dos y tres veces la crítica de Cañete, entusiasmándonos con sus elogios, celebrando sus frases y declarándole el primer crítico de España, de sus islas adyacentes y de sus posesiones de Ultramar, ya que por tal manera coincidían sus opiniones con nuestros entusiasmos.

Muchos disgustos me dió después, ó pretendió darme, el bueno de D. Manuel (q. s. g. h.); pero, aunque alguien no lo crea, nunca se borró de mi espíritu aquella primera impresión, y siempre he reconocido y proclamado, que sabía escribir en castellano como pocos; que muchas veces acertaba, y que, cuando lograba acertar, sus críticas eran dignas de su buen nombre y de su espíritu noble y entusiasta, aunque terco y enrabiado en ocasiones.

Bien puede decirse, repito, que desde mi más tierna edad empecé á luchar con los críticos y á padecer por su causa; aunque por cuenta ajena, durante muchos años.

Me sucedía entonces lo mismo que ahora me sucede: que cuando aquellos señores estaban conformes con mi opinión, leía muy á gusto sus artículos y hasta conseguían entusiasmarme, como me sucedió con la crítica de Cañete respecto al drama de Tamayo. Pero cuando había discordancia entre sus juicios y los míos, me molestaban grandemente, me irritaban lo que no es decible, y hasta llegaron á indignarme más de una vez.

Y esto es natural que sea; y seguirá siendo por los siglos de los siglos, mientras el ser humano continúe formado de carne, sangre y nervios, ó mientras la razón humana no esté en posesión de la verdad absoluta, para lo cual faltan todavía algunas semanas.



Ello es lo cierto, que entonces sucedía con las obras dramáticas, con el público y con la crítica, cosas muy parecidas á las que hoy suceden.

Yo vi en mi juventud, como ahora veo, obras buenas y malas. Vi muchas veces á Romea representar *El Café* ó *El Hombre de mundo*, esas joyas de nuestra literatura, con el teatro vacío. Vi los primeros estrenos de Ayala—exceptuando el de *El Hombre de Estado*—con poquísima gente. Leí excelentes críticas y críticas lastimosas. Hubo quien negó en la prensa que el futuro autor de *El Tejado de vidrio* tuviese condiciones de autor dramático; quien acusó de exageración á los dramas de Tamayo; quien negó con toda la seriedad imaginable que Hartzenbusch supiese historia y que fuesen buenos sus versos; y hasta un jovencito de diecisiete años, listo pero pretencioso, se atrevió á decir, en letra de molde, encarándose con Bretón de los Herreros, una cosa por este estilo: *aconsejamos* al Sr. Bretón que en sus obras futuras se cuide un poco más de la gramática. Ya lo dijo el profano, «no hay nada nuevo bajo el sol.»

Decididamente, los que hoy se quejan,—ó nos quejamos, porque yo soy uno de ellos,—del estado de la crítica dramática, debiéramos recordar las coplas de Jorge Manrique, las cuales nos enseñan, que cualquiera tiempo pasado fué mejor.

\*  
\* \*

Y así es; mientras estuve en la Escuela de Caminos deseaba con febril impaciencia terminar mi carrera, salir del poder de mis profesores, y ser por toda mi vida libre é independiente, sin disciplina escolar, sin lecciones que aprender en horas fijas, y, sobre todo, sin exámenes.

Y concluí mi carrera y jamás he sido libre; siempre he tenido que aprender ó que escribir por obligación; y dos ó tres



veces al año me examino, y no ante profesores como aquellos, que de antemano me tenían reservada la nota de sobresaliente, sino ante el público y la crítica, que siempre disponen de un reprobado formidable y sin apelación posible; pues toda apelación se juzga vanidad ó soberbia.

En cambio, vuelvo la vista con cariño á aquellos que me parecían pesadísimos años de la carrera. A aquellos sábados tan alegres, porque tras ellos venía el domingo. Al ansioso esperar de un estreno. A las escapatorias al paraíso del teatro Real para aplaudir á la Frezzolini, á la Alboni y á Ronconi. A las continuas bromas con los amigos. Al interminable reir. Y el tiempo pasado se me ofrece todo luz, encanto y regocijo; toda pena acabada á las veinticuatro horas; todo contento repercutiendo en ecos inacabables.

He hablado del Real. Sí; el teatro Real empezaba ya á hacer la competencia á los estrenos dramáticos. Y por la música hicimos traición, más de una vez, á dramas y comedias. ¡Ahora lo pago; que otras traiciones me hacen purgar aquéllas!

\*  
\* \*

Pero, así era. La Escuela de Caminos, casi en masa, asistía al teatro de la plaza de Oriente dos y tres veces por semana. Pero en aquel paraíso y en nuestras excursiones á sus alturas corríamos un gravísimo peligro. El director de la Escuela, don E. A., era tan aficionado como nosotros á la Opera; iba con tanta frecuencia como nosotros; y como entonces la clase media no tenía las pretensiones aristocráticas que hoy la devoran, al paraíso subía también como nosotros, con una sola diferencia: que él iba á delantera y nosotros á entrada general. Pero nos veía; nos veía con sus ojillos vivos y penetrantes; nos pasaba lista, y al día siguiente lo pagábamos.

Era un granadino de color de aceituna, picado de virue-



las, con la cara afeitada, con un *bisoñé* mal disimulado, hablando siempre con frases cortas y ceceo andaluz.

Las frases—digo—que constituían su oratoria, con ser muy breves, no concluían jamás, ó más bien concluían siempre con una especie de ronquido en forma de interrogación, que yo no sé cómo podrá escribirse, como no sea por algo parecido á estas tres letras: ¿hum?

Era como si preguntase: ¿Qué tal? ¿Se ha enterado V.?

Su nota característica era el *chiste serio*—si se me permite decirlo de este modo.—No se reía nunca; pero le molestaba que no hicieran gracia las suyas.

Algunas veces graciosas eran sus gracias; pero otras veces eran ininteligibles, y él nunca se tomaba el trabajo de explicarlas.

Abono tenía—como he dicho—á dos delanteras de paraíso, y en ellas tomaba asiento con una sobrina muy guapa, aunque algo jamona, que á todas estas expediciones líricas le acompañaba constantemente.

\*  
\* \*

Recuerdo que una vez nos vió en el Real: delante de él desfilamos á través de una de aquellas pequeñas puertas del paraíso, que más pequeñas es difícil que las tenga el de las esferas celestes; y, uno tras otro, todos los alumnos de la clase que él explicaba, tuvimos que pasar ante sus inquietos ojillos, que chispeaban de malicia á medida que nosotros le saludábamos respetuosamente.

Era este don E. A. un ingeniero antiguo, anterior á la Escuela de Caminos; hombre práctico y que había construido bastante, pero que no estaba muy al corriente de las ciencias modernas.

Explicaba la clase de construcción, y en la clase de cons-



trucción entramos al otro día cabizbajos y confusos, y con el vago presentimiento de que iba á suceder algo.

Y sucedió, en efecto.

Hizo salir á uno de nosotros al encerado; empezó á preguntarle la lección; y á lo mejor de ella, rompió con este problema singularísimo:

«¿Qué forma le daría V. á una piedra para echarla al agua? ¿hum?» Es decir, el ronquido de la interrogación.

El chico se quedó como si la piedra le hubiese caído sobre la cabeza; porque ninguna relación tenía aquella estrambótica pregunta con la materia que se estaba explicando.

Sin embargo, contestó á todo evento, que si el objeto era que la corriente no se llevase la piedra, ésta debería ser lo más plana posible.

«No, señor», contestó el profesor, ceceando más que de costumbre; y cogiendo la lista, nos repitió á todos la misma interrogación enigmática, sin conseguir respuesta, que llegara á satisfacerle.

Allí agotamos todas las formas de la geometría. Uno dijo que la piedra debería ser piramidal; otro que prismática; no faltó quien le diese la forma esférica, sin duda para que rodase mejor. Y cuando terminó la lista, y se agotaron los desatinos, y todos esperábamos con curiosidad que nos diese alguna explicación, salió con este pequeño discurso, dicho con el ceceo de costumbre, y los «¿hum?» correspondientes.

«Pues la forma es esta: que si en vez de irse Vds. al teatro Real, se hubiesen Vds. quedado en sus casas meditando estas cosas, sabrían Vds. qué forma debe darse á una piedra para echarla al agua.»

Cuarenta años hace que estoy meditando en aquel problema, y todavía no he podido encontrar la solución.

\*  
\* \*



El buen señor, aunque casi siempre era enigmático, no dejaba de tener gracia algunas veces, si bien sus gracias no eran espontáneas, si no por el contrario frutos, más que maduros, casi pasados, de laboriosas lucubraciones.

He aquí un ejemplo.

En la Escuela de Caminos había dos clases de exámenes. Exámenes orales ante tres, cinco ó más profesores.

Y además exámenes por escrito. Se sacaban tres preguntas á la suerte; las copiábamos todos, y encerrados en la sala de dibujo, y con un profesor constantemente á la vista, y á veces con el mismo Director en la mesa de la presidencia, teníamos que llenar unos cuantos pliegos de papel en contestación á las tres preguntas sorteadas.

Pues recuerdo que en cierta ocasión, presidiendo el Director granadino á que me refiero, sucedió lo que voy á explicar.

Uno de nosotros concluyó antes que todos su tarea, porque alguno había de ser el primero que concluyese; y fué á entregar los pliegos que había escrito, al señor Director.

Este le miró con muestras de desagrado, los ojuelos le brillaron, se le encendieron un tanto las pintas de la viruela, y, con su habitual ceceo y buen golpe de ronquidos, le dijo al chico:

«Eso es, había de ser V. el primero que concluyese. Ve V. que sus compañeros están afanándose por contestar lo mejor posible á las preguntas, y V., nada, á despachar de cualquier modo, y á marcharse. Márchese V., márchese V., que ya se tendrá en cuenta.» Y el alumno se marchó aterrado.

Al día siguiente continuaron los exámenes para otra clase, y aleccionados todos con lo que había pasado el día antes, ninguno quiso ser el primero que entregase la respuesta escrita.

Seis ó siete fueron al mismo tiempo y el director nada dijo. Pero siguió impassible en la sala hasta que no quedó más que uno solo escribiendo. Acercóse lentamente al alumno, y ceceando tanto como el día anterior, le enderezó esta filípica:

«¿Pero hombre, que siempre ha de ser V. el más posma de



la clase? Todos sus compañeros han concluido, y V. hecho un plomo. Es natural: no sabe V. una palabra, y no acierta V. á contestar. Firme V. y márchese, que ya se tendrá en cuenta.»

Si asustado se fué el del primer día, no menos asustado se retiró de la escuela el último de este segundo día de exámenes. El uno y el otro ya estaban iguales.

Y llegó el tercer día; y en su puesto presidió el acto el director, como había presidido los de los dos días anteriores.

Creíamos agotada la malicia del andaluz presidente; pero no fué así: que siendo, como éramos, catorce los de aquella promoción, encaróse con el sétimo al presentarle éste las papeletas contestadas; y, mirándole desdeñosamente y con sonrisa burlona, le despachó de este modo:

«Claro: V. en nada se ha de distinguir. Ni el primero, ni el último: siempre será V. una medianía. Vaya V. con Dios, que no me coge de sorpresa.»

Esto, que así contado no tiene maldita la gracia, nos pareció á todos graciosísimo; y aun hoy mismo me lo parece á mí, salva la opinión de mis lectores.

\* \* \*

No hay como la distancia para dar á las cosas cualidades que desde cerca no tienen, ó que por lo menos parece que no tienen.

Lo que era insípido y vulgar, se transforma en poético. Lo que era feo y desconcertado, se hace bello. Las masas más irregulares adquieren contornos graciosos. Colores confusos se funden en tintas deliciosas. La llanura árida adquiere severidad y grandeza. La nube, que estando en el centro de ella es masa opaca de vapor, es, vista desde lejos, espléndido celaje. El valle más pobre es río de verdura cuando se mira desde el



monte lejano, y el monte áspero y pedregoso es gigante azulado, que escala el cielo cuando la perspectiva le ayuda.

Así los años de la juventud, llenos de cosas insustanciales, de sucesos insípidos, de vulgarísimos pormenores, cuando se ven á la distancia de cuarenta años, se poetizan, se iluminan y se tornasolan.

¿Por qué será esto? ¿En dónde estará la verdad? ¿En las cosas vistas de cerca, ó en las cosas cuando se ven de lejos? ¿En el objeto tosco y grosero, acaso repugnante, que podemos tocar con nuestras manos, ó en ese mismo objeto que, viéndolo á gran distancia, resplandece de luz y de belleza? ¿Es que cuando estábamos á su lado no distinguíamos más que la envolvente material, y que cuando nos apartamos brilla en él el espíritu que le anima?

Problemas son estos para un trabajo serio, no para éste, que sólo es conjunto de recuerdos evocados al capricho y dictados en confusión, sin pretensiones literarias ni ambiciones de ningún género.

Sigamos recordando, valgan poco ó mucho los recuerdos, que nada valdrán para mis lectores, pero que para mí tienen el valor incalculable de un pasado, que ya nunca volverá.

\*  
\* \*

¡Pobre don E. A.! ¡Pobre señor! Se pasó la vida, mientras fué profesor de la Escuela, preparando chistes para los alumnos; chistes que, una vez preparados, lanzaba en la ocasión oportuna, serio, impasible, enseñando cuando más sus dientes negros y destartalados, en algo así como un conato de sonrisa, que no lograba iluminar su cara cetrina, y que cuando más arrugaba un tanto las innumerables marcas de viruela de que tenía sembrado el cutis.

Todavía recuerdo, entre otras mil cosas, que contadas no



tendrían gracia, aunque nosotros las celebrábamos en las horas de descanso con sabrosos comentarios y alegres carcajadas, esta *pequeña farsa* con que entretuvo un día á toda la clase.

Presentó de pronto el siguiente problema, que, á decir verdad, no tenía grandes relaciones de parentesco con la lección señalada, pero que él cogió, como vulgarmente se dice, por los cabellos, para llegar á un final de gran efecto. Quizá por esto se despertó en mí desde entonces la afición á ciertos finales, aunque los suyos eran cómicos y han resultado trágicos los míos.

Se trataba en dicho problema de establecer una alineación con cuatro jalones entre dos puntos tales del terreno, que era invisible cada uno de ellos al pretender mirarlo desde el otro punto.

El dijo, que quería resolver prácticamente aquel problema de topografía y mandó que fuesen al centro de la clase cuatro alumnos de los más altos y delgados para que sirvieran de jalones. Fueron éstos Broockman, Espinal, Trujillo y no sé quién más. Hizo salir asimismo á otro quinto alumno; le declaró ingeniero topógrafo y mandóle que dirigiese la alineación, haciendo mover convenientemente á derecha é izquierda los cuatro alumnos, que de jalones servían.

Pero nunca resultaban en línea recta los cuatro puntos, y el profesor, fingiendo gran indignación, le dijo al ingeniero topógrafo: «Vaya, vaya, V. no sirve para ingeniero; *póngase V. de jalón*, y va V. bien servido.» A uno de los jalones le dió la plaza de ingeniero, y como al fin la alineación se estableciese según mandan los cánones de la topografía, dijo el profesor con acento triunfante y severo y con sus correspondientes ronquidos interrogativos, que, como queda dicho, eran la nota característica de su elocuencia: «Ya ven Vds. cómo discurrendo, de un jalón se hace un ingeniero, y cómo los que no discurren, aun siendo ingenieros, se convierten en jalones.»

¡Pobre Señor! ¡Quién había de sospechar que, andando el



tiempo, cuando ya fué un anciano, por no sé qué préstamo que le habían hecho bajo forma de escritura de depósito, había de tener fin tan triste como el que tuvo!

Pero no quiero recoger de aquellos alegres años de la juventud ninguna nota lúgubre. Vengan á mí los alegres pajarillos que cantan por la mañana, sin que ningún plumaje negro empañe las alas irisadas, sin que ningún gemido entristezca los alegres gorjeos del amanecer.

José ECHEGARAY.



# GOYA

## CONTINUACIÓN

### V

Auséntase Goya de España voluntariamente.—Algunas noticias que da Moratin sobre la estancia del artista en Francia.—Muere Goya en Burdeos el año de 1828.—Sus trabajos en Burdeos.—Las litografías.—Ideas y creencias de Goya.—Ilustraciones para el *Don Quijote*.—Los pintores modernos no imitan á Goya.—Tampoco hay relación alguna entre él y los discipulos de David.—Lo que es el color.—Cada gran maestro tiene sus cualidades propias que le distinguen y no se amalgaman bien con las de otros.—Goya es el pintor español más colorista.—Su fantasía es más original que la de Brueghel y el Bosco.—Cuadros representando la prisión del Maragato.—Otras escenas de la guerra.—Pinturas alegóricas que se hallan en el salón de Sesiones del Ayuntamiento, y en la biblioteca del ministerio de Marina.—Otra pintura para el Instituto Pistalozziano, perdida.

Después del restablecimiento de Fernando VII en el trono, permaneció el artista suficiente tiempo en España, desempeñando su cargo de pintor de Cámara, para que pueda decirse que se ausentó por temor á la reacción que imperaba; y aunque se cuenta que al recibirle el rey le significó que le debía hacer ahorcar, el hecho es que Fernando olvidó lo pasado y siguió distinguiéndole con su favor, y prestándose á que le hiciese muchos retratos, á pie y á caballo, y que por cierto son de lo peor que el autor hizo en este género.

Solicitó, y obtuvo del rey, licencia para trasladarse á Francia, cobrando el sueldo, y aunque todos sus biógrafos dicen que su marcha fué en 1822, no debió ser hasta Junio de 1824 según se deduce de las noticias que Moratin da en las cartas



que enviaba á su amigo Melón, de las que copiaré algunos párrafos que hacen referencia al artista, y dan razón de algunas particularidades de su estancia en Burdeos.

La primera vez que Moratín se refiere á Goya es en carta fechada en Burdeos el 27 de Junio de 1824, que dice así:

«Llegó, en efecto, Goya, viejo, torpe y débil, y sin saber una palabra de francés, y sin traer un criado (que nadie más que él lo necesita), y tan contento y tan deseoso de ver mundo. Aquí estuvo tres días; dos de ellos comió con nosotros en calidad de joven alumno; le he exortado á que se vuelva en Setiembre, y no se enlodacine en París y se deje sorprender del invierno, que acabaría con él. Lleva una carta para que Arnao vea dónde acomodarle, y tome con él cuantas precauciones se necesitan, que son muchas, y la principal de ellas, á mi entender, que no salga de casa sino en coche; pero no sé si se prestará á esta condición. Allá veremos si el tal viaje le deja vivo. Mucho sentiría que le sucediera algún trabajo.»

El 8 de Julio vuelve Moratín á dar á Melón noticia de Goya, de este modo:

«Goya llegó bueno á París. Arnao, en virtud de una carta que le di para él, se ha encargado de cuidarle y dirigirle en cuanto pueda, y desde luego le acomodó con un primo de los parientes de su nuera. Se propone continuar sus buenos oficios en favor del joven viajero, y ha quedado en que le enviará para el mes de Setiembre.»

Goya volvió, en efecto, á Burdeos en la época marcada, según este párrafo de otra carta de 20 de Setiembre:

«Goya está ya con la señora y los chiquillos en un buen cuarto y en buen paraje; creo que podrá pasar cómodamente el invierno en él. Quiere retratarme, y de ahí infiero lo bonito que soy cuando tan diestros pinceles aspiran á multiplicar mis copias.»

El 23 de Octubre vuelve á escribir Moratín:

«Goya está aquí con su doña Leocadia; no advierto en ellos la mayor armonía.»



Esta familia que acompañaba al artista era la señora de Weiss y su hija Rosario, entonces de edad de nueve años, que era ahijada de Goya, y más adelante se distinguió también como pintora. Se cuenta de esta señorita, que concurría en Burdeos al estudio de pintura de M. Lacour; y cuando Goya iba á visitar el taller, al recorrer los caballetes de los discípulos que copiaban el modelo, exclamaba siempre: «¡No es eso! ¡No es eso!» Era natural, porque aun cuando los trabajos no fueran muy malos, él tenía un modo especial de ver.

El 14 de Abril del año 1825 vuelve Moratín á hablar del pintor:

«Goya, con sus setenta y nueve pascuas floridas y sus alifafes, ni sabe lo que espera ni lo que quiere; yo le exhorto á que se esté quieto hasta el cumplimiento de su licencia. Le gusta la ciudad, el campo, el clima, los comestibles, la independencia y la tranquilidad que disfruta. Desde que está aquí no ha tenido ninguno de los males que le incomodaban allá; y, sin embargo, á veces se le pone en la cabeza que en Madrid tiene mucho que hacer; y si le dejaran se pondría en camino sobre una mula zaina, con su montera, su capote, sus estribos de nogal, su bota y sus alforjas.»

El 28 de Junio, añade:

«Goya escapó por esta vez del Aqueronte avaro; está muy arrogantillo, y pinta que se las pela, sin querer corregir jamás nada de lo que pinta.»

Esta última observación de Moratín es muy interesante, y demuestra lo que ya he dicho, que Goya prescinde de la corrección que pudieran exigirle los críticos, si no contribuye á la expresión de su idea.

Sigue Moratín dando noticias del pintor:

«Goya dice que él ha toreado en su tiempo, y que con la espada en la mano á nadie teme. Dentro de dos meses va á cumplir ochenta años.» (7 de Octubre de 1825.)

«Goya ha tomado una casita muy acomodada, con luces de Norte y Mediodía, y un poquito de jardín. Agradece tus me-



morias, y las devuelve con creces. Doña Leocadia, con su acostumbrada intrepidez, reniega á ratos, y á ratos se divierte. La Mariquita (1) habla francés como una totovia, cose y brinca y se entretiene con algunas gavachuelas de su edad.» (30 de Octubre.)

«...Una es el viaje de Goya, que será dentro de tres ó cuatro días, dispuesto como él arregla siempre sus viajes; se va solo y mal contento de los franceses. Si tiene la fortuna de que nada le duela en el camino, bien le puedes dar la enhorabuena; y si no llega, no lo extrañes, porque el menor malecillo le puede dejar tieso en un rincón de una posada.» (7 de Mayo de 1826.)

Durante esta breve excursión á Madrid para solicitar su jubilación, ó licencia ilimitada, fué cuando su amigo el insigne pintor D. Vicente López, le hizo el retrato que se conserva en el Museo del Prado.

El 15 de Julio del mismo año ya estaba el artista de regreso en Burdeos, según la nota última referente á él que se lee en las *Cartas* de Moratín, que dice así:

«He recibido por mano de Goya (que llegó muy bueno) el impreso que me envías...»

Goya en Burdeos se hallaba rodeado de amigos, como Moratín, Silvela, Goicoechea, Muguiro y otros, de todos los cuales hizo retratos. Silvela tenía un colegio, y con él vivía Moratín, y á eso se refiere la broma que usa éste en el primer párrafo que copié, cuando, al llegar Goya por primera vez á Burdeos, dice que comió dos días con ellos *en calidad de joven alumno*.

El día 15 de Abril de 1828 falleció el gran pintor, á los ochenta y dos años de edad. Fué sepultado en el cementerio de la *Grande-Chartreuse*, en el panteón de la familia Muguiro é Iribarren, donde tres años antes había sido enterrado Goicoechea; y en breve se efectuara su traslado al monumento levantado en el cementerio de San Isidro de Madrid.

---

(1) Rosario Weiss.



Sus amigos hicieron grabar allí la siguiente inscripción:

HIC JACET  
 FRANCISCUS A GOYA ET LUCIENTES  
 HISPANIENSIS PERITISSIMUS PICTOR  
 MAGNAQUE SUI NOMINIS  
 CELEBRATI NOTUS  
 DECURSE, PROBE, LUMINE VITAE  
 OBIIT XVI KALENDAS MAII  
 ANNO DOMINI  
 MDCCC. XXVIII.  
 AETATIS SUAE  
 LXXXV  
 —  
 R. I. P.

D. Antonio Brugada, conocido pintor de marinas, que fué amigo íntimo de Goya durante su estancia en Burdeos, pintó un cuadro con la vista del sepulcro, é hizo incrustar en el marco una de las paletas y algunos pinceles del ilustre pintor. Este recuerdo anda en manos de particulares, y debía ser adquirido por la Academia ó el Museo.

Ya hemos visto que, á pesar de sus muchos años, no estuvo Goya inactivo en su retiro. Además de los retratos de sus amigos, pintó algunos cuadritos pequeños, miniaturas, ó, mejor dicho, manchas sobre marfil, y dibujó varias litografías, procedimiento que aun cuando fué descubierto en 1796 comenzaba entonces á generalizarse. Sujetó este medio á las exigencias de su idea, como había sujetado el aguafuerte, la miniatura y todos. Los primeros litógrafos tenían temor de manchar la piedra hasta con el aliento; ponían especial cuidado y pulcritud en el manejo del lápiz, y, por lo general, hacían dibujos muy terminados sobre un graneado fino é igual. Goya se valió de la piedra exactamente lo mismo que del papel; le fué igual



cualquier graneado, ó que la piedra quedara bien cubierta y atacada por todas partes, ó que le resultaran borrones y manchas. Buscaba el efecto, el movimiento y la vida, sea como quiera. Nadie, aun en los tiempos en que más se ha llegado á dominar este procedimiento, ha procedido con tanto desembarazo.

Sus principales litografías son: *El Famoso americano Mariano Ceballos*, montado en un toro lidiando á otro. *Cogida de un picador: Diversión de España*; representa una corrida de novillos. *Corrida de toros con división de plaza. El Vito*; una maja le baila, rodeada de espectadores.

*El Duelo*: uno de los combatientes atraviesa el pecho al otro con una espada; dos testigos presencian la escena. Todas ellas fueron ejecutadas en Burdeos. Ya antes, en 1819, había litografiado en Madrid un desafío entre dos caballeros vestidos á *la española antigua*; un toro acosado por los perros, y algunas otras.

Como se ve, hasta su extrema vejez conservó su afición á las escenas trágicas, pues una de sus últimas obras es el desafío que litografió en Burdeos, que representa la cuchillada más tremenda que puede darse.

Es extraño que los escritores que se han ocupado en estudiar á este artista no se hayan fijado más en este carácter distintivo de la mayoría de sus obras, haciendo de él más bien un hombre político de ideas liberales que trabajó sin descanso por anatematizar los vicios de los grandes, del clero, y sobre todo de la Inquisición.

Goya no fué esto; no vió los males que le rodeaban, no tuvo fe en que su sátira fuera trascendental, ni remediase nada; no se fijó en el individuo, ni en la época; sólo vió á la humanidad y al tiempo. Creyó en la virtud y en la justicia absolutas, y como no las veía realizarse nunca, llegó á dudar de si no eran más que fantasmas de su imaginación. Por eso exclama: «*El sueño de la razón produce monstruos.*» No comprende la inmortalidad del alma; los muertos le hablan, y le muestran que



más allá se encuentran con... «¡Nada!» Cuando después de una batalla ve el campo sembrado de cadáveres, reflexiona: «*Para eso habéis nacido*»; es decir, para servir de abono á la tierra. Se indigna de la desigualdad, y al contemplar que las masas se mueren de hambre mientras hay afortunados que pueden abrigarse y comer bien, piensa con amargura: «*¡Si son de otro linaje!*» Y todas estas quejas se dirigen, no á los hombres, ni á un Dios en quien no cree, sino á un hado fatal del que no pudiendo deshacerse, se lamenta.

Sus sátiras no son burlas, son quejidos. No encontrando la dicha en parte alguna, no ve más que pesadumbres y lucha, que es lo que retrata con preferencia. Acaso presume que algunos de los males que lamenta tendrán remedio muy lejano que él no conocerá; pero que no vendrá del cielo, sino de la tierra; y que este remedio le traerá la instrucción: por eso ve en el fraile un holgazan que es rémora para el adelanto, y así, al suponer que «*Murió la verdad*», es gente de iglesia la que representa afanándose por cubrir bien la fosa y evitar la eventualidad temida: «*¿Si resucitará?*»

Un hombre que piensa así no puede ser liberal, ni patriota. El que no tiene fe en algo, el que duda, no tiene partido. En los republicanos franceses y los filósofos, que indudablemente habían influido en sus ideas, tenía que criticar los mismos vicios y miserias que en los demás; porque como al realizar las teorías que predicaban tuvieron que luchar con la tradición y los abusos que se les oponían, este choque tenía que ocasionar males, aunque fueran pasajeros y su resultado final reportara beneficios.

Sentimentalistas á la manera de Goya son los que quisieran que pudiera mejorarse é instruirse á los hombres sólo por la persuasión; es decir, que no se necesitase nunca acudir á las revoluciones y á la fuerza; que los intereses creados no se resistieran, que la ley fuera tan clara para todos como ellos la comprenden. A pesar de todo, él trató de sacar partido del mundo en el estado en que le encontró.



Hablando D. Bartolomé José Gallardo de ediciones ilustradas del *Don Quijote*, en el primer número de *El Crítico*, dice que Goya había fantaseado unos caprichos con el título de «*Ilusiones de Don Quijote*». No conozco más que la reproducción de uno de estos dibujos que publicó la *Gazette des Beaux arts*, grabada al aguafuerte imitando la manera del autor; pero como éste es inimitable, y ya he dicho que el más ligero punto, cualquier cosa, basta para desvirtuar el carácter de sus obras y para que quede rota la valla que las separa del mamarracho, no puede formarse idea ni de lo que será este dibujo, ni de lo que serán los demás. De todos modos la noticia es interesante y curiosa, porque demuestra claramente el carácter de Goya, creador independiente por excelencia, que no se presta á reproducir el pensamiento de otro, sino á interpretarle representando siempre lo que él ha sentido. Esta cualidad es intransmisible, habiendo habido muy pocos que la tengan tan completa; pues los que han sido originales en el hacer, no siempre lo fueron en el sentir.

No comprendo por qué dice el Sr. D. Pedro Madrazo en su libro «*Viaje artístico*», que «la virtualidad de Goya ha trascendido de tal manera á la generación moderna, que hoy casi amenaza degenerar en nuevo daño lo que fué en un principio saludable protesta»;—ni sé por qué se escandaliza «del desvergonzado realismo de los adocenados imitadores de Goya». Nada tiene que ver tampoco la afición que tuviera á los franceses, si es que la tuvo á alguien, con su modo de pintar; y me parece equivocada la aseveración de que: «Goya, con todas las extravagancias de su realismo, estaba tan cerca del mismo David, en cuanto á lo fundamental de la pintura, que es la ciencia del dibujo, como los jóvenes que en París se estaban formando en las máximas del gran reformador». En cuanto á la primera proposición hay que notar que hoy nadie imita á Goya; los *desvergonzados realistas* no serían lógicos haciéndolo, pues su ideal es la naturaleza y la realidad, no el estilo de éste ó el otro maestro. Que admiren á Velázquez, que



ensalcen á Goya, es natural, puesto que buscaban lo que ellos buscan; pero sería un contrasentido que los imitaran. ¿Dónde están, quiénes son esos imitadores? En cuanto á la segunda, ¿cómo ha de parecerse un artista que prescinde de toda convención y todo idealismo, que interpreta el natural á su capricho, á una escuela de medida, de patrón y de receta, que, no sólo procede convencionalmente para trazar el contorno de las figuras, los paños y la composición, sino también para representar el movimiento y los afectos?»

El Sr. de Madrazo, cuyo talento, erudición y laboriosidad son manifiestas y envidiables, no tiene cualidades de historiador ni de crítico, porque es apasionado y poeta. Movidó, por ejemplo, por los laudables afectos de la familia, sueña una fantasía cualquiera y se persuade de que es una verdad innegable.

Al ver hoy menospreciada la escuela de David, teme que el anatema pueda alcanzar á la memoria de su padre, y en vez de defender las grandes cualidades que pueden defenderse en el reformador francés, titubea, y tan pronto asegura «que, gracias á los esfuerzos de su escuela, logró el arte recuperar su perdido decoro en los países donde le había prostituido un insípido amaneramiento y una ciega rutina»; como dice que, «no hubo inconsecuencia en los discípulos que al venir á Madrid á dirigir los estudios académicos, se apartaron en la enseñanza de los principios que habían aprendido». Es decir, que en España no se debió á las máximas de David la recuperación del decoro perdido, que antes supuso no se debió á otra causa; sino que el adelanto se logró con otras máximas menos estrechas.

Para atenuar el dictado de *afrancesados* que pudiera darse á los discípulos del maestro francés, dice que no eran más españoles los que aquí seguían otras escuelas; queriendo luego mezclar el carácter de la pintura con las ideas políticas de los autores, como si algo tuviera que ver una cosa con otra, y en el *Viriato*, ó el *Cuadro del Hambre*, pudiera verse que sus au-



tores habían estado detenidos en el castillo de Sant' Angelo por no querer reconocer al rey José; ó en los *Fusilamientos del 3 de Mayo*, que Goya retrató al intruso, ó clasificó los cuadros que se habían de enviar á París.

Sea el que quiera el mérito de los que introdujeron en España la escuela de David, tuvieron el talento,—porque cabe no ser un gran artista y tener mucho talento,—de comprender que eran demasiado absolutos y estrechos los principios en que se habían educado, y que si en algún tiempo esta tirantez pudo ser conveniente como arma contra la escuela pujante que se trataba de combatir, más adelante no era ya necesario aquel absolutismo. Nadie les negará el mérito que les atribuye el Sr. de Madrazo de «haber abierto al genio de la juventud los verdaderos horizontes de la pintura española, cerrados desde la extinción de la dinastía de Austria», si es que tal mérito tuvieron, y no hay por qué alarmarse, ni temer que nadie les tache de afrancesados, ni de inconsecuentes, ni de nada.

Tomando como ejemplo *La Maja echada*, precioso cuadro de Goya que posee la Academia de San Fernando, emplea el mismo crítico de que voy hablando la mayor parte del artículo que dedica á este autor en el almanaque de *La Ilustración*, para 1880, en demostrar que el verdadero colorista se distingue en el acierto, en la elección del diapasón de los tonos; pero, me parece, que esta verdad la exagera para sacar partido en ventaja de Velázquez, de Goya y de todos los pintores españoles en general.

Aunque él no lo crea así, «*los que se imaginan que para ser colorista hay que recurrir á la exuberante paleta de Giorgione ó de Rubens*», imaginan muy bien. El color es una cosa y el tono otra. Supone que si en *La Maja echada* se suprimieran los colores y se dejara sólo á claro-oscuro, el efecto sería el mismo»; «*porque*», dice, «*el color no consiste en la infinita variedad de las tintas, sino en la variedad de los tonos y en la acertada variedad del diapasón en que el artista modula.*»



Entendámonos: cuando menos, en un dibujo ó grabado ejecutados con blanco y negro, si el claro-oscuro es igual por todas partes, lo mismo en las carnes que en los ropajes y los fondos, y los claros tienen el mismo valor, por muy bien degradadas que estén las medias tintas, y por buen efecto que produzcan, el dibujo será monótono, ó representará un bajo-relieve monocromo. Cuando no sucede esto, cuando objetos colocados á igual distancia y que reciben la misma luz se hallan interpretados con tonos diferentes, debemos presumir que esto consiste en que con ello quieren representarse diferencias de color, ó que en el original las había. Si el efecto de estas manchas nos es agradable ó simpático porque guardan cierto equilibrio, decimos, pero de una manera figurada, que aquel dibujo tiene buen color, mucho color, ó que es admirable de color; pero esta no es más que una manera de hablar. Si sólo con blanco y negro pudiera realmente expresarse el color, como creen los que toman aquella manera de decir en sentido recto, dando á iluminar con colores varios ejemplares de una estampa á diferentes personas, resultaría una coloración igual; pero fácil es comprender que no sucedería esto, sino que cada uno le daría colorido distinto.

Es más exacto decir, y también se dice, de dibujos que *tienen buena entonación, ó buena mancha*, lo cual no da lugar á confusiones; porque aun cuando sean partes que constituyen al colorista, la entonación y el claro-oscuro son cosas distintas del color.

Colorista es el que sabe armonizar los colores, y esta armonía no consiste sólo en la entonación, consiste más aún en el contraste.

Con los colores puros, sin necesidad de claro-oscuro, pueden producirse contrastes acordes y agradables, ó agrios y discordantes, según se combinen.

Para producir color son necesarios los colores, lo demás es soñar.

«Los colores intensos», dice Helmholtz, «gracias á la fuerte



excitación que producen, atraen poderosamente la vista del espectador, dan más placer y expresan la más ligera modificación de la forma ó la luz, siendo muy expresivos desde el punto de vista de la pintura. Sucede con ellos como en la música con los sonidos llenos, puros, armoniosos de una hermosa voz. Una voz así es más expresiva; es decir, que el menor cambio en la elevación del tono ó en el timbre; la menor interrupción, cada temblor, cada aumento ó disminución de amplitud, se reconoce en seguida con más distinción que en una voz menos plena ó menos regular. Parece también que la impresión intensa que produce en el oyente despierta las sensaciones y los sentimientos más fuertemente que una débil excitación análoga. »

Por otra parte, si, como presume Young, «la sensación producida por cada uno de los colores fundamentales proviene de la excitación de una especie de fibras sensibles á los colores, mientras que las otras fibras están en descanso, ó no sufren más que una excitación relativamente débil», sería más remota aún la probabilidad de poder producir con el blanco y el negro la impresión de los colores.

Así, pues, los que, como sucede á los pintores de la escuela española, emplean los colores en una escala más débil que participa del gris, por mucho que posean el dote de la entonación, serán menos coloristas que los venecianos ó los flamencos, que saben entonar y combinar en escala más brillante.

Pero no confundamos; aunque para ser colorista es menester emplear los colores con intensidad, si el pintor no sabe armonizar, no será más que *colorinista*, permítaseme la palabra. Esto fué, por lo general, la escuela de Rafael; y con ella nuestros Becerra, Correa, Juanes, Morales, Carvajal y Barroso; esto, David y sus secuaces.

Véase, pues, cómo el color no es cosa fácil ni despreciable; pero sucede con esto lo que con otras muchas cosas, que el afán de criticar, de establecer comparaciones y de querer defender lo que á cada cual le es más simpático, lleva adonde tal vez no se quiere, ni debe ir.



Creen muchos que si confiesan que Velázquez es menos colorista que Rubens, ó Ticiano, aparecerá por esto inferior á aquellos maestros, cosa que no quieren suponer, sin acordarse de que entre cosas heterogéneas no pueden establecerse comparaciones, y que la reunión de cualidades que tiene cada uno de estos pintores le constituyen una individualidad que le diferencia totalmente de los otros. Si, conservando sus demás cualidades, Velázquez tuviera el colorido de Rubens, sería muy inferior á lo que es, porque perdería su esencia, que consiste en la idea de la verdad que le hace superior en ella á cuantos han pintado; pues el colorido de Rubens es convencional. Si Rubens tuviera ciertos caracteres de Velázquez, perdería también; el exceso de movimiento, la amplitud de las formas, serían exagerados, bastos y ordinarios tratados con más verdad. Cada autor notable lo es precisamente por el número y la esencia de sus cualidades; nada más absurdo que querer ser algo, ni mejorarlas reuniendo en sí las cualidades de varios. La sola enunciación del programa de Mengs, que tuvo la pretensión de reunir el dibujo de Rafael, la gracia de Correggio y el colorido de Ticiano, demuestra que no tenía ni remota idea de la índole de las bellas artes, y de que ningún artista superior lo ha sido por lo que haya tomado de otros autores, sino por el modo cómo ha sabido interpretar ó idealizar la naturaleza. Verdad es esta, que ó Rembrandt y Goya no son nada, ó la demuestran palpablemente.

Goya es uno de los pintores más coloristas que ha tenido España, y cito esta cualidad, porque creo que la tiene, no para compararle ni anteponerle ó posponerle á nadie; pero entiéndase que es colorista en sus pinturas de San Antonio, en sus retratos, en todos sus cuadros; no en sus dibujos y aguafuertes, en las que no pudo serlo. En estas últimas tiene algunas veces contrastes felices de claro-oscuro; otras no son más que manchas informes y caprichosas, que prueban odiaba instintivamente la monotonía; pero por ellas no se podría deducir si era colorista ó no.



Su genio no fué á propósito para sujetarse á asuntos impuestos, y mucho menos los religiosos, porque habiendo siempre en ellos mucho de convencional, le era imposible sujetarse á convenciones. Para juzgarle cuando pintó obras de esta índole, hay que hacerlo sin acordarse de lo que quiere representar : por eso hubiera sido preferible que, en vez de esto, hubiese pintado siempre escenas como las de los tapices ó la Alameda. En sus *Caprichos y Desastres de la guerra*, demuestra que con la pintura no pueden representarse asuntos concretos; puesto que, á pesar de las leyendas, son oscuros é incomprendibles muchas veces. Todas las obras de Goya, por imperfectas que sean, impresionan y admiran al que, no preocupado con teorías y reglas académicas, prescinde de que estén infringidas y deja obrar libremente al sentimiento.

Si sólo hubiera pintado retratos, seguramente hubiera dejado gran fama; pero lo que le hace más especial, más notable y más interesante son sus obras, como la iglesia de San Antonio, los cuadritos y las aguafuertes fantásticas. Demuestra un genio tan potente y original como la historia del arte no ofrece otro. Para encontrar algo semejante hay que acudir á los trasgos, duendes y silfos que sueñan los artistas japoneses. En Europa, ni los Bruegheles, ni los Boscós, ni nadie, han tenido inspiraciones parecidas. Los dos pintores que acabo de citar recurren frecuentemente á los esqueletos para infundir pavor y representar á la Muerte; Goya nunca se vale de este medio; no recuerdo haber visto ningún esqueleto pintado por él. En las fantasías de los holandeses hay siempre algo de grotesco y de buen humor al lado de un simbolismo incomprendible en la mayoría de los casos; Goya es siempre serio y sombrío en sus composiciones de brujas y sueños, y no se sirve de símbolos; si representa monstruos extraños, son, por lo general, del género de los vampiros; su imaginación en esta clase de creaciones va poco más allá; es en las sombras, en las proporciones y expresión de las figuras, donde está el secreto de la impresión que produce.



No es comparable tampoco con el pintor inglés Hogarth, que quiso hacer pintura docente y moralizadora desarrollando ejemplos morales en diversos cuadros consecutivos, ó haciendo caricaturas políticas poniendo en ridículo á personajes determinados, ayudándose de letreros explicativos que facilitan la interpretación y la determinan con claridad. Goya no se propuso enseñar nada, ni moralizar á nadie; los letreros que puso á sus grabados son su apoyo, casi nunca su explicación. Si sus obras respiran la filosofía escéptica que profesaba, es porque expresan su sentimiento; son sus desahogos.

Sólo he visto una colección de seis cuadritos en que se desarrollan diferentes momentos del mismo suceso: la captura del famoso bandido, conocido por el Maragato, efectuada por el lego Fr. Pedro de Zaldivia en las inmediaciones de Oropesa, el día 10 de Junio de 1806; hecho que causó gran sensación en aquella época, dando lugar á que se celebrara y comentara en papeles y á que se grabara repetidas veces; pero nada tiene que ver esta serie con las que componía el artista inglés.

En las pocas alegorías que pintó Goya no se valió de símbolos, y las trató como cualquier otro asunto. Ejemplo de esto son los cuatro medallones que pintó al temple, de los cuales se conservan tres y se ven en la biblioteca del ministerio de Marina, que antes fué residencia de Godoy. Representan la Agricultura, la Industria y el Comercio.

Son obras de importancia, dignas de tenerse en estima, están tratadas con sencillez y grandiosidad, aunque no hay que buscar en ellas atributos, idealidades, ni convenciones. La Agricultura es la que tiene, aunque muy poco, algún conato de querer representar una matrona; la Industria no es más que una sala de un taller de hilados, como pudiera verse entonces en la Fábrica de tapices, ó en la Galera, pues son mujeres las que trabajan.

El Comercio está figurado por dos judíos ajustando cuentas, sentados delante de una mesa; por el suelo hay algunos



sacos de dinero, y en el fondo dos dependientes viendo un libro. Una cigüeña que se ve en primer término tal vez sea un atributo.

El dibujo, el color y el arreglo de estos lienzos son de lo bueno del autor.

Es muy notable y curioso también, por pertenecer al género alegórico que Goya cultivó muy poco, y era opuesto á su carácter, el lienzo que se conserva en el Salón de sesiones del Ayuntamiento de Madrid. Representa á una hermosa matrona apoyada en el escudo de la Villa; á su lado un mancebo alado sostiene un medallón, y la Fama, volando, ocupa la parte superior. Es tradición que en el medallón se veía el retrato de José I, que después fué borrado para poner en su lugar la Constitución de 1812. Hoy solamente se lee «2 de Mayo». Es una obra importante, muy agradable de color y no mal dibujada; me parece muy superior al cuadro de San Francisco, que tan celebrado fué en su tiempo. Debe ser poco conocida, pues ni M. Iriarte, ni Ossorio Bernard, ni el conde de la Viñaza, en sus respectivos catálogos, dan cuenta de ella, y merece conocerse por su importancia y por el género á que pertenece.

Han sido inútiles las gestiones que he hecho para descubrir el paradero de otro cuadro alegórico, del que tengo noticia por el grabado que existe, y que representa á los alumnos del Real Instituto Pestalozziano, fundado por Godoy. No sé si parecerá algún día en los sótanos de Palacio ó de alguna dependencia del Estado.



## VI

Es vano el deseo que se tiene de conocer la relación que hay entre las obras de Goya y su vida íntima.—Dificultad de establecer esta relación sobre bases sólidas.—Noticias exageradas y erróneas que recogió y aceptó M. Iriarte.—¿Tuvo el pintor verdadera afición á las corridas de toros?—No pudo conocer en Roma ni á ninguno de los Velázquez, ni á Ribera, ni á David.—Chascarrillos que cuentan de muchos, atribuidos á Goya.—Sus relaciones con la condesa de Benavente y la duquesa de Alba; no hay datos para suponer ni afirmar fueran otras que de buena amistad.—Relaciones con otras mujeres.—No es interesante averiguar las infidelidades conyugales que el artista pudiera cometer, pues no influyen en el carácter de sus obras.—Aventura con el duque de Wellington.—Aunque Goya tuviera genio violento, no era independiente.—Subordinó su escepticismo y sus ideas á su conveniencia.—No tiene como hombre rasgos esenciales que la diferencien de cualquier otro.

Hay siempre una tendencia marcada á querer conocer la relación que media entre las obras de los artistas y poetas, y su vida particular; mas como ésta no es siempre fácil de averiguar con verdad, aun tratándose de personas casi contemporáneas, como Goya, se inventan sucesos, anécdotas y aventuras para satisfacer la curiosidad, más ó menos probables y verosímiles, según la fantasía del biógrafo ó historiador. Se aumentan y desfiguran relatos y tradiciones de la época del personaje, que no por eso son más verdaderas. Este deseo de conocer la vida íntima, aumenta cuando se trata de hombres cuyas obras llevan el sello de una originalidad extraña.



En fuerza de repetirse ciertas especies, llegan á pasar por verdades incontrovertibles y plenamente probadas; así es que, como no se presenten pruebas evidentes, es muy difícil sólo con racionios destruir errores que no se apoyan en base alguna, y sí sólo en venirse copiando unos autores á otros, cosa que ocurre con frecuencia, unas veces por incapacidad, otras por pereza, y las más por halagar al vulgo que prefiere los encantos de la poesía y la ficción á lo serio de la realidad.

M. Iriarte recogió todas las noticias que le dieron en España, mas las que leyó en los escritos publicados sobre el artista, y añadió otras de su invención. Resulta de ellas, que, cuando Goya era mozo tenía un carácter tan enamorado y pendero, que de continuo andaba en camorras y cuchilladas; á consecuencia de una de estas refriegas, en la que hubo algunos muertos y él salió herido, tuvo que huir de Zaragoza y vino á Madrid por primera vez. Deseando visitar á Roma, y encontrándose sin recursos, su gran afición al toreo le proporcionó ocasión de adquirir fondos recorriendo algunos pueblos en calidad de torero, unido á una cuadrilla. Esta afición se supone que está demostrada por una carta que escribió á su amigo Zapater, firmada «*Francisco de los Toros*». Debo advertir que ninguna de las cartas publicadas está firmada así, ni de tal sobrenombre se hace referencia; pero aunque realmente exista, tal firma nada probaría si del contenido de la epístola no se desprende algo más, pues pudo firmar así aludiendo á cualquier broma, y pudo también, dado su modo de redactar, querer decir que escribía desde la plaza de toros.

Goya indica su afición á concurrir á esta fiesta en una de sus cartas, en la que dice: «Yo estoy lo mismo, en cuanto á mi salud, unos ratos rabiando con un humor que yo mismo no me puedo aguantar, otros más templado como éste que he tomado la pluma para escribirte, y ya me canso, sólo te digo que el lunes, si Dios quiere, *hiré á ber* los toros, y quisiera que me acompañaras para el otro lunes, aunque dijera bobada



que te *abías buuelto* loco. tu-Paco.» Pero de tener afición á las corridas hasta ser torero hay gran distancia.

Supone M. Iriarte que nuestro artista se encontró en Roma con sus amigos y condiscípulos Antonio Ribera y Velázquez, y que el primero le presentó en casa de Bayeu. Vamos por partes: el Antonio Ribera, cuyo testimonio invoca en varias ocasiones, no puede ser otro que D. Juan Antonio Ribera y Fernández, el cual no fué pensionado á París hasta 1802, y no estuvo en Roma hasta 1811. El Velázquez no puede ser más que el único que estuvo en Roma de la numerosa familia de artistas González Velázquez, que fué D. Antonio; pero en 1753 estaba ya de vuelta. En cuanto á Bayeu, según Ceán, que le trató, «*no salió del reino*». De modo que habiendo Goya estado en Italia por los años de 1770 á 1774, no caben más inexactitudes en menos palabras.

En Roma continuó el pintor haciendo proezas, y siendo el aventurero de siempre; persiguiendo transtiberinas y riñendo á navajadas con los hombres del pueblo. En el acto de ir á robar á una monja fué sorprendido por unos frailes, que le entregaron á la justicia, y tomando parte la Inquisición en el asunto, tuvo que escapar protegido por la embajada. La amistad que contrajo durante aquel tiempo con el famoso David fué el origen de sus ideas liberales. Pero sucede que David no fué á Roma hasta 1775, época en que Goya ya estaba de vuelta en Madrid; de modo que esta amistad es tan fantástica como la tenida con Ribera y Velázquez en Italia.

De vuelta en Madrid siguió sus desarregladas costumbres entre majos y chisperos. Protestó contra la prohibición de las corridas de toros, y se hizo famoso por sus valientes estocadas entre los ambulantes maestros de armas que se situaban en la plaza de Santa Catalina. Por entonces pintó una muestra de tienda en la calle de Alcalá; un dia dió una pateadura á un gigantesco aguador que maltrataba á un jorobado; sus chascos y burlas á un boticario de la calle de Santiago eran proverbiales. En todo esto se ve bien claro que M. Iriarte se



refiere á la muestra pintada por Alenza para el antiguo café de Levante; y á las innumerables hazañas que se atribuyen, unas veces á *la partida del trueno*, y otras á calaveras determinados de hace cincuenta años; que las más son puras invenciones; pero que sin duda en España se las contaron á M. Iriarte atribuyéndolas á Goya, creyendo hacerle así más interesante á los extranjeros, porque los españoles tenemos á gala que nos crean guapetones.

Asegura el literato francés que Carderera le enseñó un libro de dibujos originales, en el que Goya había consignado todos los lances del viaje amoroso que hizo á Sanlúcar de Barrameda en compañía de la duquesa de Alba, en el que se ve á ésta durmiendo la siesta, escribiendo, leyendo, poniéndose las ligas y dando de comer á un negrito que se encuentra en el camino. Hay que advertir que Goya fué á Andalucía á reponerse de una enfermedad, de cuyas resultas se quedó sordo para el resto de su vida, circunstancia poco favorable para galanteos. Algunos de estos dibujos se hallan ahora en la Biblioteca Nacional, y no sólo no representan á la duquesa, sino que no son originales; son malas imitaciones que tienen por base los *Caprichos*.

Supone también el escritor á que me voy refiriendo que el artista era muy gracioso, y una especie de bufón de la corte. Cuenta que un día de luto le prohibieron la entrada en la Cámara Real porque llevaba medias blancas; en vista de esto, bajó al cuerpo de guardia y dibujó en ellas con tinta la caricatura de Escoiquiz y otros cortesanos, volviendo á presentarse de esta manera; con lo que dió ocasión á que los reyes viesen y celebrasen la ocurrencia.

Repito que del relato de tantas sandeces, tienen más culpa los que se las contaron que el que las incluyó en su libro.

Las damas que en aquel tiempo dieron más que hablar por sus aventuras y galanteos fueron la condesa de Benavente y la duquesa de Alba. Su misma categoría las ponía más en evidencia. No atacaré, ni defenderé la memoria de las buenas



señoras; pero sí diré que, como sucede siempre, la mayor parte de las hazañas que se les atribuyen tienen más de invención que de verdad. Siendo amigo de ambas, como Goya lo era de toda la aristocracia, no podía faltar el que la leyenda le hiciera amante de las dos. La crónica, que no se para en pequeñeces, supone que con quien primero tuvo amores el artista fué con la de Benavente; pero más joven y de mayores atractivos la de Alba, no tardó en ser preferida. A pesar del despecho y los celos de la primera, es curioso, aunque no decente, que Goya la sacase el dinero que necesitaba para emprender el galante viaje á Sanlúcar con la segunda. Tan ufano estaba el pintor con tan ilustre conquista, que mientras duró su primera ilusión firmó muchas veces sus aguafuertes poniendo el perrito habanero de la duquesa.—No he visto nunca esta firma, pero si no la puso, pudo haberla puesto, que es igual.

Tocante á estos amores, sólo diré que Goya escribía á Zapater, para quien no tenía secretos: «Más te *balía benirme* á ayudar á pintar á la de Alba, que se metió en el estudio, á que la pintase la cara, y se salió con ello; por cierto que me gusta más que pintar en lienzo, que también la he de retratar de cuerpo entero, y *bendra* apenas acabe yo un borrón que estoy haciendo de el duque de la Alcudia á caballo...» Esto ocurría el 2 de Agosto de 1800; Goya tenía entonces cincuenta y cinco años, cuya edad, y el estar sordo como una tapia, no eran mejores circunstancias que las que concurrían cuando el viaje. El párrafo transcrito, más que malicia alguna, indica un alarde infantil de la confianza y estimación que le dispensaba aquella ilustre dama. Si hubieran mediado entre ellos otra clase de relaciones que amistosas, ó no hubiera contado á su amigo este incidente, que nada tenía entonces de extraño, ó lo hubiera hecho de otro modo. Puede suponerse que los amores empezaron entonces; pero si fué así, cuando el viaje de 1793 no habían empezado.

Un Don Juan Tenorio de esta especie no había de ser fiel



mucho tiempo á una misma dama ; así es que M. Iriarte, todo retrato que ve de una mujer desconocida pintado por Goya, en seguida la califica como de una querida incógnita de las que tuvo el pintor, que, unidos á los de las conocidas, como *la Librera*, *la Leocadia*, *la Ramera Morena*, nombre extraño que indica los tratos de la individua, y *la Marquesa*, sin duda, otra tal, á la que tuvo viviendo dos meses en su casa, forman un serrallo digno del turco más exigente.

No es fácil conocer los detalles de la vida particular de un hombre, aun en aquello que se refiere á hechos públicos é inocentes; por consiguiente ha de ser difícil averiguar los que se relacionan con sus amores ilícitos, en los que es seguro ha de guardar reserva, por muy despreocupado y libre de costumbres que sea. Goya era casado y amaba á su mujer, de la que tuvo muchos hijos, de los cuales sólo vivía uno en 1828, á la muerte de su padre. En sus cartas se muestra amante de su familia, y habla continuamente de su esposa y de sus hijos, y del desasosiego que le causan las enfermedades de éstos: «Tengo un niño de cuatro años, que es el que se mira en Madrid de hermoso y lo he tenido malo, que no he vivido en todo este tiempo», decía en 23 de Mayo de 1788, escarmentado de que otros se le hubieran muerto.

Necio sería el que por esto tratara yo de sostener que Goya no tuvo ningún devaneo, y que fué modelo de fidelidad conyugal ; no lo sé, pero como no dió ningún escándalo público que acredite lo contrario, me quedo con la duda, que es lo más prudente. Por otra parte, el averiguar estos particulares de su vida íntima es de interés muy secundario desde el momento en que no tienen influencia en sus obras. Ha habido poetas y pintores en cuyos trabajos ha influido una mujer, ó varias, y han contribuido á formar su carácter, pero en Goya no, y por eso no nos importa saber si se distrajo un día con *la Ramera*, y otro con *la Marquesa*. Hay muchos hombres de poco valer que tienen gran partido con las mujeres ; no aumenta, pues, la gloria de un artista el suponerle conquistador afortunado.



Todos los que trataron á Goya, y los que han escrito acerca de él, convienen en que tenía un carácter brusco é irritable, y cuentan algunos para demostrarlo que, estando retratando al duque de Wellington, como éste hiciese alguna indicación desfavorable á la obra, el pintor se abalanzó á unas pistolas que tenía sobre la mesa con ánimo de matar al general; tragedia que evitó la intervención de algunas personas que se hallaban presentes. No es este lance tan insignificante que no hubiera dejado otras pruebas que una anécdota cualquiera; pues no era el duque de Ciudad Rodrigo hombre que se hubiera calmado fácilmente, ni dejado sin correctivo tal osadía; así como tampoco capaz de dar lugar á ella con una inconveniencia. El retrato se acabó tranquilamente, y hay que poner en la categoría de las invenciones absurdas el tal suceso.

Goya tenía carácter violento en la intimidad de la amistad y de la familia, lo que no demuestra más que falta de cultura en la edad temprana; pero si se quiere dar á entender con esto que era un hombre independiente, es otra cuestión. Vivió de continuo en la corte, y no son las antesalas y audiencias el teatro mejor para genios altivos. En las cartas que escribía á amigo tan de confianza como Zapater, se ve siempre lo que le halagaban las muestras de deferencia del Rey y del valido. «Hoy he entregado un *Quadro*», dice en una de las cartas, «al Rey, que me *avía* mandado *acer* él mismo para su Hermano el Rey de Nápoles, y he tenido la felicidad de *aberle* dado mucho gusto, de modo que no sólo con las expresiones de su boca me ha *eloxiado*, sino con las manos por mis *ombros* medio abrazándonos, y hablándome mal de los aragoneses y Zaragoza; ya puedes considerar lo que esto *ynteresa*.»

En otra se expresa de este modo: «*Oy* he ido á ver al Rey mi señor, y me ha recibido muy alegre; me ha hablado de las viruelas de mi Paco (que ya lo sabía), le he dado razón y me ha apretado la mano, y se ha puesto á tocar el violín...»

Con motivo de haber ido á Aranjuez á retratar al duque de la Alcudia, escribe: «El ministro se ha *escedido* en obse-



quiarme, llevándome consigo á paseo en su coche, *aciéndome* las mayores expresiones de amistad que se pueden *acer*; me consentía comer con capote porque *acía* mucho frío; aprendió á *ablar* por la mano, y dejaba de comer para *ablarme...*» Curioso dato es el de las pocas comodidades con que se vivía en casa del Príncipe de la Paz, en medio del lujo y el boato.

No tenemos, para juzgar á Goya como hombre, más datos positivos que algunos extractos de sus cartas, sus solicitudes á los reyes pidiendo ascensos en su carrera y sus obras. Si el Sr. Zapater y Gómez publicase íntegras más de cien cartas que posee, acaso podría formarse idea más exacta.

De sus obras ya he dicho que se deduce que no tenía creencias políticas ni religiosas; era un escéptico, y como tal no se hallaba dispuesto á sacrificarse por nada, sino á transigir según sus conveniencias. Si hubiera sido patriota, al pintar *Los Desastres* de la guerra daría muestras de que simpatizaba con los que defendían sus hogares; pero para él tan feroz era el español que mataba un francés, como el francés que fusilaba á un español. «*Bien te se está*», dice de un extranjero moribundo. «*Curarlos, y á otra*», exclama ante unos combatientes heridos. La reflexión que le sugiere el ver á un compatriota á quien van á ahorcar por orden de los invasores, se reduce á decir: «*¡Duro es el paso!*» En otra ocasión le extraña la interpelación del agonizante, que presentando un crucifijo al paciente, con la cuerda al cuello, le conforta diciendo: «*¿Te conformas?*» ¡Siempre el sarcasmo! Siempre su eterna idea: ¡estúpidos! ¡salvajes! ¡fieras! No ve más, ¿cómo había de ver otra cosa en las corridas de toros? Basta examinar su *Tauro-maquía*, para convencerse de que está tratada con el mismo espíritu.

En sus cartas se ve que le preocupaba mucho su familia, y el sostener el decoro correspondiente á persona á quien, «de los reyes abajo todo el mundo conoce», lo cual no se aviene con que anduviera continuamente mezclado en aventuras y escándalos. De modo, que si como artista fué un hombre ex-



traordinario y original, como ciudadano no ofrece rasgos particulares que le diferencien por vicios ó virtudes del común de las gentes; que por más que se haya inventado y supuesto en contra, es lo que ha sucedido á la mayoría de los artistas.

## NOTAS

### PARA FORMAR EL CATÁLOGO DE LOS CUADROS Y GRABADOS DE GOYA

**Cuadros que sirvieron para modelos en la Real Fábrica de Tapices, que se conservan ahora en el Museo del Prado.**

1.—La Merienda. Ancho 2,96; alto 2,75.

Cinco jóvenes merendando á orillas del Manzanares, y dirigiendo requiebros á una naranjera. Uno de ellos la ofrece un vaso de vino. Pintado en 1766.

2.—El Baile. Ancho 3,62; alto 2,80.

Dos parejas bailando y algunas gentes sentadas, unas tocando la guitarra y cantando, otras espectadores. Fondo de las orillas del Manzanares. Pintado en 1777.

*D. Francisco Zapater poseía un borrón de este cuadro.*

3.—La Riña en la venta nueva. Ancho 4,60; alto 2,80.

Lucha entre dos murcianos y algunos carreteros, promovida por el juego. El ventero se apodera del dinero abandonado. Un viajero se apea del caballo. Pintado en 1777.

*M. Iriarte tenía el borrón de este cuadro, con el título de Mesón del Gallo.*



4.—Un paseo en Andalucía. Ancho 1,92; alto 2,80.

Un majo embozado, con montera granadina, acompañando á una maja. Sentado en primer término otro majo embozado hasta los ojos, y con sombrero grande redondo. Detrás dos sujetos observando, y más lejos otras tres figuras. Fondo de pinos. Pintado en 1777.

5.—El Bebedor. Ancho 1,15; alto 1,12.

Un hombre sentado bebiendo de una bota; á su lado un muchacho comiendo rábanos. Pintado en 1777.

6.—El Quitasol. Ancho 1,57; alto 1,11.

Una señora sentada en el campo, y un joven haciéndola sombra con un quitasol verde. Pintado en 1777.

7.—La Cometa. Ancho 2,85; alto 2,74.

Majos echando á volar una cometa; en primer término dos hombres sentados; más lejos un caballero, una señora y otras figuras mirando. En el fondo se ve la iglesia de San Francisco el Grande, en construcción. Pintado en 1777.

8.—Los Naipes. Ancho 1,68; alto 2,74.

Tres majos jugando á los naipes con un soldado; detrás de ellos hay otros tres sujetos en pie, haciendo señas á uno de los jugadores. Se hallan á la sombra de una capa azul colgada de un árbol. Pintado 1777.

9.—Los Niños de la vejiga. Ancho 1,23; alto 1,17.

Un niño inflando una vejiga y otro mirándole. Fondo de paisaje. Pintado en 1777.

10.—Los Niños de la fruta. Ancho 1,27; alto 1,20.

Cuatro muchachos cogiendo fruta de un árbol. Pintado en 1777.

11.—El Ciego tocando la guitarra. Ancho 3,15; alto 2,92.

Reunión de gentes oyendo á un ciego que toca la guitarra. A la derecha un negro vendiendo agua. Más lejos varias figuras. Fondo, la plaza de la Cebada. Pintado en 1778.

*El autor hizo un grabado al aguafuerte del mismo asunto de este cuadro.*

12.—La Prendería. Ancho 2,20; alto 2,82.



Puesto de feria, y gentes mirando los objetos. Un caballero y una señora hablan con el prendero. Fondo, la plaza de la Cebada. Pintado en 1778.

13.—El Puesto de loza. Ancho 2,22; alto 2,60.

Sentados en el suelo, en primer término, están un valenciano dueño del puesto de loza y estera, y tres señoras que ajustan tazas. Detrás dos militares sentados sobre unos ruedos, de espaldas al espectador, ven pasar una carroza en la que va una dama. Fondo, una plaza. Pintado en 1778.

14.—El Militar y la señora. Ancho 1,01; alto 2,63.

Una señora, acompañada de un militar que la da la mano, saluda con el abanico á otras señoras asomadas á un pretil: detrás de ella se ve un joven. Pintado en 1778.

15.—La Acerolera. Ancho 1,00; alto 2,63.

Una mujer con una cesta de acerolas al brazo; detrás tres embozados, y en segundo término varias figuras á la sombra de un toldo de un puesto de fruta situado á la esquina de una calle. Pintado en 1778.

16.—Los Niños á la soldadesca. Ancho 0,70; alto 1,44:

Dos muchachos vestidos de soldados; otros tocando el tambor, y otro la campana de un campanario de cartón que tiene en la mano. Fondo, paisaje. Pintado en 1778.

17.—Los Niños del carretón. Ancho 0,90; alto 1,45.

Cuatro niños jugando; dos con un carretón, otro tocando el tambor y el otro una trompeta. Fondo de paisaje. Pintado en 1778.

18.—El Juego de pelota. Ancho 4,42; alto 2,65.

Varias gentes sentadas y apoyadas en tapias ruinosas viendo á unos jugadores de pelota á largo. En primer término las capas y sombreros de los jugadores. Fondo un cerro, y sobre él un pueblecillo. Pintado en 1779.

19.—El Columpio. Ancho 1,65; alto 2,60.

Una señora columpiándose en una cuerda atada á las ramas de un árbol; á su lado un niño tirando de uno de los cabos de la cuerda. Sobre un alto una mujer sentada y tres niños en



pie; detrás una mujer mirando. A lo lejos un coche y varias figuras. Pintado en 1779.

20.—Las Lavanderas. Ancho 1,66; alto 2,58.

Cinco lavanderas á orillas del río, una de ellas duerme echada en el suelo, teniendo la cabeza recostada en las rodillas de otra que está sentada y tiene un cordero debajo del brazo; otra tercera, arrodillada al lado de ésta, coge la oreja del cordero. Detrás una, sentada, y más lejos, de espaldas, otra con un lío de ropa sobre la cabeza. Pintado en 1779.

21.—El Novillo. Ancho 1,40; alto 2,59.

Cuatro mozos toreando á un novillo en la plaza de un pueblo. Uno de ellos le llama con la capa y otro le pone un parche. Encima de una tapia algunos espectadores. Pintado en 1779.

22.—El Perro. Ancho 0,80; alto 2,49.

Dos mozos sentados; uno de ellos sacando una pelota de la boca de un perro que tiene sujeto entre las piernas. Detrás dos figuras en pie. Fondo de árboles.

*Este cuadro no existe en el Museo, pero el tapiz sacado de él se halla en las salas del Palacio de El Escorial, números 15 y 24.*

23.—La Fuente. Ancho 0,80; alto 2,49.

Un hombre bebiendo en una fuente; detrás de él otros dos en pie.

*No existe el cuadro, pero el tapiz es posible se halle en el Palacio del Pardo.*

24.—Los Guardas del tabaco. Ancho 1,37; alto 2,62.

Uno de los guardas está sentado, en primer término, sobre un terrazo, y tiene el trabuco al lado. Otro está en pie armado con pistolas al cinto, y lleva una bandolera en la que se lee: «*Renta del tabaco*». En segundo término tres hombres sentados. Fondo, orillas del Manzanares. Pintado en 1779.

25.—El Niño del árbol. Ancho 0,40; alto 2,62.

Un niño, vestido de azul, agarrando la rama de un árbol. Pintado en 1779.

26.—El Niño del pájaro. Ancho 0,40; alto 2,62.

Un niño, con montera y redecilla, teniendo un pájaro en la



mano. Está sentado, de espaldas al espectador. Fondo de árboles. Pintado en 1779.

27.—Los Leñadores. Ancho 1,14; alto 1,41.

Tres hombres podando un árbol, subidos en la copa. Pintado en 1779.

28.—El Cantador. Ancho 1,13; alto 1,36.

Un majo cantando y tocando la guitarra, sentado en un ribazo. Detrás, á la derecha, un hombre y una mujer; á la izquierda otro hombre embozado. Pintado en 1779.

29.—La Cita. Ancho 1,51; alto 1,00.

Una joven sentada y recostada en un ribazo; detrás, á la izquierda, una mujer y dos hombres; á la derecha, muy lejos, otras figuras. Pintado en 1779.

30.—El Médico. Ancho 1,56; alto 0,97.

Un médico con sombrero, bastón y capa de grana, sentado delante de un brasero. Detrás dos figuras. Al lado del brasero unos libros. Fondo de jardín. Pintado en 1779.

31.—La Florera. Ancho 1,92; alto 2,77.

Una mujer arrodillada ofrece una rosa á otra que está en pie cogiendo á una niña por la mano. Detrás un hombre con un gazapo vivo en una mano, y con la otra haciendo señal de silencio. Fondo de paisaje. Pintado en 1786.

32.—El Agosto. Ancho 6,45; alto 2,80.

Segadores descansando y bebiendo vino en las eras. A la izquierda un grupo de borrachos; detrás una mujer dando sopas á un niño. En primer término, á la derecha, un caballo comiendo, y un poco más lejos otro caballo blanco echado sobre la paja. Sobre un carro cargado de mies, muchachos subidos jugando. Fondo, el castillo de la Alameda de Osuna. Pintado en 1786.

33.—La Vendimia. Ancho 1,90; alto 2,75.

Una señora y caballero se entretienen en levantar con las manos un racimo de uvas para que un niño le alcance. Detrás una criada con un cesto de uvas sobre la cabeza. En el fondo dos vendimiadores. Pintado en 1786.



34.—El Herido. Ancho 1,10; alto 2,78.

Dos albañiles llevan en brazos á otro que se ha caído de un andamio que se ve en el fondo. Pintado en 1786.

35.—Los Pobres. Ancho 1,15; alto 2,77.

Una mujer y dos niños ateridos de frío esperan que se llene un cántaro que tienen puesto al caño de una fuente. Pintado en 1787.

36.—La Nevada. Ancho 3,03; alto 2,77.

Tres arrieros embozados en mantas conduciendo una mula cargada con un cerdo; les acompaña un cazador. Más lejos viene un hombre embozado en una capa. Pintado en 1787.

37.—La Boda. Ancho 4,00; alto 2,70.

Delante va el gaitero seguido de chiquillos, detrás la novia engalanada, rodeada de sus amigas, y al lado el rústico novio vestido de caballero; cerrando la marcha el cura y los padres de los novios. Pintado en 1787.

38.—Las Mozas de cántaro. Ancho 1,60; alto 2,72.

Dos mozas, cada una con dos cántaros, uno á la cabeza y otro á la cadera, y con ellas una vieja; al lado un muchacho con dos cantarillas. Pintado en 1787.

39.—Las Gigantillas. Ancho 1,04; alto 1,37.

Cinco muchachos jugando á las gigantillas, montados unos sobre otros. Pintado en 1788.

40.—El Balancín. Ancho 2,67; alto 0,80.

Dos niños jugando al balancín; detrás otro llorando, y más lejos otros dos. Pintado en 1788.

41.—Los Zancos. Ancho 3,10; alto 2,70.

Dos hombres bailando sobre zancos al son de la gaita, rodeados de chiquillos y gente del pueblo. Pintado en 1788.

42.—El Pelele. Ancho 1,60; alto 2,67.

Cuatro mozas manteando un pelele á orillas del Manzanares. Pintado en 1791.

43.—Los Chicos del árbol. Ancho 1,11; alto 1,41.

Un muchacho tratando de coger fruta de un cerezo, subido



sobre otro puesto á gatas en el suelo y ayudado por un tercero que le sostiene. Pintado en 1791.

44.—La Gallina ciega. Ancho 3,53; alto 3,41.

Cuatro señoras y cuatro caballeros formando corro asidos de las manos. En el centro otro con los ojos vendados y un cucharón en la mano. Fondo, orillas del Manzanares. Pintado en 1791.

45.—El Niño del cordero. Ancho 0,40; alto 2,62.

Un niño con sombrero blanco de ala ancha, montado en un cordero. Fondo de paisaje. Pintado en 1791.

*Este cuadro no está en el Museo, por ser propiedad de D. Livinio Stuik.*

*Los cuadros señalados con los números 17, 28, 30, 33 y 40, fueron robados el año de 1869 y no han vuelto á parecer. Tampoco se sabe el paradero del núm. 23.*

Se pagaron á Goya por los cuarenta y cinco cuadros anteriores ciento noventa y cuatro mil reales.

Para las notas anteriores he tenido presentes los datos del catálogo de Cruzada Villaamil, sacados de los antecedentes y justificantes que se conservan en el archivo del Real Palacio.

---

#### Cuadros pertenecientes á la Alameda de Osuna.

46.—La Torada. Ancho 2,00; alto 1,60.

Los toros en la dehesa de Tablada; algunos picadores con garrochas, y en segundo término varias figuras. Pintado en 1787.

47.—El Columpio. Ancho 0,98; alto 1,60.

Una señora columpiándose en una cuerda sujeta á dos árboles; un hombre ayudándola á columpiarse, y varias personas mirando. Pintado en 1787.



48.—La Cucaña. Ancho 0,98; alto 1,60.

Unos muchachos subiendo á una cucaña y algunas gentes mirando. Pintado en 1787.

49.—La Caída. Ancho 0,98; alto 1,60.

A la vuelta de una expedición campestre, de señoras y caballeros, una de las damas ha caído del borrico en que venía montada y se halla en el suelo desmayada, sostenida por un caballero, mientras un abate la da á oler un frasquito de sales. Otras dos damas, sentadas en sus cabalgaduras, lloran y gritan. Fondo de Pinos y montañas. Pintado en 1787.

50.—El Robo del coche. Ancho 1,27; alto 1,60.

Una cuadrilla de salteadores deteniendo un coche con viajeros, en medio de un bosque. Pintado en 1787.

51.—Construcción de una iglesia. Ancho 1,35; alto 1,60.

Varios trabajadores subidos en los andamios de la obra; otros traen una gran piedra en un carro. Pintado en 1787.

52.—Una procesión. Ancho 1,35; alto 1,60.

Se ve salir la procesión por la puerta de la iglesia. Pintado en 1787.

53.—La Romería de San Isidro. Ancho 0,42; alto 0,90.

En primer término multitud de gentes sentadas en el suelo hablando y merendando; más lejos la pradera con la romería; en el fondo vista de Madrid. Pintado en 1788.

Aunque no le conozco, debió Goya de pintar este cuadro como boceto de otro, pues en carta á su tantas veces citado amigo Zapater, decía en 31 de Mayo de 1788: «Para cuando venga aquí la corte, en lo que estoy trabajando con mucho empeño y desazón por ser poco el tiempo, y ser cosa que ha de ver el Rey, príncipes, etc.; á más de ser los asuntos tan difíciles y de tanto que hacer, como la pradera del Santo con todo el bullicio que en esta corte acostumbra á haber.»

54.—La Primavera. Ancho 0,22; alto 0,32.

*Boceto para el cuadro núm. 31 de los pintados para la Fábrica de tapices.*



55.—El Verano. Ancho 0,76; alto 0,34.

*Boceto para el cuadro núm. 32 de la misma colección.*

56.—El Otoño. Ancho 0,22; alto 0,32.

*Boceto para el cuadro núm. 33, titulado «La Vendimia».*

*Este cuadro no está en La Alameda.*

57.—El Invierno. Ancho 0,34; alto 0,32.

*Boceto para el cuadro núm. 36, titulado «La Nevada».*

58.—Baile á orillas del Manzanares. Ancho 0,40; alto 0,42.

*Boceto para el cuadro núm. 2.*

59.—La Ermita de San Isidro del Campo. Ancho 0,40; alto 0,42.

Varios caballeros y señoras sentados en el suelo, refrescando á la puerta de la ermita.

60.—Capricho fantástico. Ancho 0,30; alto 0,42.

Un hombre cubierto con una manta marcha espantado por lo alto de un monte; detrás hay un burro atado á unas matas. En la parte superior, en el aire, varias figuras medio desnudas; en último término, sobre un ribazo, un hombre dormido.

61.—Aquelarre de brujas. Ancho 0,30; alto 0,42.

Una bruja está preparando un brebaje al fuego; á su lado hay un plato humeante, una botella y una calavera. Alrededor de la bruja tres personajes desnudos; uno de ellos tiene la cabeza de perro. Un macho cabrío, montado en una escoba, escapa por la chimenea de la habitación.

62.—Visiones horribles. Ancho 0,30; alto 0,42.

Un hombre arrodillado, lleno de terror, contempla á unos demonios vestidos de negro, sobre cuyas cabezas revolotean murciélagos.

63.—Conciliábulo de brujas. Ancho 0,30; alto 0,42.

En el centro un macho cabrío coronado de hojas, á su alrededor varias brujas y aves nocturnas volando á la luz de la luna.

64.—Escena de *El Convidado de piedra*. Ancho 0,30; alto 0,42.



D. Juan, vestido de negro, está sentado al lado de una mesa; la estatua del Comendador se le aparece rodeada de llamas.

65.—Escena de *El Hechizado por fuerza*. Ancho 0,30; alto 0,42.

Está vestido de cura, echando aceite con una alcuza en una lámpara que el diablo tiene en la mano. En el fondo se ven unos burros haciendo cabriolas. En un gran libro que hay en el ángulo inferior derecho se leen las palabras: *Lam. desc.*, abreviaturas de las primeras de la redondilla: *Lámpara descomunal,—Que con tu aliento incivil,—Como mecha de candil—Chupas el aire vital.*

66.—Merienda en el campo. Ancho 0,26; alto 0,40.

Caballeros y señoras sentados, merendando; uno de ellos está boca abajo, dormido.

67.—Mujer y niños en la fuente. Ancho 0,14; alto 0,32.

*Boceto para el cuadro núm. 35 de la colección para la Fábrica de tapices.*

68.—El Herido. Ancho 0,14; alto 0,32.

*Boceto para el cuadro núm. 34 de la misma colección.*

El cuadro núm. 56 perteneció al pintor escenógrafo D. Angel Tadei, cuyos herederos le vendieron en París.

ZEFERINO ARAUJO SÁNCHEZ.

*(Se continuará.)*



# CRÓNICA INTERNACIONAL

---

Albricias por los asuntos españoles.—Calma en Francia.—Discusión del presupuesto eclesiástico en la Asamblea francesa.—Debates acerca de las crisis británicas en el Parlamento.—Reacción política en Alemania.—Complicaciones intercontinentales.—Suecia y Noruega.—Problemas chino-japoneses en la guerra entre las dos potencias del extremo Oriente.—Agitaciones del mundo asiático y del mundo africano.—Conclusión.

## I

Pocas veces hablan estas crónicas de los problemas españoles, por el natural temor á que puedan creerme á mí, su autor, interesado en ellos con interés personalísimo, según el antiguo influjo mío sobre la política patria, del que aún quedan pálidos reflejos, después de un irrevocable retraimiento, dictado á mi voluntad por el corazón y por la conciencia. Pero, tras las agitaciones producidas por las reformas cubanas, así en la Península como en Ultramar; el iris de paz, extendido por una votación, en cuyas listas constan unánimes los nombres de todos cuantos componen la representación de los partidos nuestros en el Congreso, bien merece una sencilla conmemoración y un ferventísimo aplauso. Creíase que iba el progreso, formulado con tan leal aprecio de la realidad y un conocimiento de lo ideal tan pro-



fundo, á dividir los ánimos aquende y allende los mares; mas á la voz del patriotismo acaba de revelarse la conciencia colectiva del pueblo español y demostrarnos cómo en los asuntos nacionales domina entre nosotros el espíritu nacional, que nos ha dado su luz para dirigirnos en las noches más oscuras, y su fuerza para salvarnos en los trances más dificultosos de nuestra historia patria. El circunspecto político, á cuyo cargo está departamento de tal importancia, se ha mostrado en esta ocasión y en este problema con todos los caracteres de quien sabe dónde se halla el toque de las reformas oportunas y sazoadas, que sirven á lo por venir y sus progresos en la medida indispensable, sin escasear la prestación de los tributos debidos así al recuerdo de lo pasado como al interés de lo circunstancial y de lo presente. Por su parte, las agrupaciones políticas han estado á la grande altura correspondiente con su representación y han servido al ministerio y objeto para que las crearon así la sociedad como la Naturaleza en el espacio y en el tiempo. Los defensores de las cosas é instituciones pasadas no han cerrado sus ojos hasta contraer cegueras del espíritu incurables, ni desconocido lo invencible de la corriente progresiva que nos impele á otros hemisferios iluminados por nuevos ideales. Y aquellos que se llaman á sí mismos conservadores, no se han cerrado los oídos con cera para desoir el clamoreo de las ideas, y no han mostrado ignorar todo lo que arriesga el tiempo presente cuando urge demasiado á lo por venir con sus negaciones, y para detenerle fuera de sazón lo encrespa con sus resistencias. Igual proceder en los personificadores de las fórmulas que iluminarán lo futuro un día é impelerán las sociedades humanas adelante. En ellos crece á mis ojos el mérito de la transacción, por las complexiones impacientes, congénitas á quienes recibieron del cielo ministerios verdaderos de libertad y de progreso. No está la templanza tanto como el entusiasmo en ellos. No está la reflexión en el grado que la fe. No tienen los ojos tan abiertos para mirar lo real fuera, en el espacio, como para mirar



lo ideal dentro de sus conciencias. Y, sin embargo, han comprendido cómo se compone de segundos el tiempo, de átomos el cuerpo, de términos la serie, de nexos el sistema, de fases el progreso; y aunque la plenitud completa de sus dogmas no haya entrado en la fórmula, se han avenido con el camino hecho, juntando así al carácter ardentísimo de los innovadores el carácter sesudo de los estadistas. Holguémonos con todo ello, é inscribamos como una fecha gloriosa el día de la votación del proyecto relativo á las reformas de Cuba, por unanimidad de todos los diputados presentes, como una fecha gloriosísima en los anales de la patria, que impone á sus hijos en estos felices tiempos un solo espíritu, el cual avivan su libertad y su paz. ¡Lástima grande que los restos de nuestras discordias hayan surgido en Cuba y nublado el cielo de las esperanzas nacionales. Confiemos en que sean los últimos estertores del monstruo, y confiemos en que la integridad del territorio se salvará como se ha salvado la integridad del derecho!

## II

Mucha calma en Francia. La vida se compone de movimiento y reposo, de sueño y vigilia. El mundo, en que la vida se manifiesta, de acciones y reacciones. Tras la grande agitación del último período, en que siguió á la muerte desgraciada de Carnot el nombramiento y renuncia de Perier, sobreexcitando los nervios de todos, tenía que subseguir por fuerza un período de calma, impuesto á cada ciudadano y á la colectividad por lo imposible de una tensión en la vida social tan fuerte como larga. Durante todo este reposo hanse



con lógica sucedido casos y cosas, los cuales reclaman interés y atención de nuestra parte, pues en la historia contemporánea se cosechan enseñanzas, no cosechables nunca en las pasadas historias, por no haber analogías entre las generaciones antiguas y las modernas tan manifiestas como las afinidades que reinan sobre los individuos concurrentes á la vida entera social en cierto lapso de tiempo. Y cosa ninguna me ha merecido en los últimos días el estudio que la discusión habida en el Congreso de diputados franceses acerca del presupuesto eclesiástico. A cada nuevo año crece la suma de los que votan en pro de las obligaciones religiosas y mengua la suma de los que votan en contra. Esta misma Cámara, de una complexión avanzadísima, cuyos acuerdos han derrocado al Presidente de mayor significación moderada y conservadora que ha tenido la República, reconoce los privilegios de la Iglesia católica dentro del Estado y le vota la suma indispensable así á su mantenimiento como á su esplendor. Y los mayores y más empedernidos adversarios de la unión existente hoy entre la República y la Iglesia se declaran por completo rendidos y ofrecen á la realidad, que se les impone con fuerza, un obsequio de natural irrefragable reconocimiento. Léase la oración parlamentaria de Naquet en prueba de mi juicio. Adversario resuelto de la República hoy gobernante, por las relaciones de ésta con el clero y con el Pontificado, hasta llegar á la conspiración monárquico-imperial de Boulanger, en su precipitación por huir al partido y al sistema oportunista, creyéndolo demasiado conservador, entona su confesión pública radical, en cuyo contexto reconoce y proclama, ¡él! autor de las leyes autorizando el divorcio, la imposibilidad de divorciarse por cosa ninguna en que hoy se hallan la Iglesia y el Estado. Hubiera querido yo ver allí, después de los cinco lustros que han transcurrido desde nuestro gobierno republicano hasta la fecha todos aquellos empecatados contra mí por el nombramiento de Obispos, lo que decían presenciando cómo la República francesa no ha podido llegar en aquella sociedad tan adelantada y pro-



gresiva donde querían ellos poner de un salto y de un empujón á la República española. El espíritu público está de tal manera empeñado en la idea de una inteligencia entre la nación y la Iglesia, que nadie ha querido dar en rostro á Naquet con lo temerario de afirmaciones tales en unos labios ahumados por la pólvora quemada y los cartuchos mordidos en las contien- das á favor de sus tradiciones y de sus creencias antiguas. El diputado Gras toma en mano la negación abierta y franca de toda doctrina moderada; recuerda los tópicos usuales referen- tes al retroceso que la Iglesia emprendiera en los tiempos de Pío IX con la infalibilidad y el sínodo; pero, descargada un tanto su conciencia de tal peso, no se atreve á ninguna clase de afirmaciones sobre lo relativo al rompimiento próximo entre la Iglesia y el Estado que sus correligionarios desean y man- tienen. Otro radical, adelantado en sentir mío de las fronteras socialistas, Poincaré, autor de la ley sobre sucesiones, que tan fuertemente ataca la propiedad y la herencia, pidió, sin que la lengua se le anudase á la garganta, el voto de la partida re- muneratoria del clero en bien de la República como ministro de Cultos. La fracción colectivista echó el pecho al agua para for- mular su tradicional separación. El presidente Ribot, que es- taba en tradición y en doctrina, mantuvo la fórmula conser- vadora, enseñando á los temerarios cómo no podía el partido republicano herir aquel profundísimo fondo popular sobre que la República se levanta, sin malherir á esta misma República y destrozarla, pues inútil negar que la República es forma con- génita con la democracia francesa, y la democracia francesa es profunda y genuinamente católica. Aunque Goblet, socialista y radical á la manera de Poincaré, calificativos, con los cua- les únicamente se creen obligados á ciertas generalidades re- volucionarias en las ideas y en las frases, luego atenuadas en el gobierno, donde, aunque algo intentan, cosa ninguna pue- den hacer en pro de las clases jornaleras, por lo impracti- cable de sus ideas y lo inasequible de sus reformas, intentó pedir leyes sobre asociación preparatorias del divorcio entre



la Iglesia y el Estado; la palabra muy reflexiva del gobierno le opuso veto, declarando que bien está San Pedro en Roma, el Nuncio de la Santa Sede á su vez en París, y el presupuesto eclesiástico pagado por la nación muy bien hallada con su Iglesia.

### III

Y vamos al estudio de Inglaterra. Los asuntos políticos toman, allende la Mancha, otro aspecto que aquí en Francia. Todo aquello que aquí, en esta última nación, es enfermedad, en Inglaterra es medicina. El radicalismo, en la primera nación, del todo inaceptable, se acepta en la segunda nación por cuantos quieren el progreso con sus graduadas series, adaptado en el espacio á las circunstancias sociales y en el tiempo á las tradiciones históricas. Atentar al Senado en Francia, donde tiene tal Cámara un origen popular y un carácter democrático, ¡cuál temeridad! Reformar el Senado en Inglaterra, donde tiene tal Cámara un origen regio y con carácter aristocrático ¡cuál necesidad! Lo mismo pasa en las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Separarlos en Francia, donde la mayoría del pueblo pertenece al catolicismo, cosa imposible; separarlos en el país de Gales, donde la mayoría del pueblo pertenece á los disidentes del oficial clero, cosa indispensable. Así, ahora mismo atraviesa la Gran Bretaña un período de revolución religiosa, unido al período de revolución política, armónicos de suyo, con la paz conveniente á la majestad y al poder de un verdadero pueblo libre. Por lo mismo que la Iglesia y el clero anglicanos fueron hechura de una monarquía muy alta, pero absoluta con aquel absolutismo correspondiente á la



compleción británica, no arraigó en ninguna de las regiones circunstantes alrededor de lo que podríamos llamar el riñón británico. A pesar de imposiciones tan despóticas cual pudieran ser las de Felipe II en Holanda y demás dominios protestantes; á pesar de un asedio continuo á la Iglesia católica y á la disidencia presbiteriana por la iglesia oficial; á pesar de rescriptos semejantes á los del emperador Carlos, y de verdugos tan implacables como nuestros inquisidores; el clero anglicano, servido por la dinastía de Tudor, no pudo nunca impedir el predominio en Escocia de los puritanos, el predominio en Irlanda de los católicos, el predominio en Gales de los metodistas. Región esencialmente céltica esta última nombrada; con desfiladeros y montañas donde la independencia individual se arraiga y la vieja tradición de tribu y secta se robustece cada día más; dirigida, en lo antiguo, por bardos, especie de sacerdotes que componían dogmas en poemas y cánticos acompañados por sus cítaras; donde severo culto á los muertos y supervivencia de las almas reconocida por todos patentizaban la profundidad y viveza de un grande sentimiento individual, no podía en el período de la Reforma conformarse con el dogma cortesano concebido por las pasiones, más que por las ideas del famoso Enrique VIII, y se atuvo á la forma y á la manera de asociación religiosa conocida con el nombre de metodista y animada por un gran espíritu evangélico. Así, en el país de Gales, como en el país de Irlanda, la iglesia británica no fué nunca una madre por todos amada, como la Iglesia católica en Francia y en España; fué una madrastra, de la cual renegaban los que debían llamarse sus hijos con los labios y desmentían esta filiación psíquica en los corazones. Durante los tiempos de sujeción material á los reyes, aparecía cosa fácil obtener esta sujeción á la iglesia por los reyes decretada é impuesta con rigor á sus rendidos vasallos, no creyéndose obediencia bastante la externa, si no provenía de la interna, ofrecida con devoción al clero anglicano. Cuando los celtas de Gales, hijos de aquel terruño, se oponían á nombre de su nobleza



hereditaria y de sus orígenes prehistóricos al yugo inglés, Inglaterra los sometía tras sus triunfos con soberano esfuerzo, no solamente á la monarquía de los reyes históricos, á la iglesia de los sacerdotes anglicanos; pero esto no puede ser ahora, cuando el gobierno sólo pide á los súbditos la obediencia externa y el reconocimiento expreso de las leyes, dejándolos pensar, creer, decir, enseñar, asociarse á su guisa bajo instituciones tan amplias, que ningún ciudadano ha menester entregarles, ni la razón individual, ni la conciencia, en virtud y por obra de lo cual puede ingresar en cualquier iglesia ó secta que respete los principios universales de la moral y del derecho. Así, el país de Gales perderá, y perderá pronto, su anglicana iglesia.

#### IV

Pero estas y otras medidas no pueden tomarse mientras la oligarquía nobiliaria, reunida en el Senado, coja el veto desasido de la corona y lo alze contra todo progreso con tenacidad rayana en monomanía de suicidio, pues no considera cómo nada sus resistencias han valido contra una victoria definitiva del derecho y de las públicas libertades, en todos los antiguos litigios entre su voluntad privilegiadísima y la soberana é inapelable voluntad del pueblo. Así, los términos del problema político inglés se resumen todos ellos ahora en lo concerniente á las alteraciones y reformas aplicables por el voto de la nación á los lores. Hace ya mucho tiempo que se planteó el problema político de tal suerte allí; hace ya mucho tiempo. Los radicales extremos aseguran la caducidad en el sentimiento público de la Cámara alta, retenida en sus privilegios por el amor exaltadísimo de Gladstone á la vieja constitución histórica, no obstante sus determinaciones en favor de



los más radicales progresos. Así, nos extraña y maravilla mucho á todos los liberales y demócratas del Continente que Chamberlain se haya propasado á mantener una moción favorable al patriciado, de quien fuera toda su vida enemigo tan tenaz como ardiente. Allá en buen hora desempeñe ministerio como el de vocero por la Cámara patricia un tory de abolengo, Balfour, pero desempeñarlo un radical, á quien le parecía estrecho el antiguo partido wigh, francamente nos parece un misterio, no conciliable con historia que ha sido largo tiempo estado natural de su conciencia y de su espíritu. Mas así lo ha querido el hado, y Chamberlain se ha puesto en el sitio propio de un reaccionario empedernido para obtener del Parlamento un voto condenatorio del gobierno. Ya, días antes, en los mil medios tentados por la minoría numerosa que compone la oposición para conseguir los escasos votos que dan la mayoría legal á los ministeriales, llevóse aquélla tras sí el grupo irlandés intransigente que sigue á Parnell muerto, y estuvieron á punto de votar, en daño del gobierno, todos los reaccionarios las exageraciones y las impaciencias y las venganzas celtas. Con mayor motivo y razón habían de reunirse y concentrarse ahora en torno del buen Chamberlain. Pero ¿quién podía sufrirlo al verle orar en pro de aquello mismo que había desde sus filas radicales combatido con una tan porfiada insistencia en tiempos ya olvidados? Así el ministro de la Gobernación, Acquit, cogió las palmetas y le propinó una de palmetazos que le pusieron entre roja y morada la mano. El había presentado la Cámara de los lores como una rémora del progreso humano y como una barricada donde todos los privilegios se reunían para combatir á todos los derechos. El había la llamado arbitraria sin fijeza, vanidosa sin motivo, resistente sin fuerza, obstruccionista sin objeto. Así, las mayores invectivas pronunciadas contra el santuario donde la reacción ahora se refugia, salieron de su boca, que fluía discursos de oposición radical á los lores sin término y sin medida. Pero Chamberlain ha encarnado en su



persona la doctrina del tercer partido que defendiera el noble radical Churchill, de un partido al mismo tiempo conservador y socialista. Con el pretexto de las reformas sociales y su problemática urgencia, se interpone audaz entre la Cámara noble y la opinión inglesa. Mas el pretexto se desvanece al menor examen. Si no puede realizarse ninguna reforma política sino después de realizadas las reformas sociales, llevan aquéllas para rato en las largas que á todo cumplimiento y realización oponen éstas. Y las reformas decantadas por Chamberlain, ó tienen, ó no tienen carácter democrático. Si tienen carácter democrático, no las aceptará el patriciado. Y si no tienen carácter democrático, no serán reformas. Debieron obrar con mucho poder las observaciones de Acquit en el ánimo de la mayoría cuando se mantuvieron los catorce votos disciplinadísimos que vencen á los conservadores é impiden la reacción. Como muchachos en la salida de su escuela para vacaciones se portaron los graves representantes de Inglaterra vociferando la victoria, con gritos los vencedores, y la derrota con protestas los vencidos, hasta dirigirse mutuas invectivas y enseñarse los puños. Pero todo puede pasar en paz allí donde la prosperidad general crece de un modo que asombra; no obstante la crisis agrícola y los dispendios traídos por gastos tan enormes como los que al presupuesto de Marina lleva el exceso patente de las empresas coloniales. Harcourth ha heredado en maestría para componer presupuestos y en elocuencia para defenderlos al mismo Gladstone. Inglaterra tendrá en la penuria universal de los Estados europeos, hundidos bajo sus larguezas con la paz armada, un presupuesto de crecidos excedentes, y podrá, en virtud de tal ventaja, descargar de tributos aquellos artículos tributables que conciernen al pueblo, medio más práctico y saludable de mejorar las condiciones sociales de Inglaterra para los jornaleros, que todas las declamaciones y todas las utopías del bando comunista, quien representa las especies exterminadoras, y no aquellas que trabajan, y producen, y crean.



## VI

Están los alemanes en plena reacción. El recibimiento dispensado por el César á los campesinos en una entrevista, demuestra los regresos sistemáticos de la política imperial hacia los ideales y hacia los tiempos reaccionarios. No hay en parte alguna un feudalismo antiguo tan poderoso y tan arraigado como en las tierras germánicas. Ha predominado mucho el carácter militar y con el carácter militar los elementos feudales. Hoy se añora el partido liberal alemán de su grande canciller Caprivi, que prestara dos tan grandes servicios como haber suspendido las leyes de excepción esgrimidas por Bismarck y haber abierto las fronteras del pueblo alemán en lo posible á las manufacturas y productos del comercio libre. Y así la reacción, subsiguiente á su política, representada por un canciller de origen bávaro y de religión católica, se ha patentizado por dos medidas tan significantes como las solemnes promesas de protección á los agrarios y las leyes represivas, que, so color de atacar al socialismo, atacan al derecho, y creyendo limitar la libertad, limitan la humana conciencia y ahogan el humano pensamiento. A un pueblo de tan fácil composición en las libertades como el alemán, quien posee un pobre pero altísimo patriciado científico, el cual permite vaya la tierra por donde á sus dominadores les plazca sin pestañear con tal que les dejen ver arriba los espacios de las ideas y entroniza sin dificultad cuantos reyes deseen reinar con tal que le dejen destronar á todos los dioses imaginables, no se le puede pedir más, y antes que merecer freno, merecería seguramente acicate. Son unos pacatos nuestros reaccionarios en compa-



ración de los reaccionarios alemanes, que saltan, no sólo sobre las monarquías constitucionales, sobre las absolutas del siglo XVI y XVII, sobre las filosóficas del siglo XVIII para caer en plena Edad Media, como si no hubiese Copérnico todavía calculado su sistema de astronomía, Lutero dicho sus arengas de revolucionario, Erasmo y Hohen preparado la risa de Voltaire y Federico el Grande sido precursor de todos los revolucionarios. Con motivo de la ley represiva, sucédense allí las proposiciones más extravagantes, mantenidas con una seriedad sin igual en aquella región de la conciencia emancipada, é incomprensibles para nosotros los hijos de esta española región, á quien llaman madre de las Inquisiciones sus enemigos, y que aventaja hoy en libertad para el pensamiento y la palabra, como en tolerancia para con las ideas y su libérrima expresión, á todos los pueblos del planeta juntos. Un buen señor se ha permitido proponer que se castigue cual un crimen el negar la existencia de Dios, en todos tiempos negado, y en todos tiempos esclareciendo á quien le niega sin escrúpulo con su increada luz y avivándolo con su creador espíritu. Una ley persiguiendo de muerte á quien desconoce el ser de Dios, me parece tan ridícula como una ley persiguiendo de muerte á quien desconozca la lumbre del sol. Así, los verdaderos liberales, que habían dejado pasar sin vivas protestas las leyes de represión por referirse á los cuitados socialistas, experimentan ya hondas alarmas y reclaman el derecho para todos, sin exclusión de nadie y sin excepciones odiosas, como es odioso siempre lo generado por el miedo en sus epilepsias. Lo mismo el sabio Virchow que su colega de universidad, el economista Wagner, comienzan á sentir y á comprender cómo la nueva ley amenaza con su filo á todos y puede con sus violencias perturbarlo todo. Y en verdad que hay motivo para el recelo de una reacción violenta, que pudiera llevar muy atrás los ánimos, exponiéndolos á esos saltos mortales de un extremo á otro extremo, funestísimos para los pueblos. Un día se levanta Herberto Bismarck y lleva más



allá de lo lícito sus tendencias proteccionistas, y otro día un periódico bávaro propone que se constituya un reino en Alsacia y Lorena, para tener corona que forjar y que darle á la dinastía de los Bismarcks, como si no estuvieran los alemanes al cabo con un Guillermo II de los cambios bruscos que suelen atraer al Estado y al gobierno los cambios bruscos del derecho hereditario. Y si á esto se une la idolatría de todos los reaccionarios germánicos por Guillermo después de haberlo comparado con Calígula, no hay en verdad grandes motivos para felicitarla, corroborándonos las enseñanzas que nos da y los espectáculos que nos ofrece á diario Alemania en la costumbre de pedir á Dios que nos libre de las revoluciones del cesarismo. En medio de todo el Reistacht nos ha compensado de tales angustias con un espectáculo consolador y confortante. Un joven representante de Colmar se ha levantado en aquel Congreso germánico para decir palabras dictadas por una grande fuerza de voluntad y por un vivo esplendor de conciencia en pro de Alsacia y de Lorena. ¡Qué maravilloso moral heroísmo, irguiéndose frente al opresor para volverse contra su insoportable autoridad y en favor del derecho de los oprimidos! ¡Cuál ironía describiendo las asambleas de alcaldes nombrados por imperial orden y de notarios adscritos á la triste administración pública con encargo de loar al gobierno y festejar al Emperador! ¡Con cuál energía pasa del sarcasmo á la invectiva y dirige una provocación al gobierno para que le manifieste dónde y cómo, en qué región civilizada del planeta y en cuál de los pueblos cultos existe una grey humana entregada, como los alsacianos y loreneses, á la voluntad omnipotente de un hombre todopoderoso! Cuando cuenta las persecuciones sufridas por los buenos ciudadanos, la supresión de muchos diarios sin motivo, los lustros de prisión infligidos á pobres artistas que canten la Marsellesa, el éxodo casi diario de familias enteras que van en busca de su antigua patria y del seno de la cual no ha podido separarlas una dominación de veinticinco años, las arbitrariedades emplea-



das en arrancarles el francés á las lenguas que inconscientemente lo hablan, el paralelo entre la dulzura de Francia con sus provincias y la dureza de Alemania en sus conquistas, la imposibilidad de germanizar á quienes creen sometidos por fuerza, pero no porque hayan ganado ellos ni la más humilde voluntad, su elocuencia se levanta en vuelo y acentuación al hablar de los profetas y tiene la concisión sublime de una filípica y las indignaciones ciceronianas contra la tiranía de Marco Antonio. ¡Divina y creadora palabra que penetra en los eslabones y dora con esperanzas las cadenas!

## VII

Mas no merece tan sólo Alemania en el Norte nuestro interés y atención; merécelo también el curioso litigio empeñado entre Noruega y Suecia, en el cual su rey Oscar, metido bajo el martillo y sobre el yunque, recibe cada golpe que lo tritura y lo aplasta. Cuatro votos de mayoría tienen los radicales en el Parlamento; y á pesar de tal suma, sobrada ó bastante á Rosebery para gobernar en Inglaterra, no se alzan al gobierno, dejándolo en poder de quienes lo ejercen por voluntad omnímota del rey, con unas deferencias hacia éste que ocultan amenazadoras rebeldías. Oscar no hace más que poner en paz á Suecia y Noruega; pero estos dos pueblos, unidos como los hermanos siameses, no hacen más que reñir uno con otro é indisponerse con furia mortalmente. Querían los noruegos sus consulados aparte, so pretexto de que representan el comercio, no la política; y cuando estaban en vías de composición y arreglo los dos gobiernos á este respecto, se levanta de nuevo la peticionaria Noruega pidiendo una representación di-



plomática, que no se cree Oscar en el caso de conceder, porque ya esto implicaría una separación irreparable y definitiva entre ambos pueblos. En porfías, en competencias, en litigios así, el tiempo corre, y no se arregla y no se conviene nada. Noruega dice que ella es republicana y Suecia monárquica; ella democrata y Suecia nobiliaria; ella librecambista y Noruega proteccionista; ella de inclinaciones á Francia y á la República francesa, mientras Suecia de inclinaciones á Germania y á la triple alianza; por lo cual no puede continuar ni el matrimonio de razón á que les obligara en otros días la Santa Alianza, sin tomar ésta para cosa ninguna en estima ni su espíritu, ni su voluntad, ni su conciencia, ni su naturaleza, ni su historia. Si debates así entre pueblos meridionales pudieran surgir, iríamos á las manos y estaríamos ya en pleno período de guerra civil implacable. Pero hay en las complejiones boreales un fondo indeleble de paciencia y de conformidad con las desgracias frecuentes en política, del cual no puede formarse idea nuestra impaciencia meridional. Noruega y Suecia, en mi sentir, agotarán todos sus recursos antes de apelar á un divorcio, y por el divorcio á una guerra. No puede negarse, no, el fenómeno á la vista patente cuando de los pueblos boreales se trata, y es á saber: que siendo, por los pocos factores componentes suyos, de una sangre mucho menos mezclada y mucho más una que la nuestra, no tienen las afinidades entre nosotros establecidas por el calor de las exaltadas pasiones del corazón y por la viveza del éter de la inteligencia. Un ejemplo, muy aplicable á Noruega, esclarecerá esta verdad. Compónese lo que llamaremos temperamento británico de celtas, pictos, sajones, normandos, bien al revés del nuestro, que se compone de celtas, iberos, celtíberos, cántabros, helenos, vascos, latinos, godos y vándalos y suevos, berberiscos y árabes, de mil factores diversos y aun opuestos. Pues bien; el pueblo y el territorio británicos no han hecho de tan pocos factores una verdadera nación; todavía están por sumarse Irlanda y Escocia y Gales en una superior personali-



dad; mientras familias tan diversas como las razas extendidas en el espacio y dilatadas en el tiempo hispanos, han formado una sola nación, cuyos hijos á una sienten los afectos patrios, comunes desde los Pirineos hasta la Patagonia, dondequiera que se hallan, cual si la patria compartiese entre todos y á todos transmitiera su alma única, trocándola en el alma y espíritu donde respiramos como en nuestra imprescindible atmósfera. Tan cerca como están Suecia y Noruega, tan unos como son todos aquellos escandinavos, todavía no han constituido una sola patria.

## VIII

Lucha sorda entre los escandinavos, que se creen á sí mismos, no sólo arios, padres de los arios, según los últimos progresos de la filología y de la etnología, que deriva del polo europeo la raza proclamada por todos hasta hoy descendientes del Himalaya ó del Indo; y lucha terrible, directa y cruentísima entre los amarillos del Japón y los amarillos de China. No sabemos aún si China llegará de algún modo á reponerse; no sabemos tampoco si el alejamiento de su base de operaciones debilitará mucho al Japón en sus correrías dobles hacia Musden, la ciudad madre de los emperadores tártaros, y hacia Pekín la corte; pero sí diremos cuán unánime aparece ahora el recelo por la integridad y la unidad del Celeste Imperio, condenado á segura muerte. Creía esta región que se lograba, con sólo quererlo, vivir fuera de la humanidad, y hacer del imperio propio un trozo desgajado del planeta é inaccesible así á las solicitudes varias del comercio como á los asaltos del combate. Por las líneas del Norte una muralla, semejante á grande cordillera,



le preservaba del conato de irrupción fácil entre los bárbaros de allende, y por las líneas del mar le preservaba del conato de comercio, fácil entre los civilizados, otra cordillera de leyes; la prohibición de toda comunicación ó todo comercio con los demás pueblos. Así, para el chino verdadero no hay más que un solo imperio en el planeta, su imperio celeste; no hay más que un solo emperador, su hijo del Sol; y todos los espacios, así terrestres como marítimos, están sujetos á su dominio, y todos los hombres, así negros como blancos y amarillos, son vasallos de tal emperador y tributarios de tal imperio. En estas ilusiones, un día, no muy lejano aún, las tropas del César francés y de la reina británica, de Napoleón III entonces reinante y de María Victoria, penetran en el imperio y lo rompen como se puede romper un vaso de su frágil porcelana, y le imponen extrañas condiciones derogatorias de su antiguo aislamiento. Antes el temerario arrojo y la necesidad del apostolado había impelido misioneros de las iglesias cristianas á su seno, como la fuerza expansiva del comercio instalado factoría cual Hong-Kong, por cuyos mercados pasan millares de millones al año en productos y en cambios. Pero no han sido tan sólo el comercio y la religión quienes han turbado la paz de aquella momia, y la han puesto de pie, mal de su grado, dentro del panteón donde yacía; también la conquista continua, diaria, tenaz, ha ido recortándola y disminuyéndola sin piedad. Rusia, con extenderse por la Siberia china y arrancarle así la vena del Río Amor, como la bahía de Pedro el Grande, nombre de acaparamiento y de conquista; Francia, despojándola del Tonkin, á lo cual nosotros le ayudamos, y alzándose con la tutela suya sobre Anam, hasta obligarle á retirar sus viejos pabellones negros, cuyas piraterías tanto aprovechaba; Inglaterra, descoyuntando de su esqueleto la Birmania, so pretexto de guarecer y salvar su frontera india; el mismo Imperio, con instintos de suicidio, el mismo Imperio chino, destruyendo los Tie-pongs hasta exterminarlos, en quienes tenía una fuerza molestísima para lo interior,



pero en los conflictos exteriores formidable; Corea, con sus incertidumbres, poniéndose unas veces al lado de Inglaterra contra Rusia, y al lado de Rusia contra Inglaterra otras; propendiendo unas veces al Japón y otras veces á China; por tal modo rompieron y destrozaron aquella gente, que insulares de actividad tan extraordinaria como los súbditos del Mikado, expertos en guerra y marina, de sumas riquezas por su industria y por el contacto mercantil con las naciones cultas, hanla emprendido contra la víctima de tantas desmembraciones, y atropellándola con bruscos golpes, han empeñado esta campaña doble, por tierra y por mar, la cual no concluirá, como no les reconozcan la supremacía en el territorio coreano disputado, no les adjudiquen la isla de Formosa deseada, no les retribuyan largamente con una indemnización tan crecida que haga de los celestes unos tributarios del poder suyo, tomando así predominio grandísimo en todas las razas paridas por la fecunda madre Mongolia, cuyas entrañas generan pueblos y soldados, parecidos por su número y por su crueldad á moscones epidémicos y á voraces langostas. Así, no puede maravillarme que tal aplicación se comunique al Africa y que las razas negras se agiten al igual de las razas amarillas. Pero nosotros, los europeos, tenemos el deber de llamarlas á nueva vida por el ascendiente de las ideas, y no por el filo de la espada, sembrando en paz los gérmenes de su cultura, indispensable á la libertad y al progreso.

EMILIO CASTELAR.



# LA PRENSA INTERNACIONAL

---

## Enrique Heine en París

(SEGÚN DOCUMENTOS INÉDITOS)

---

Qué fué del famoso «legajo» de Heine, del cual tanto se habló en 1872? Publicóse por aquel entonces un libro de Enrique Bordier: *Alemania en las Tullerías, de 1850 á 1860*. Fundándose en documentos hallados en los Archivos existentes en poder de Napoleón III, el autor publicaba los nombres de todos los alemanes que tuvieron relaciones íntimas con la Intendencia imperial. Entre otros, figura allí un curioso documento que relata las conferencias habidas entre cierto caballero de Fiedland, cuñado de Lassalle, el célebre socialista, y el duque de Grammont, embajador de Francia en Viena. El Sr. de Fiedland llegóse un día á proponer al duque la compra de unos documentos dejados por Heine y propiedad de la mujer de aquél, por 30.000 francos. Esos documentos (decía el duque de Grammont, en su informe enviado al emperador) constaban de un manuscrito titulado *Napoleón III* y dirigido contra el emperador, sesenta y siete poesías con ataques contra el rey de Prusia, y una voluminosa corresponden-



cia entre Heine y Thiers, Guizot, Michelet, Mignet, la princesa Belgiojoso, Miguel Chevalier, etc. Napoleón III no hizo caso de ese ofrecimiento, como lo ha probado también un crítico alemán, el Sr. Strodmann. Pero, ¿qué fué del famoso legajo?

Esta cuestión ha preocupado vivamente al Sr. J. Legras, distinguido profesor de Burdeos. Partiendo de su convencimiento de que la larga residencia de Heine en París (desde el mes de Mayo de 1831 hasta Febrero de 1856) por fuerza tenía que haber dejado más huellas de las que se encuentran en la correspondencia póstuma del poeta, el Sr. Legras hizo una concienzuda rebusca acerca de este particular.

Dirigióse ante todo á las personas capaces de conservar algunos recuerdos ó documentos; pero, fué en vano. Así, Xavier Marmier no tenía en su casa sino la traducción de un poema *inédito*, que se ha publicado dos años después; Taine, tan grande admirador del poeta, no le conocía personalmente; lo mismo pasaba con Julio Simón y Bartolomé Saint-Hilaire. La Sra. Furtado-Heine ni siquiera tenía una línea de puño y letra de su ilustre primo. Pero la casualidad ha permitido al Sr. Legras dar con un tesoro desconocido.

Como cierto día se hablase en casa de Taine de los apuros del Sr. Legras para encontrar documentos inéditos acerca de Heine, exclamó el Sr. J. Bourdeau que él tenía en su casa un montón de cartas y documentos inéditos: el Sr. Michel Levy, editor de Heine, se los había entregado con el fin de ver si habría medio de publicar, con ayuda de esos papeles, una nueva obra acerca de Heine.

El Sr. Bourdeau entregó ese legajo de cartas y documentos al Sr. Legras, quien se puso á clasificar los revueltos papeles, y halló entre ellos tres clases de documentos: 1.º, poesías, ó más bien trozos fragmentarios; 2.º, traducciones al francés de las obras de Heine, con correcciones hechas por el autor, y 3.º, cartas y borradores de cartas.

El Sr. Legras nos ofrece en la *Deutsche Rundschau* el análisis de esos documentos inéditos. Dando de lado á las dos pri-



meras partes de su descubrimiento, que no pueden presentar gran interés, por consistir en traducciones francesas de obras alemanas y en fragmentos de poesías publicadas íntegras, entresacaremos de la correspondencia inédita de Heine todo lo que en ella merezca señalarse.

Las cartas inéditas de Heine, publicadas por el Sr. Legras, son de tres épocas diferentes de la vida del poeta: del año 1835 á 1836, del 1844 y del 1855.

Las cartas de la primera época hablan de las relaciones entre Heine y la encantadora princesa Belgiojoso y los que á ésta rodeaban. Su conocimiento data del año 1831, cuando en los salones de Lafayette se encontraron la princesa y el joven poeta, recién llegados los dos á París.

La joven princesa, de veintitrés años de edad entonces, produjo intensísima impresión en Heine; quien aceptó con júbilo formar parte de la tertulia de la princesa, cuando reintegrado el príncipe en sus bienes, confiscados en otra época por el Austria, permitió á su mujer que abriese en París uno de los salones más interesantes y más influyentes de aquel tiempo. Entre los mejores amigos de la casa figuraban Thiers, Liszt, Agustín Thierry, Alfredo de Musset, Enrique Heine, Victor Cousin, Ary Scheffer, y, por último, Mignet, el hermoso Mignet, que se anticipó á Heine en los favores de la princesa y llegó á ser su amigo íntimo titular.

A pesar de eso, las relaciones entre la princesa y Heine eran de lo más cordiales y hechiceras. Júzguese por la siguiente esquelita, que la *Deutsche Rundschau* nos ofrece en su texto primitivo, es decir, en francés:

«Su esquila, princesa, es muy clara y la he comprendido muy bien, con mucha exactitud, aun cuando exhala un perfume de amabilidad que se me sube á la cabeza y me trastorna un poco las ideas. Comprendido: y mañana estaré á las diez y media en casa del Sr. Mignet, para ir con él á la del Sr. Thiers. Estoy encantado de que el Sr. Mignet se tome tan-



tas molestias por mí; estoy lo que se dice encantado: cuando se quiere hacerse amar por alguien, es preciso darle ocasiones de prestarnos servicios.

»Señora, no es posible ser más hermosa que V. lo es en cuerpo y alma.

»ENRIQUE HEINE.

»Paris, 11 de Abril de 1835.»

Llegamos aquí á uno de los acontecimientos más dolorosos de la vida de Heine. Reducido á la miseria, perseguido por el gobierno alemán, el poeta creyó posible dirigirse al gobierno francés para conseguir una pensión. Sabido es que esa pensión, cobrada en Francia, arrebató á Heine todas las simpatías alemanas, y que, hasta en los momentos actuales, la violenta oposición promovida en Alemania contra la erección de un monumento á Heine se funda, sobre todo, en ese hecho vituperable de su vida. También aquí hemos creído necesario defender la memoria del poeta de las calumnias expuestas acerca de este asunto por el Sr. E. Grenier en los tan interesantes *Recuerdos* de su vida. El Sr. Legras, con una elocuencia y un buen deseo que le agradecerán los admiradores del infeliz poeta, se esfuerza en restablecer la verdad. Sí, es cierto, dice, que Heine se hizo conceder una pensión por Francia; pero, ¿era con el carácter de espía y de traidor á su patria, como lo pretendieron sus enemigos? De ninguna manera. La carta copiada más arriba (11 de Abril de 1835), ¿no prueba que el poeta, ó más bien sus amigos, aprovecharon sus relaciones con el Sr. Thiers para hacer que éste le concediese la pensión? El mismo Heine cuenta en su *Explicación* (1848), que, á consecuencia de estar prohibidas sus obras en Alemania, Francia le concedió la «subvención».

La princesa Belgiojoso, Mignet, Thiers: estas son las influencias á las cuales debía la liberalidad del gobierno. Añadamos que Agustín Thierry, que fué también uno de los constan-



tes contertulios del salón de la princesa, recibió al mismo tiempo su subvención, como lo prueba la lista publicada en 1848 por la *Revue retrospective*.

¿Y la suposición de que Guizot había comprado por 4.800 francos anuales la pluma y la conciencia de Heine? Con algunos sólidos argumentos, el Sr. Legras nos prueba que no es sino una de esas calumnias que se inventaron de cabo á rabo:

«El Sr. E. Montégut, que conocía mucho á Thiers y á Enrique Heine, dióme un día formales seguridades de que el mismo Thiers le había dicho haber concedido una subvención á Heine. Esta es una prueba importantísima; he aquí otra que no lo es menos. El hijo del gran ministro, el Sr. Guizot, me ha contado á su vez que Thiers rogó en 1840 á su padre que tuviese á bien seguir pagando su pensión al poeta alemán, á quien se la había concedido él algunos años antes. Añade el Sr. G. Guizot que este hecho está confirmado por documentos que en su día se publicarán y por una carta gratulatoria dirigida por Heine á mi padre.»

Esperamos que esta defensa del poeta, según la presenta el Sr. Legras, destruirá la leyenda calumniosa creada por los enemigos de Heine. Pero prosigamos entresacando de la correspondencia encontrada por el Sr. Legras. He aquí algunas muestras de ella:

«Tengo la honra de dar los buenos días á la bella princesa y devolverle la novelita de Sand. La linda mujer á quien vi ayer en casa de V. tiene un encanto, un *ángel*, que me conmueve de un modo extraordinario... Me hace daño en el alma despierta en mí adormecidos dolores, es dolorosamente buena, es desmedidamente pícara; la deseo y no la deseo; esto es un encantamiento. Si no fuese V. á burlarse de mí, diría que la tengo por una hechicera. Pero V., señora, es un entendimiento descreído, y trata de superstición todo lo que no es burlesco ó ecléctico.

»Su devotísimo servidor

»ENRIQUE HEINE.»



En 1835 encuéntrase Heine en Boulogne, y desde allí escribe á Mignet (2 de Diciembre):

«No me olvide, querido Mignet. Siempre me han hablado haciéndose lenguas, de la constancia de su carácter; hanme dicho que su alma es menos tornadiza que la de los demás galos. Pruébemelo V., y no me olvide, aun cuando hace ya cuatro meses que salí de París. Con facilidad adivinará y aprobará V. las razones de este voluntario destierro; me ha de ver V. curado por completo, y limpio el corazón de las manchas dolorosas...

»Recuérdeme á la memoria de la princesa. Sé que durante mi ausencia no piensa ni remotamente en mí, pero no me quejo de ello. Harto hace por mí con reservarme una de sus sonrisas amistosas... No la escribo, para no provocar una respuesta. Es joven y hermosa, hermosísima é inteligente, y ha comenzado ya en París la temporada de los placeres... Sería yo un monstruo, un bárbaro, un *tedesco* si quisiera robarla uno de sus preciosos instantes. Allá, algún día, cuando aún sea ingeniosa y princesa y me convierta yo en su Ballanche (1), la escribiré largas epístolas, y me contestará con páginas enteras...»

Cuando alude á la cura de las dolencias de su corazón, refiérese á sus relaciones con Matilde, vistas con malos ojos por sus amigos y la princesa á la cabeza de éstos. Pero en vano quería curarse: sus lazos con Matilde iban apretándose cada vez más; y el poeta concluyó por casarse con ella, sin indisponerse con la princesa, quien le perdonó de todo corazón.

La carta de 1.º de Septiembre de 1836, dirigida desde Amiens á Mignet, contiene esta curiosa alusión á Thiers:

«Espero que no se le habrá olvidado á V. decir á Thiers que le admiro y que cada vez le quiero más. Le quiero de veras. Sin embargo, como patriota alemán que soy, no siento su salida del ministerio, donde ha sido realmente peligroso con sus

---

(1) Filósofo místico (muerto en 1847), del cual decia Heine que pasó toda la vida á los pies de la señora de Recamier, y escribió volúmenes que nadie quiere leer y que todo el mundo elogia.



medidas positivas; acaso hubiera conseguido ahogar la revolución en Europa... Me ha dejado pocas esperanzas de poder describir nuevos cambios sociales y de llevar á cabo grandes empresas. El tenía esa inaudita fortuna de ser al mismo tiempo historiador y hombre de acción. Los historiadores venideros le agradecerán el haber probado al público que un gran historiador puede ser al mismo tiempo un gran ministro... Esos señores se vanagloriarán del renombre de él: la Historia hablará siempre bien del Sr. Thiers.»

De regreso en París, Heine permanece allí brevísimo tiempo. La ictericia que por aquel entonces padece le obliga á ir á Aix-les-Bains, y desde allí escribe á la princesa (en 30 de Octubre de 1836) una larga carta, donde pinta el infeliz estado de su ánimo. Reinaba un frío intenso, y de ello se queja amargamente el poeta, que había ido en busca de calor. Entresacamos de esa carta algunos de los párrafos más curiosos:

«...He visto la catedral, señora, y las cosas notables que allí se hacen admirar, como por ejemplo: las cuatro columnas romanas que antaño formaban parte de un templo de Apolo y que hoy sustentan una capilla cristiana. Ya ve V. cómo hasta las piedras se ponen al servicio del partido vencedor, sin tener nuestras necesidades, sin sufrir hambre, ni sed, ni ambición...

»¡Ah! mi hermosísima y óptima princesa, ¡cuánto más enfermo aún estoy del alma que del cuerpo! Está la ictericia en mi corazón, y tiñe todos mis sentimientos y todas mis ideas... En vano quiero luchar contra mis dolores: gastan coraza, y las mejor templadas armas de mi razón nada pueden contra ellos...

»Sólo corporalmente estoy en Aix: mis pensamientos están en otra parte, casi siempre rondando en torno de un castillo sito en un ribazo entre Rueil y Bougival...

»Es V. la persona más perfecta que en el mundo conozco. Sí; antes de haberla visto, creí que seres tan favorecidos



como V. sólo se encontraban en los cuentos de hadas, en los ensueños de los poetas...

»No pongo las señas de mi domicilio por ahorrar á V. la molestia de escribirme. Basta que no se olvide de su pobre amigo

»ENRIQUE HEINE.»

Pasemos en silencio las otras cartas, que casi no tienen interés desde el punto de vista de su contenido, ni de su forma literaria. Las pocas cartas halladas y dirigidas á Matilde son más bien esquelitas de negocios, con algunas apasionadas alusiones á su amor. Sigue la carta de 19 de Diciembre de 1844, dirigida á Campe, y en la cual hace á éste durísimos cargos con motivo de su falta de honradez:

«En el invierno último vendí á V. mi nuevo tomo de poesías, que debía contener *Atta Troll*, por 1.200 marcos (1.500 pesetas). Recordará sin duda que V. fué quien me había propuesto ese precio, aun cuando cualquiera otro editor me hubiera dado cuatro veces más (aquí me han ofrecido 10.000 francos, en el acto); además, hasta 1878, tenía que recibir de V. 200 marcos (250 pesetas) anuales.»

Sigue una larga serie de cifras, que tratan de probar que Campe se condujo con Heine como un verdadero canalla, lo cual fué Campe toda su vida, por supuesto.

Aquí concluye la correspondencia del primero y del segundo períodos.

Las cartas del año 1855 son mucho menos curiosas. El poeta está ya casi al final de su largo calvario. Debilitado por la enfermedad que desde siete años antes le tenía postrado en cama, casi no podía tener la pluma con los dedos. A pesar de todo, escribe trazando gruesas letras, que aún recuerdan su hermosa escritura de otros tiempos.

La mayor parte de la correspondencia encontrada por el Sr. Legras redúcese á una serie de esquelas dirigidas á su editor Michel Lévy. Este último iba á publicar una edición com-



pleta de las obras de Heine, en francés, y el poeta veíase constantemente obligado á escribirle acerca de las modificaciones que deseaba introducir en el texto. Véase una de esas modificaciones que envía á Lévy en su carta de 23 de Junio de 1855:

«Los israelitas de la nueva generación aún son más tacaños que sus padres; me inclino á creer que entre la juventud dorada de Israel hay más de un millonario que acaso vacilase en dar 100 francos, si á ese precio pudiera salvar de una carrera de baquetas á toda una tribu de beduinos correligionarios suyos.»

En el paquete de cartas dirigidas á M. Lévy sólo hay una que tiene cierto interés: aquella en que el poeta le escribe que vaya á la redacción de *Los Debates*, vea á Cuvillier-Fleury y le diga de su parte que no se le ha pasado por las mientes atacar á Guizot en su *Lutecia*. No le sirvió eso de gran cosa, por supuesto; porque, al aparecer la *Lutecia*, Cuvillier-Fleury consagró á Heine uno de los artículos más mordaces é ingeniosos que brotaron jamás de su pluma. Mucho debió de escogerle á Heine; pero su muerte, acaecida poco tiempo después, impidióle responder al crítico de *Los Debates*.

Con profunda tristeza se recorren la continuación y el fin del curioso estudio publicado por el Sr. Legras en la *Deutsche Rundschau*. Nuestros lectores recordarán, sin duda, que el Sr. Legras ha descubierto una serie de documentos que prueban de un modo innegable cuán injusto era *acusar* al gran poeta de hallarse á sueldo de Francia. Pero, ¡ah!, existe en esa serie de documentos una carta dirigida por Heine á Miguel Chevalier que amortigua un poco la importancia de la anterior defensa, y presenta bajo un aspecto poco favorable las relaciones del poeta con los grandes capitalistas parisien- ses... Está fechada en el año 1855, y dice así:

«Mi carísimo y óptimo Miguel: Mucho bien me hizo su visita. Estaba abatido y sin ánimos; ahora no estoy más que confuso. ¿Qué quiere V.? La desmedida copa estaba llena, y



el negocio Pereire era la gotita que la hizo desbordarse. Como hombre que soy, me sentí herido en mi amor propio y en mis intereses pecuniarios, herido á la vez en los dos tendones vulnerables en un Aquiles moderno. Me acusé de haber cometido una bajeza, y, lo peor de todo, una bajeza de balde. Era ridículo á mis propios ojos, tonto de capirote, al haber podido creer en una consideración hacia el mártir del espíritu por parte de uno de los *grandes señores* de la materia.

»Si aún tiene V. intención de hablar de mi asunto con el Sr. Pereire, tenga V. la bondad de recordar cómo le he rogado que le diese gracias en mi nombre, y de decirle que siempre me considero como deudor suyo, no obstante su conducta para conmigo. Tenga V. la amabilidad de preguntarle si no recibió siete semanas ha mi primera carta, en la cual confesábale que la necesidad del pan cotidiano me obliga á gastar las fuerzas en trabajos improductivos, cuando pudiera utilizar los pocos días de vida que aún me quedan en concluir mis *Memorias*, que he comenzado ya á escribir, y cuya publicación durante mi vida no podría serme útil de ninguna manera. Por eso supliqué al Sr. Pereire que me facilitase los medios suficientes para poder dedicarme durante un año exclusivamente á esa obra, en la cual hallaría él motivos de personal satisfacción, pues intereses que también son suyos se tratarán en ella de una manera brillante y convincente, con gran detrimento de nuestros enemigos comunes.

»También combato contra nuestros comunes enemigos, cuando Pereire no piensa sino en sus ferrocarriles. Créame con derecho á pedirle un pequeño favor, que hubiera podido hacerme sin abrir su portamonedas. Al destronar á Rothschild, me ha quitado además los beneficios *que le sacaba yo* bajo la forma de participación en todas las empresas. Trate V., pues, mi querido Miguel, de averiguar si su amigo Pereire recibió mi carta; de no haberla recibido, quizá tenga V. razón al suponer que en ello no hubo sino una equivocación, y que sólo por culpa de un empleado subalterno se me enviaron



veinte acciones en lugar de ciento que pedí. Sea dicho entre nosotros: siempre tiene tiempo el Sr. Pereire de deshacer su error; aun cuando he tenido la mala suerte de disgustarle, gracias á uno de mis desdichados caprichos. Heme aquí resignado á tenderle mi culpable cabeza para que la cubra de carbones hechos ascua, con arreglo al precepto del Evangelio: «Haz bien á quienes te ofendieron, y recogerás carbones encendidos sobre tu cabeza.» Emilio Pereire, que tantas minas de carbón posee, se halla mejor que nadie en circunstancias á propósito para cubrirme de carbones la cabeza; pero es preciso que la cubra con mucho carbón, pues, como V. ha visto, el poco carbón hace daño y el mucho hace bien. Y, para salir de las parábolas evangélicas, diré á V. que el comité de ferrocarriles y de las minas austriacas tiene en reserva cierto número de acciones, y que puede disponer de ellas como se le antoje una persona muy influyente, á quien he bautizado en mi *Lutecia* (que está en prensa, y enviaré á V. un ejemplar el mes que viene) con el nombre de *Pontifex Maximus* de los puentes y caminos de hierro, en una palabra, Pereire.

»No me olvide, y esté seguro de que le profeso tanta simpatía como estimación, y de que le quiero.

»H. H.»

El Sr. Legras advierte que Heine se había relacionado con Chevalier y Pereire en el *Círculo Sansimoniano*, del cual formaban parte los tres; y que el poeta creyó posible dirigirse al rico banquero que estaba al frente de grandes operaciones industriales y rentísticas. Añadamos que las ricas familias israelitas de París hacían por Heine lo que su no menos rica familia no se dignó hacer; es decir, socorrían á menudo al pobre bardo alemán. El más generoso de todos fué el señor Rothschild, á quien Heine no dejaba de disparar sus flechas. Esa participación en los negocios no era sino una especie de donativo disimulado; pues, como poco más de un tercio de siglo después, en los benditos tiempos del Panamá, los favo-



recidos con participaciones no tenían que hacer otra cosa sino cobrar los beneficios. No importa. Cuando se ve al gran poeta condenado á vivir de las migajas de esos caballeros de industria de la Bolsa, siéntese uno humillado y ofendido por él. ¡Heine participando de los negocios rentísticos, Heine reclamando su parte de bollo á los Rothschild, á los Pereire! Había sospechas de ello, y el Sr. Legras nos da una triste certeza. La cruel enfermedad que padecía el poeta, su descuido en materia de dinero, el criminal egoísmo de su opulenta familia que le dejaba morir en la miseria, esa triste moral del bohemio que con todo se conforma, y en el fondo se burla de todo, son otros tantos motivos que atenúan la culpa del moribundo.

Pasemos á las demás cartas. Es casi insignificante su interés, si se compara con el de los documentos publicados más atrás. La mayoría de ellas están dirigidas á los críticos, conteniendo fórmulas corrientes de cortesía y de admiración en vísperas de aparecer un tomo nuevo. Tal es la carta dirigida á Philarète Chasles:

«... Uno de los dos críticos serios que posee Francia (le escribe Heine). El segundo, si V. no lo toma á mal, es Sainte-Beuve, que, como V., me consagrará una nota póstuma; de suerte que podré dejarme enterrar tranquilo. El Sr. Lévy, que trabaja en estos momentos en poner en escena mi inmortalidad, enviará á V. en mi nombre la *Lutecia*, tan pronto como aparezca en francés; ese libro del cual ha hablado París durante ocho días completos (1).

»¡Ocho días! Nunca se habló tan largo y tendido de Fieschi (2), Paganini ó cualquiera otro gran artista.

»Ocupar con su persona á París, centro de la moda, durante toda una semana, ¿sabe V. que es un honor infinito para un pobrecillo alemán, que guardaba cerdos en su patria? No,

(1) Cuando apareció la obra en alemán.

(2) Autor del atentado de 1836, y á quien guillotinaron.



querido amigo mío, esto no es más que una calumnia de los cerdos del otro lado del Rhin; jamás los guardé mientras estuve en Alemania, y desde el punto y hora de llegar á París estuve siempre en compañía de bípedos de los más civilizados. Adiós, y no me olvide. Siempre ha sido V. inmejorable para su devotísimo

»H. H.»

Una carta sin dirección y sin fecha, que el Sr. Legras cree haber estado destinada para Guizot, contiene las pocas líneas siguientes:

«Me apresuro á enviar á V. la traducción de mi *Lutecia*... Siento mucho no haber pedido á V. algunos momentos de conversación al ir á publicar la obra en alemán. Si la enfermedad no me impide continuar la descripción de mi tempestuosa vida, y si llego hasta el movimiento intelectual y político del que tiene V. derecho legítimo para decir *quorum magna pars*, entonces le rogaré que me conceda un cuarto de hora.»

La importancia principal de esta carta estriba en lo referente á la cuestión de las *Memorias* de Enrique Heine. Pretendía Strodmann, en su estudio acerca de Heine (1849), que tenía escritos ya los menos tres tomos de ellas, y nos dice con mucha exactitud el Sr. Legras, que, según resulta de esta carta, escrita después de 5 de Abril, no había llegado Heine ni siquiera á la época en que Guizot representaba algún papel; pues bien, este último entra en la escena política en 1831. Habiendo muerto el poeta diez meses después de la carta enviada á Guizot, claro es que no pudo escribir gran cosa, sobre todo si se tienen en cuenta su enfermedad y los enormes trabajos que hizo durante los últimos meses de su vida.

Una carta escrita con lápiz parece ser el borrador de otra remitida á Thiers. Es de 1855, puesto que acompañaba al envío de la traducción francesa de *Lutecia*; é iba dirigida á Thiers, á juzgar por el principio y el fin de la epístola:



«Puesto que ahora no es V. miembro del gobierno, y en el momento en que vuelva V. á serlo no tendrá ya necesidad de la protección humana el pobre moribundo que le escribe hoy, no corro el riesgo de hacerme sospechoso de que motivos mundanos me guíen en el paso que tiene por objeto asegurar á V. que, etc., etc.

»Quería hacer revivir los días más brillantes del período parlamentario, que la Historia representará por tres grandes nombres: Luis Felipe, Thiers y Guizot...

»Sí, sólo esos tres nombres tendrán que aprender al dedillo los niños del porvenir... La señora Clío no concede mucho espacio á los caballeros de segunda fila, y gusta de encarnar toda una época en un solo hombre ó en un triunvirato. En mi *Lutecia* he seguido el ejemplo de la diosa, etc., etc.»

Parece ser que á Thiers le conmovió muchísimo esta carta y hubo de dar las gracias al poeta, quien le respondió enviándole un ejemplar de sus poesías.

En resumen; según hemos visto, el mayor interés de las treinta cartas inéditas de Enrique Heine está, sobre todo, en los nuevos argumentos que aportan en pro de la tesis, sostenida por sus amigos y admiradores, de que el poeta jamás hizo traición á los suyos ni estuvo á sueldo de Francia. Si Heine fustigó con tamaña violencia á la Alemania de su tiempo, es porque la amaba con tanto ardor; pero como hombre frenéticamente apasionado de la libertad, no podía menos de vituperar con acritud los actos de sus compatriotas, quienes llevaron el servilismo hasta besar las manos de los que se la arrebataron...



## La enfermedad en la literatura actual.

### I

Por Navidad apareció un tomito titulado *En unión de la muerte*, del autor finlandés Karl A. Tavaststjema, conocido por su novela *Heikki Hyttonen*.

Un empleado en una casa de banca de Helsingfors, de cuarenta años de edad, padre de familia, consigue que le den licencia, y abandona su patria y sus funciones, huyendo al Mediodía de una espantosa enemiga: la locura, la muerte. Pero la enemiga le sigue; está dentro de él. «Un alma enferma en un cuerpo enfermo, un alma *enferma* en un cuerpo *enfermo*»; estas palabras interiores, como un lúgubre estribillo antiguo, *motto* de su vida, siguen resonando sin cesar en sus oídos, á pesar del estrépito de los trenes del ferrocarril y en medio del silencio profundo de los Alpes. Pasan el otoño y el invierno; empeora su enfermedad al sobrevenir la primavera y decídese á emprender un viaje circular á través de Italia, como última tentativa, á la desesperada, de salvación. Entonces comienza en su estado una fase nueva, extraña. Comprende que huye ante lo inevitable; y por primera vez se detiene, vuelve atrás la cabeza y mira frente á frente á su perseguidora. Ya no le parece su enemiga tan terrible como se la había imaginado. Traba relaciones con ella, tras el conocimiento viene la amistad, y la enemiga de antaño truecase en íntima compañera de viaje. Un día, á bordo de un buque de vapor, en el lago de Lugano, se le aproxima la muerte con su reloj de arena; llevan los dos á efecto la ascen-



sión del San Salvador, hasta la capilla de la peregrinación, en la cima del monte. «Este es tu último grano de arena», dice la muerte chanceándose, apretándole la mano y prometiéndole una vida nueva á él que ha llegado á ser su amigo. Esa vida nueva se le presenta aquel mismo día en figura de una mujer sentada frente á él en la mesa redonda. Es difícil analizar el vínculo que se forma entre ellos. ¿Es amor? ¿Es magnetismo animal? No es de ningún modo lo primero, y es mucho más que lo segundo. Lo importante es que *ella*, como por un poder milagroso, le devuelve su vitalidad perdida, y experimenta la sensación de hallarse sentado junto á la fuente de donde brotan los raudales de la vida. «Beber ó no beber», esta es la cuestión que se plantea á sí mismo, después de Hamlet, al paso que con el recuerdo de los suyos vienen los remordimientos. Si bebe, está curado y libre para siempre de su anterior espanto; si no bebe, todo sigue como antes. Y hace la prueba de ello cuando, obediente al llamamiento del deber, vuelve á su casa. Su mujer sorprende su correspondencia con la extranjera y exige que rompa con ella. Responde que no puede, pero sin poder decir por qué no puede. ¿Cómo hacer comprender lo que es un enigma para él mismo, que de esas cartas fluye la fuerza vital y le penetra? Su mujer le abandona con sus hijos. Es inevitable la elección: ó la madre de sus hijos, ó la extraña; la primera es la muerte, la segunda es la vida.

Acrciéntase cada vez más en la conciencia del deber, al paso que *físicamente* siente en su ser extinguirse el calor vital. Queda interrumpida la comunicación con el foco secreto (una extraña y lejos); la muerte se apodera de él, con su frío de hielo. Ejecuta contra sí propio la sentencia de muerte, cumpliendo con el deber. Sale la carta de despedida, regresa su esposa, y el antiguo estribillo vuelve otra vez zumbiar en sus oídos: «Un alma enferma en un cuerpo enfermo...»

Largo tiempo estuve en la incertidumbre acerca de lo que causa la impresión extraña producida por ese libro, uno de los



más desasosegadores que conozco. No me iluminaban las griterías de la prensa con la monótona repetición de «¡Enfermedad!» En seguida salta á la vista que ese libro está escrito cara á cara de la muerte. Cada línea de él comunica su sensación inspiradora : lo implacable de la suerte, junto con un temblor febril. Pero no hallo el secreto de esta impresión sino penetrándome de la armonía absoluta entre el asunto y la manera de presentarlo, las cosas descritas y el descriptor de ellas. Advertí en el estilo toques los cuales no supe al pronto á quién atribuir; noté cierto acento y unos ojos, cuyo era el rostro á que pertenecían érame imposible encontrar, mirándome con una mirada que me pareció á la vez extraña y conocida; y de repente se irguió delante de mí el hombre, de cuerpo entero, el empleado finlandés, cual si él mismo hubiese sido el autor de lo que yo leía. Y al mismo tiempo resonaron mis oídos los gritos vanos de «¡Enfermedad, enfermedad!»

Es una cosa rara y peculiar de nuestros tiempos ese anatema de las buenas gentes contra la enfermedad en la literatura. Ha llegado á ser una monomanía. Ninguno de los autores de nota se ha librado de esa suerte en nuestra época. A mí mismo, en mi patria, me recomendaban alternativamente, en nombre de la salud pública, la cárcel y el manicomio. Con estas modernas vociferaciones de «*Crucifige*», supongo que así harán con casi todos nosotros, los poetas y artistas. Ni siquiera comprendemos lo que esas buenas gentes quieren decir: lo que, con menosprecio, llaman «enfermizo», era para nosotros el santuario íntimo, el sacro lugar más recóndito de nuestra individualidad, velado cuidadosamente y preservado de toda intrusión, donde guardábamos el fuego eterno.

Pero, ¿de qué proviene esa desconfiada preocupación de enfermedad? No puede leerse ningún artículo de crítica literaria, en cualquier periódico, sin topar con ese estribillo que forma su *leit-motiv*; lo cual, naturalmente, no tendría ninguna importancia, si no fuese muy significativo como signo del estado de ánimo predominante en la época. Inútil es



detenerse en tratar de libros de sensación con *Degeneración*, del Dr. Nordau, en el cual el autor de *Mentiras convencionales* rodéase de la aureola de la «verdad convencional» de más actualidad. Pero también es un signo muy significativo que el Dr. Nordau, con la escrupulosa minuciosidad de un hombre del oficio, haya recogido allí y puesto de relieve las insulseces del día. Hasta en eso se advierte por dónde soplan hoy los vientos.

¿De dónde procede esa tendencia á querer descubrir el gusano roedor en las flores y en los frutos más exquisitos del intelecto? Las épocas anteriores no la conocieron; ha salido de los últimos yacimientos intelectivos. Debe de ser producto de los principales ingredientes de la cultura actual: el materialismo popularizado y el espíritu de medianía. En efecto, creo que puede explicarse por esas dos fuerzas preponderantes por el momento: es un vástago que ha brotado de ese concepto de la vida y del mundo.

El materialismo y el espíritu de medianía, es decir, los límites estrechos de los conocimientos y la moral de la gente de poco fuste.

Ambos significan la estrangulación del temple individual que crece en plena libertad, agrandando inmensamente dentro de sí mismo el mundo y su medida, y que para gloria suya da testimonio de su *Yo* en actos y fantasías creadores, lo mismo en el dominio de la acción que en el del arte. La filosofía religiosa era más tolerante, más perspicaz, de mayor amplitud de miras que la filosofía racionalista de nuestros días; porque el sentimiento religioso de la Edad Media fué el primer fondo ardiente de la vida misma, un suelo volcánico sobre el cual maduraban los vinos más generosos. Y cuando la *Fata Morgana* de la exaltación religiosa desapareció de entre los hombres del Renacimiento, y sólo quedaron hirviendo la sangre y con sed los sentidos, y el hombre se vió de nuevo en frente de sí propio y del universo... entonces, como señor libre que era, dejó vivir toda su vida en él mismo, á Dios y al dia-



blo, la fiera y la serpiente, el gusano y la mariposa; porque todo era él, él mismo; y todo lo que era él mismo tenía por ende el derecho de vivir. Erales dado á los tiempos posteriores explicar las Cruzadas, esa grandiosa epopeya, como una psicosis de pueblos enteros, y á Hamlet como un individuo patológicamente tocado de la cabeza; tiempos en que el señor de la época del Renacimiento se ha aguachinado hasta convertirse en un burgués á quien ya no puede atacarle, bajo la forma superior de la moral cristiana, la locura religiosa decaída de la moda. Es de prever que hasta la imaginación que concibió la arquitectura gótica, de columnas elevadas á alturas insensatas, de bóvedas audazmente tendidas y de atrevidísimo arte de ornamentación, no tardará en verse representada como enfermiza: ya he oído aludir algo á eso á uno de los más célebres críticos de arte moderno. Y nada tendría de sorprendente que llegue á generalizarse esta manera de juzgar. Es característico de la pequeñez el negarse á reconocer el valor de lo que la evidencia lo que es ella misma. El hombre mediano de nuestro tiempo siéntese aplastado por ese arte poderosos; sus fuerzas son insuficientes para comprenderlo; no puede dominarlo por su inteligencia, ni por sus sensaciones; ese arte le sobrepuja, se ve él mismo pequeño y difuso, y se venga como lo hace la pequeñez, difamando á la grandeza ofensora. Y cuando ese fariseo ve agitarse en uno de sus contemporáneos aquel ardor vital y aquel espíritu del Renacimiento, multiplica su celo más y más, y grita: «¡Enfermedad!»

¿Qué entiende la opinión general (ese *ukase* de la medianía) por esta palabra, harto sencilla para no ocultar muchas cosas diferentes? Es un santo y seña de nociones confusas, que necesita analizarse.

La primera clarísima distinción que debe hacerse es entre la enfermedad en el asunto (la cosa descrita) y la enfermedad en el temperamento de quien describe. Pero Bouvard y Pécuchet ni siquiera piensan en ello; y de ahí nace la primera



confusión. Es preciso distinguir esto, y que se elimine de la cosa descrita «la enfermedad»; porque en sí misma carece de importancia como signo característico de nuestra época, pues todos los poetas de todos los tiempos se han servido de las monstruosidades y de los errores humanos. Y también es muy poco segura como indicio del carácter latente del autor. Los monstruos que Zola nos presenta siempre, ¿qué luces pueden darnos acerca de él? Claro es que existe íntimo enlace entre los asuntos elegidos y la idiosincrasia del artista que los escogió: cada poeta tiene una sensibilidad especial que llama á las afinidades del exterior y las hace penetrar dentro de él. Esta teoría, desenvuelta por Bourget de una manera muy sutil, es exacta... mientras no sean Bouvard y Pécuchet quienes la apliquen.

Por tanto, si la palabra «enfermedad» tiene algún sentido en la literatura moderna, se lo darán exclusivamente los temperamentos de los autores. Y hay que hacer otra clarísima distinción. Si Bouvard y Pécuchet hablan sin ton ni son acerca de lo que hay de enfermizo en la imaginación poética moderna, prueba una vez más que á esos pobres hombres les gusta siempre medirlo todo por el mismo rasero.

Hay una nerviosidad *mala*, que denota ser débil y estéril. Exterior á la persona, quedándose más bien en la superficie, oculta ya un vacío que quiere echárselas de excesiva plenitud, ya unos Bouvard y Pécuchet con la ambición de ser grandes individualidades; y ese nerviosismo no es más que la señal de una impaciencia atormentadora, de una impotencia sufrida con amargura. Cuando ese neurósico se manifiesta como poeta, su estado patológico nos da una sensación de frío; en él se estremece algo, pero no es la cálida vibración del alma, sino el temblor de una mano helada. Nada se mueve en el fuero interno del autor, ni en sus obras, ni en nosotros sus lectores. Los asuntos preferidos por ese autor, que quisiera transformar en virtud su insuficiencia, son los pequeños síntomas habituales de enfermedad, las peores neurosis, las únicas que es capaz



de experimentar; lo trágico más elevado que conoce lo ha aprendido leyendo á Darwin (la herencia potatoria, la neurastenia, etc.) Estos autores, que se llaman los típicos del tiempo actual (*nomina sunt odiosa*), son también aquellos con quienes mejores migas hacen Bouvard y Pécuchet.

Pero, junto á esa nerviosidad mala, existe otra *buena*. Con ésta no se conformarán nunca Bouvard y Pécuchet. Es el refinamiento fecundo y creador, el progreso orgánico; en ella se manifiesta la diferenciación incesante de la naturaleza humana. Es algo absolutamente interior, se unifica con la personalidad; es su más íntima esencia, su manera de ser más íntima. Parece nerviosismo porque tiene de común el temblor con lo que se denomina neurosis. Pero ese estremecimiento es una radiación de calor. Es la vibración del aire bajo los ardores del sol; y el ardor en el cual se funde la individualidad es semejante á aquel en que la tierra en primavera se derrama en gérmenes de vida. Es sensual cómo la tierra en primavera, y por eso desconfían de ella Bouvard y Pécuchet; pero en esa sensualidad rumorea el verano venidero con todas sus flores, como en la más pequeña concha el vasto mar con todas sus olas. Puede que también haya fiebre en ella, pero entonces es la primaveral de la sangre que fermenta con toda una generación en un solo individuo.

Precisamente, cuando este sintoma aparece en el arte, los Bouvard y Pécuchet se pusieron siempre á gritar: «¡Enfermedad!» Los Bouvard y Pécuchet sólo verán en Edgar Poe el alcoholismo, sobre todo los Bouvard y Pécuchet contemporáneos. Bouvard, Pécuchet, el periodista, el Dr. Nordau y la medianía de los tiempos actuales en general, como producto de su época, son ante todo un burgués de nacimiento, es decir, un hombre pequeño y mezquino. Además, contribuyen á formar su filosofía, la moral cristiana y el materialismo ortodoxo; porque la moral cristiana y el materialismo vulgarizado no son cosas contrarias. La primera es una flor seca de la antigua irreligiosidad, que ha perdido su color y su perfume; y el se-



gundo, con su *ignorabimus*, su no atreverse á avanzar ni á comprender, es análogo á la gazmoñería moral, á la gazmoñería de la inteligencia. Y en tercer lugar, el Bouvard, el Pécuchet moderno, en la hipótesis genial de un Lombroso y en las compilaciones de un Krafft-Ebing encuentra una prerrogativa en pro de sí mismo para huronear el derecho moral, la mezquindez de resentimiento de un buen burgués educado en la caza de los dientes torcidos, de las orejas mal puestas y de otros síntomas sospechosos de degeneración.

Las obras de arte son ó las rosas silvestres de la pasión, ó los raros tulipanes saturados de color por la civilización tales como los cultivaban los antiguos holandeses. Pero Bouvard y Pécuchet no están á sus anchas sino cuando se pasean en sus jardines particulares ó en nuestros jardines públicos. Caracterizarían de sucio el caso del empleado finlandés de una casa de banca de Tavaststjerna, en nombre de la moral; y de superstición, en nombre del progreso; y, desde estos dos puntos de vista, lo declararían anormal, morboso. Que ese hombre desahuciado recobre la fuerza vital con la que puede reconstituirse su organismo; no por eso dejará de ser para ellos eso inmoralidad, superstición, enfermedad. Porque, ciertamente, el autor no ha tomado de ellos ese fenómeno.

## II

La *Degeneración* del Dr. Max Nordau, como todo lo que brota de la pluma de ese eminente escritor, ha producido grandísima emoción en el mundo de las letras. En el anterior artículo ha expresado el Sr. Ola Hansson el sentimiento que las opiniones del Dr. Nordau han hecho surgir en cierto medio. El



Sr. Max Nordau amplía, bajo la forma de respuesta á ese artículo, el debate promovido en la prensa internacional acerca de su obra. Nos presenta varios datos, á los cuales no dejarán de conceder vivo interés nuestros lectores, aparte del lado personal de esta polémica. Por supuesto, esta cuestión no está terminada; porque un ilustre sabio italiano se propone intervenir muy pronto en ella, según anuncia la *Revue de Revues*. He aquí la contestación del Dr. Nordau al Sr. Ola Hansson.

---

Era la primera vez que, joven estudiante de tercer año, entraba yo en una jaula de locos. Apenas me vio el enfermo, un agitado en pleno acceso de exaltación maniática, gritóme con voz atronadora, acompañando sus vozarronas con unos ademanes magníficamente imperiosos: «¡De rodillas, zarramplín! ¿No sabes quién soy?» Y como claro es que no hice caso de esa orden, el loco se dirigió al interno á quien yo acompañaba, y le dijo enfurecido: «¡Ya ves cómo me tratan irreverentes esclavos, á mí, el emperador de las chimeneas!» — Era desollinador de oficio.

Ese loco estaba ofendido é iracundo. Otros son despreciativos é irónicos. Pero todos los enfermos de espíritu excitado tienen de común el creerse inmensamente superiores al resto de la humanidad, y la tratan con una altivez aplastante.

Quien está habituado á esos enfermos, conoce bien este rasgo característico. No se ofusca por ello, ni siquiera se sonríe. Lo registra, sencillamente, y lo utiliza para su diagnóstico.

El Sr. Ola Hansson pretende que «le han recomendado alternativamente la cárcel y el manicomio» y se jacta de ello. Nadie le ha tomado por un loco de atar; á lo menos, ninguna persona autorizada. No es más que un chiflado.



Al hablar de personas con cuyas opiniones no está conforme, emplea los términos más desdeñosos: son unas «buenas gentes», unas «gentes de poco fuste», unos «pobres hombres», unos «Bouvard y Pécuchet»; sólo una vez deja asomar un poco de irritación, y los llama «fariseos». Él mismo se presenta como «nosotros los poetas y artistas»; y las dudas que sus escritos han provocado en otras partes, le parecen gritos de *Crucifige*, asimilándose así sencillamente con el gran Nazareno.

Pero demos de lado á la persona del Sr. Hansson, y ocupémonos de sus tesis. El Sr. Ola Hansson quisiera elevar su voz contra «una particularidad de nuestros días, ese anatema de las buenas gentes contra la enfermedad en la literatura». Veamos los argumentos que el grande hombre opone á «las buenas gentes». «Lo que con menosprecio (dispense V.: á menudo con lástima, siempre con tristeza) llaman *enfermizo* era para nosotros el santuario, el sacro lugar más íntimo de nuestra individualidad, velado cuidadosamente», etc. Ante todo, digo que esa sarta de palabras está por completo vacía de sentido. Mientras los degenerados guardan para sí su guilladura, como su «santuario íntimo» y «velado cuidadosamente», nadie se ocupa de ellos. Sólo se les llama «enfermizos» el día en que cuidadosamente descubren sus chifladuras, en que manifiestan su desequilibrio mental con obras sin pies ni cabeza. Y luego, ¿qué cree probar el Sr. Ola Hansson llamando su «sacro lugar» á lo que otros denominan su «enfermedad»? ¡Caramba! Ya se sabe, y desde hace largo tiempo, que los dementes no dan el mismo nombre á su estado intelectual que el médico. El día en que están de acuerdo con él acerca de su caso, se hallan muy próximos á verse curados.

El Sr. Ola Hansson pregunta: «¿De dónde procede esa tendencia á querer descubrir el gusano roedor en las flores y en los frutos más exquisitos del intelecto?» (Exquisitos para el Sr. Hansson, repugnantes para las personas de buen gusto.) «Las épocas anteriores no la conocieron...» Esta pregunta no tiene precio. ¿Que de dónde procede esa tendencia? Sencilla-



mente de que ciertas personas se atreven á proclamar con estrépito «exquisitos» productos de la locura manifiesta. Si «las épocas anteriores no la conocieron», consiste: primero, en que la psiquiatría no había llegado aún á su actual desarrollo, y no permitía reconocer como manifestaciones patológicas los productos más ó menos profundamente absurdos; y segundo, en que aun existiendo en todo tiempo de una manera esporádica los locos, imbéciles y titiriteros literarios y artísticos, eran infinitamente más raros que ahora, en que amenazan ahogar al arte sano é imponerse exclusivamente al público, lo mismo que á los talentos principiantes.

El Sr. Ola Hansson llama á «esa preocupación desconfiada de la enfermedad», «insulseces del día», «vientos que hoy soplan» y «verdades convencionales». No fué siempre esa su opinión, ni la de sus congéneres. Al aparecer el tomo I de mi obra *Degeneración*, los panduros críticos, los locos, imbéciles é idiotas de la literatura, solían hablar de mí como de «un enajenado que desbarra», como de «una cabeza hueca que quiere singularizarse con una tesis paradójica y extravagante», y procuraban tomar á chacota mi esfuerzo. Pero al percatarse de que el público no se reía, sino que, por el contrario, se ponía á meditar y á darme la razón, entonces cambiaron bruscamente de argumento. Lo que era «tesis paradójica y extravagante» poco ha, se convertía de pronto en «insulsez del día», «moneda corriente» y «verdad convencional». Yo no era ya «un enajenado» ó un «charlatán que quiere echárselas de original», sino «un pedante ramplón que repite con una pesadez machacona los ideas de todo el mundo».

Pero así pasa siempre. Se enseña una verdad nueva; sulevación de todas las medianías, furor de los fatuos, inquietud de los rutinarios, burlas y risas de los imbéciles con pretensiones de talento. «¿Con qué canción nos viene ahora éste? ¡Es un loco, un parlanchín! ¡Eso no se ha oído nunca! ¡Su tesis es ridícula! ¡Ni siquiera la cree él mismo! ¡Dice eso por dejarnos con un palmo de boca abierta! ¡Se chunguea de nos-



otros!» Luego, se abre camino la verdad nueva, indestructible como toda verdad; penetra en los entendimientos, los convence, los ilustra, y bien pronto la adoptan todas las gentes razonables y de buena fe. Entonces, los encarnizados de ayer se hacen los desdeñosos y dicen con rechifla: «¡Bah, eso no valía la pena de meter tanto ruido! Todo el mundo sabe, y ha sabido siempre, lo que éste nos cuenta; no hacía falta decirlo: este hombre mediocre es ridículo al querer hacerse el importante, cuando sólo recoge las vulgaridades que corren por las calles.»

A mí me da risa ese cambio de frente; prueba que el público se ha convencido con mi argumentación, y quedo satisfecho.

Claro es que yo no he inventado el concepto de la *degeneración*, y jamás lo he pretendido. Cito en gran copia, y pareceme que con suma deferencia, á los grandes y sabios investigadores que han sido directa ó indirectamente mis maestros: los Morel, Lombroso, Magnan, Ball, Maudsley, etc. Pero sé, y todas las personas competentes lo saben, que he sido el primero en demostrar de una manera científica que ciertas modas literarias y artísticas del día son manifestaciones de la degeneración; y, lejos de parecer esta demostración una vulgaridad, por el contrario, al principio ofendió con violencia á los profanos. Ahora es «la insulsez del día, el viento que hoy sopla». ¿Sí? Pues ¡tanto mejor! Señal de que el público ha acudido al llamamiento del sentido común, y encogiéndose de hombros se aparta de los monstruos teratológicos de la feria literaria y de sus fachas lastimosas. Eso es todo lo que he querido. Me es indiferente que se desconozcan mis derechos de prioridad, que se me acuse de chabacano, con tal de que todos los hombres de buena fe se convenzan de la verdad, de la cual he querido siempre ser ardiente servidor.

Después de una palabrería hueca, donde repite las sandeces acerca del individuo «que crece en plena libertad, agrandando inmensamente dentro de sí mismo el mundo y su me-



dida», sandeces que son los lugares comunes de los fieles al antes loco, furioso y caído ya hoy en la demencia final, Nietzsche, y de su precursor Max Stirner, el Sr. Ola Hansson toma aires de inspirado y proclama dogmáticamente esto *ex cathedra*: «Es preciso hacer una clarísima distinción... Hay una nerviosidad *mala*, que denota ser débil y estéril... Pero, junto con ésta, existe otra: la nerviosidad *buen*a. Con ésta no se conformarán nunca Bouvard y Pécuchet. Es el refinamiento fecundo y creador, el progreso orgánico; en ella se manifiesta la diferencia incesante de la naturaleza humana.»

Aquí, por supuesto, cesa la broma. Con una frescura que deja patidifuso á cualquiera, el Sr. Ola Hansson coge sencillamente un argumento y hace como que lo vuelve, con mucha prosopopeya, contra los «Bouvard y Pécuchet».

La distinción entre el verdadero genio, fecundo y evolutivo, y el falso genio, loco, estéril y regresivo, he sido yo quien la ha hecho; yo la he sostenido contra el gran investigador de nuevas vías, Lombroso; y el Sr. Ola Hansson, traduciéndome al lenguaje suyo, no ha hecho sino seguirme.

En 1885 establecí por primera vez mi tesis en *Paradojas*, libro que sin duda conoce el Sr. Hansson, puesto que se tradujo al sueco así que apareció en Alemania, y se ha leído mucho en los países escandinavos. La vuelvo á tratar varias veces en *Degeneración*. Y así, digo en el tomo I, páginas 43 y siguientes:

«Un sabio francés... emitió esta idea, corriente en la actualidad: «El genio es una neurosis.» Este aserto era imprudente, pues permitía á los parlanchines ignorantes hablar de exageraciones, con apariencias de razón, y burlarse de los neuropatólogos y mentalistas, que ven un loco en todo individuo que se permite ser otra cosa, ser algo más que el contribuyente normal más ordinario y de menor personalidad. La ciencia no afirma que cada genio sea un loco. Hay genios sanos, llenos de fuerza, cuyo privilegio consiste en que una de sus facultades intelectuales está desarrollada de un modo ex-



traordinario, sin que por eso las demás se hallen por bajo del promedio común; asimismo, cada loco no es un genio y la mayoría de los locos son más bien estúpidos é incapaces de un modo lastimoso. Pero, en muchos casos, el «degenerado superior» de Magnan posee un talento particular muy desarrollado, aunque á expensas de las otras facultades, agostadas en todo ó en parte. Esto permite al hombre competente en la materia distinguir á primera vista al genio sano del degenerado alta y aun altísimamente bien dotado...

La falta de armonía, de equilibrio, el lado singularmente inútil y hasta no satisfactorio de la facultad que es preciso admitir de hecho en el degenerado de genio, saltan á la vista de todo observador sano que no se deja llevar de la ruidosa admiración de críticos también degenerados, y le permitirán siempre no confundir al semiloco con el hombre sano excepcional que abre nuevos senderos á la humanidad y la conduce á mayores progresos. No soy del parecer de Lombroso, al afirmar éste que los degenerados de genio constituyen una fuerza propulsora del progreso humano. Seducen y deslumbran; por desgracia, ejercen también profunda influencia, pero siempre nefasta. Si no se advierte en seguida, aparece así más tarde. También dirigen á la humanidad, por sendas propias encontradas por ellos mismos, hacia metas nuevas; pero esas metas son abismos ó desiertos. Son guías entre los pantanos como los fuegos fatuos, ó para perdición como el cazador de ratas de Hameln. Y, en otro pasaje (tomo II, pág. 162), digo: «El arte es el único resplandor, por tenue é inseguro que sea, que surge entre las tinieblas de lo futuro y nos da por lo menos una noción, vaga como un ensueño, de los contornos y dirección de nuestros progresos ulteriores... El ideal es... la idea formadora de un futuro desarrollo orgánico con la mira de mejor adaptación. En los individuos más perfectos de la especie nace más pronto y con más claridad que en el común de las gentes; y el artista, con mano insegura, intenta hacerlo sensible con la obra de arte mucho antes de que la especie



pueda realizarlo orgánicamente. Por eso el arte concede el más delicado y alto conocimiento, lindante con lo maravilloso: el de lo venidero... Este arte de presentimiento es, de seguro, la más elevada actividad intelectual del ser humano. Pero no es el arte de los catedráticos de estética. Es el arte más moral, porque es el más ideal: palabra que significa sencillamente que es paralelo á las vías de perfeccionamiento de la especie, y hasta se identifica con ellas.»

¿Está bastante preciso? ¿Es lo suficiente claro? ¿Resulta marcada con energía la diferencia entre el genio sano y el falso genio enfermo, «neurósico»?

Siempre me ha podido y me ha indignado el descoco con que los dementes y sus caudatarios se aplican el glorioso calificativo de «genio», y por eso, siempre que se presenta ocasión, insisto acerca de la diferencia entre el genio verdadero y la chifladura que imita simiescamente los aires del genio.

Desde la publicación de mi obra *Degeneración*, he vuelto á hacerlo así en un prefacio que el Sr. A. G. Bianchi me rogó que escribiese para la segunda edición de su interesante estudio *La Patologia del genio e gli scienziati italiani* (primera edición, Milán, 1892, editor Max Kantorowicz). Como se trata de un trabajo inédito, pido permiso para trasladar aquí algunos pasajes algo extensos:

«La tesis de Lombroso de que el genio es una forma de la epilepsia, y por consiguiente siempre patológica y degenerativa, la creo un error que tiene por punto de partida sobre todo una aplicación tradicional pero inexacta de la palabra «genio». Se llama profeta á un imbécil extático cualquiera, se acude á él mucho más que al legislador y al instructor del pueblo; y ese «artista» se ve colocado muy por encima del investigador y del inventor, por la forma más asquerosa de la pedantería ramplona, el *snobismo* estetizador...»

«En todos los pueblos bárbaros se mira á los locos é idiotas con una especie de religioso temor, como personajes sobrenaturales. Resto de esa superstición primitiva es el que á espí-



ritus enfermos, cuya condición patológica se manifieste por una actividad sedicente «artística», se les aplique el calificativo de «genio» que sirve también para designar á los inventores de verdades nuevas y á los iniciadores que hacen avanzar el humano conocimiento. Los falsos genios artísticos, se los cedo á Lombroso: en general, son casos patológicos, son unos degenerados, y su enfermedad puede asimilarse á la epilepsia. Pero los genios que lo son en realidad, y no se les llama así por abuso de lenguaje, ciertamente que no son enfermos ni degenerados...»

«El genio es evolutivo. Es la primera aparición en un individuo de funciones nuevas y sin duda también de nuevos tejidos en el cerebro, destinados á llegar á ser después típicos para la especie entera. Pues bien; ¿dónde hay ejemplo de que una neoplasia patológica sea evolutiva?... Dos fenómenos caracterizan al acceso epiléptico, ya aparezca en la esfera motriz, ó ya en la de la ideación; su carácter de explosión súbita, y el profundo agotamiento consecutivo y que puede interpretarse como una parálisis temporal del centro sobreexcitado. Pues bien; ¿se han visto jamás esos dos fenómenos en un genio auténtico, en un Arquímedes, un Copérnico, un Galileo, un Spinoza, Newton, Volta, Darwin, Maxwell? Consiste en que su genio no es la fatiga fugaz de un centro sobreexcitado enfermizamente, sino la función continua é igual de un órgano extraordinariamente desarrollado. Por eso, las manifestaciones de su genio no van seguidas de parálisis y estupor, sino, á lo sumo, del cansancio fisiológico que por necesidad sobreviene después de cada esfuerzo orgánico...»

«Admito que también el genio auténtico está expuesto con bastante frecuencia á trastornos cerebrales. Pero esto no prueba de ningún modo que el genio sea *a priori* una psicosis; sino tan sólo que cuando una neoformación evolutiva, una diferenciación superior se presenta por primera vez como adquisición individual, es más susceptible y menos resistente que un órgano robusto y fortalecido por la herencia y una larga



selección. La locura del genio auténtico es un fenómeno de agotamiento posterior, no una condición previa. Sabemos que muchos atletas padecen y mueren de hipertrofia y esteatosis (degeneración grasienta) del corazón: es la enfermedad profesional de los campeones del *sport* y de los gimnasiarcas. Sin embargo, ¿no se me reirían en mi cara si dijese yo: «El atletismo es una forma de la cardiopatía?»

Quedamos, pues, en que existen: el verdadero genio evolutivo, que de ningún modo es una psicosis ó una neurosis, pero al cual exponen su delicadeza y su fragilidad á la enajenación mental; y el falso genio, que parece original porque es absurdo, y fascina á los degenerados é histéricos por completo faltos de juicio. Siempre he alzado la voz contra la confusión de estos dos órdenes de fenómenos, y el Sr. Hansson no hace más que repetir mis argumentos.

El lector habrá notado que el Sr. Ola Hansson prodiga las alusiones á Bouvard y Pécuchet. Da la pícara casualidad que hasta esa comparación la ha tomado también de mí, que la he empleado varias veces en mi obra *Degeneración*: «Parécese á Bouvard y Pécuchet, los dos idiotas de Flaubert que, ignorantes á carta cabal... hojean sin cesar un gran número de libros, se imaginan haber adquirido así un saber positivo, en lo cual se engañan... cometen, naturalmente, un montón de colosales sandeces unas tras otras, y luego se creen autorizados para insultar á la ciencia... Al pintar así Flaubert á Bouvard y Pécuchet, se vengaba de lo necio de sus propias tentativas para conquistar la ciencia, como un oficialete conquista á una cantante de café», etc. (tomo I, pág. 288). «En Bouvard y Pécuchet ha creado Flaubert las figuras de dos imbéciles que con una candidez inconsciente se asoman á las ventanas de todas las artes y ciencias, y creen adquirirlas al recorrer con unos ojazos estúpidos el primer libro acerca de la materia que se les viene á las manos.» Y más adelante: «el degenerado es un observador de la especie de Bouvard y Pécuchet», etc.

Como se ve, esto es un método. El Sr. Ola Hansson se apo-



dera primero de mi idea y se esfuerza después por machucarme con ella. No le asimilaré á Bouvard y Pécuchet. Los pobres hombres de Flaubert tuvieron á la postre un relámpago de sentido común. Después de todas sus majaderías, renuncian á ambiciones que nada justifica, y vuelven á sus bienaventurados raspadores y polvos de sandaraca. Y con eso se rehabilitan...

LICENCIADO PERO PÉREZ.

(Continuará.)



## LA LITERATURA

# CASTELLANA Y PORTUGUESA

### CONTINUACION

¿Quién podía explotar las fuentes más inmediatamente que D. Juan Manuel, que en trato múltiple con los árabes españoles y conocedor perfecto de su idioma, podía conocer la forma y el espíritu del Oriente por intuición viva (1)?

(1) Esta relación del *Conde Lucanor* con la literatura europea en general, y su significativa posición en la de España en particular, la ha puesto de relieve mejor que nadie Lemcke en su ya citado ensayo acerca de la traducción de Puibusque. Según lo que él ha puesto en claro «el apólogo indio, en su viaje á Occidente, arribó primeramente á España», y, sin duda alguna, «tenemos en el *Conde Lucanor* un mediador *directo* entre el espíritu oriental y el occidental, sobre todo un término medio entre la serie de colecciones de apólogos del Oriente y la de los del Occidente, término medio que sobrepuja con mucho á sus predecesores por la originalidad y libertad del modo de tratar su asunto». Hace también notar que es esencial el considerar todos los ejemplos dados como apólogos en el *Conde Lucanor* como «ejemplos que ilustran una moraleja», y tener en cuenta la relación del que enseña con el instruído, relación característica que en él se conserva aún en toda pureza, al paso que más tarde (v. gr., en las literaturas francesa é italiana), se introduce la separación del relato (nouvelle) y de la moral (fábula ó apólogo en sentido propio). Añade también: «Este proceso (el de separación) fué más lento en España. Pues precisamente aquella dirección didáctica del espíritu oriental, como producto de la cual hay que considerar el apólogo, habíase comunicado á los españoles por su largo y próximo trato con los árabes más perfectamente que á los habitantes de otro país cualquiera, dirección que forma desde los tiempos de Alfonso X, hasta acabarse el siglo xv, un rasgo sobresaliente del arte poético español, y que se muestra, no sólo en un número relativamente grande de poemas didácticos, sino también en la invasión una tendencia dogmática en todos los demás géneros de literatura. En consonancia con esto vemos el cuento ó narración, que entra por primera vez en la literatura española con el *Conde Lucanor*, aparecer bajo el vestido del legítimo apólogo, que no conoce



Que esta no es una suposición meramente plausible, lo prueba, aparte de la forma, el asunto de los relatos, una gran parte de los cuales se deriva inmediatamente de las leyendas moras (1), ó de los escritos de los orientales (2). Pero, no sólo

diferencia alguna de materia, en la fábula de animales, anécdotas, chistes, etc., y que no es más que un medio enderezado al fin de la enseñanza.

El docto marqués de Pidal cita en su introducción al «Cancionero de Baena» (p. LXXI), otra colección de apólogos, originarios del Oriente y en lengua española, que coloca, si no antes, por lo menos en la misma época que el *Conde Lucanor*; y puesto que me es completamente desconocido el libro, voy á transcribir la noticia que de él da el marqués:

«El libro llamado «Bocados d'oro, el qual hizo el Bonium Rey de Persia.» Tal es el título completo de este singularísimo libro, que viene á ser un extracto de la doctrina de los sabios antiguos del Oriente, contenido en la narración de lo que sucedió al Bonium cuando fué á la India «por buscar la sapiencia». El traductor ó compilador del libro, en su forma actual, era ciertamente cristiano, como se ve en la invocación á Jesucristo y á la Virgen que está al principio; pero en todo el resto de la obra ni una sola vez se mientan los dogmas cristianos ni se alude á ellos. Su lenguaje es como del siglo XIII ó XIV. Se conocen hasta cuatro ediciones: Salamanca, 1499; Toledo, 1510; Valladolid, 1522 y 1527 (a).»

Y en la nota que sigue al «Cancionero de Baena» (l. c., pág. 701) se halla la noticia de que la Biblioteca nacional de Madrid contiene una traducción española en un manuscrito que procede del siglo XV, de la *Historia septem sapientium*, bajo el título de:

«Novella que Diego de Cañizares, de latín en romance declaró y trasladó de un libro llamado *Scala Cæli*.» Con la nota: «Es la historia vulgar intitulada *De los siete sabios de Roma* (b).»

(1) Por ejemplo, capítulos 1, 11, 14, 19, 39 y 45.

(2) De éstos cito, además de las fábulas, algunos cuyas fuentes puedo determinar, como: Cap. 7 (comp. Benfey en los *Götting. Anz.* 1857, página 318); cap. 13 (comp. «Las Mil y una noches», historia de Scheich-Schahabedin, según los siete sabios maestros turcos, y la relación con las visiones indias, en Benfey); cap. 24 (comp. igualmente, pág. 145 y siguientes del *Jardinero, su hijo y el asno*, según los siete sabios maestros turcos); cap. 29 (comp. lo mismo, parte 4.<sup>a</sup>, *Historia de los cinco her-*

(a) Aunque el *Bonium* contenga algún apólogo (especialmente el del prólogo que en el fondo es idéntico al de *Calila y Dina*), no es propiamente colección de apólogos sino de sentencias y máximas morales.

(b) Esta versión del *Libro de los Siete Sabios* ha sido publicada recientemente por el Sr. Paz y Melia en el tomo de *Opúsculos literarios de los siglos XV y XVI* impresa por la Sociedad de Bibliófilos Españoles.—(M. M. y P.)



en cuanto á la materia y la forma, sino también en cuanto al estilo y la construcción sintáctica está formado el *Conde Lucanor* sobre los escritos de los árabes, según el juicio del docto Conde (1). Por otra parte, hay en este libro muchos relatos que se hallan ya en poemas más antiguos ó coetáneos del Occidente, y que demuestran existir una fuente común. Varios pasaron inmediatamente de ellas á las posteriores obras occidentales de esa clase (2). Forma, pues, el término medio

*manos del barbero*; y «*Calila et Dimna...*», publ. por Silvestre de Sacy: París, 1816, 4.º, chap. X, *le Moine et la Belette*, páginas 216 y 219 del texto arábigo. También los modelos de la famosa fábula de Lafontaine *La laitrière et le Pot au lait*; cap. 37 (comp. Cardonne, *Mélanges de lit. orient.*, t. 1, pág. 78 y siguientes, según el árabe de Ahmed Ben Arabschah; y «*Petrus Alfonsi, Disciplina [clericalis]*, [ed. [F. W. V. Schmidt.] Berlín, 1827, 4.º núm. 2.º y 3.º, juntamente con las notables notas del docto editor); cap. 40 (comp. Cardonne, l. c., pág. 68, según Ibn Arabschah, y la crítica de Schmidt de la *historia de la ficción*, de Dunlop en el «*Wien Irab*, t. xxvi, pág. 41); cap. 46 (comp. de la nota de Schmidt á la *Disciplina clericalis*, xix, pág. 141-142). Es muy verosímil sea este mismo el origen de muchos otros.

(1) *Historia de la dominación de los árabes en España*, t. 1. Prólogo, pág. 20. Compárense también sobre los pasajes arábigos del *Conde Lucanor*: *Athenaeum français*, 1853, núm. 29, pág. 457. Véase también el notable juicio de D. Eustaquio Fernández de Navarrete en su «Bosquejo histórico sobre la novela española», que precede al t. xxxiii de la «Biblioteca de autores españoles», «*Novelistas posteriores á Cervantes*» (p. xxi).

(2) Comp., por ejemplo, cap. 7 con el Papa Amys de Stricker (en el *Kolzaer Codex*, poema en antiguo alemán, Perth, 1817), versos 509-804; cap. 29, fuera de las imitaciones citadas por Liebrecht, pág. 502, la aún por nadie mencionada «Farsa de Mofina Mendez» de Gil Vicente (Obras, Hamburgo, 1834, t. 1, pág. 115); cap. 48 (la misma relación se halla también en el antiguo poema alemán: *Salomón y Morolf*, en Hagen y Büsching *Deutsche Ged. des Mittelalters*, parte 1, pág. 55-56, versos 917-1008, pág. 95. Tal vez lo sacó nuestro español de la misma fuente, que: «La vida y fábulas del clarísimo y sabio fabulador Ysopo», etc. Anvers, en casa de Juan Steelsio, S. A. 12.º, *fábulas colectas del diablo y de la mala vieja*, xvii, fol. 128, v.º (una redacción semejante, como la de nuestro Stainhöw, de las colecciones de fábulas latinas, que bajo el nombre de Esopo eran tan gustadas en la Edad Media, en las que, como supone muy bien Schmidt en su edición de la *Disciplina Clericalis*, se tomaron muchos relatos de Petrus Alfonsi. En la precitada edición se halla también,



entre los orientales y los occidentales, y puede, por lo tanto, pretender un significativo lugar en la historia de la literatura general. Pasó por alto los grandes merecimientos en lo referente al cultivo del idioma castellano de D. Juan Manuel, cuyo *Conde Lucanor* han considerado hombres como Argote de Molina, Capmany y otros, una de las más excelentes obras de aquel tiempo, en lo que dice relación á la pureza y elegancia de la lengua. Debo dejar para otro el que le prodigue la merecida alabanza de que si ha imitado, ha sido mejorando siempre, puesto que me llevaría demasiado lejos en las particularidades el asentar este juicio; pero he de añadir dos palabras sobre él, como poeta en verso, en parte por no dejar pasar inadvertida una contribución tan notable á la historia de la métrica española, y en parte para rectificar un error que se ha escapado á Bouterwek y á sus traductores, así como á la mayor parte de los demás literatos, incluso los españoles. Los poemas de este príncipe (el libro de los *Cantares*), que en tiempo de Argote de Molina se conservaban todavía manuscritos en el claustro de Peñafiel, desgraciadamente se han perdido desde entonces, lo cual es tanto más de sentir, cuanto que, como ha notado muy bien Bouterwek, puede deducirse de unas palabras de Argote de Molina (1), que quería editar los poemas,

---

bajo el título de «Exemplario», una imitación española de las fábulas de Bidpai (a). Comp. también *Fables inédites des XII, XIII et XIV, siècles...* por Robert. París, 1825, 8.º, t. I, pág. CLIX y CCVII), y con Herolt (Discípulo), *Sermo 96 de tempore, etc., vide Liebrecht*, lugar citado. Que el drama de Calderón *El Conde Lucanor* haya sido derivado, aparte del nombre, en cuanto su asunto, de la obra de Juan Manuel, ha sido probado por el barón de Münch-Bellinghausen (*Ueber die älteren Sammlungen Ipan, Dramen*. Wien, 1852, 4.º, pág. 82.

(1) En el precioso apéndice á su edición del *Conde Lucanor* (Discurso

(a) Esta se hizo sobre la latina de Juan de Cápua en el siglo xv. Hay otra del siglo xiii, mandada hacer por Alfonso el Sabio (siendo infante) de la versión árabe de Abdallah ben Mocaffa, conservando el título de *Calila y Dina*. Ha sido publicada por D. Pascual de Gayangos en los *Escritores en prosa anteriores al siglo XV* (Biblioteca de Rivadeneyra.— (M. M. y P.)



que éstos estaban compuestos, no sólo en alejandrinos, sino también en diferentes clases de versos cortos, y, por tanto, hubieran proporcionado, de seguro, muy interesantes conclusiones acerca de la lírica y la métrica castellanas de aquel tiempo. Así es que en este respecto tenemos que atenernos tan sólo á las *sentencias versificadas* que se hallan en el *Conde Lucanor* como único resto conservado de los versos salidos de la pluma de este príncipe. Después de todo, ¡bien pobre compensación!, pues constan la mayor parte solamente de dos, y á lo sumo de cuatro versos; pero aun así nos procuran, conexiados con la precitada suposición, un resultado para la historia de la métrica española que no deja de tener importancia, es á saber: que ya á mediados del siglo xiv, los poetas artísticos castellanos se ensayaban, á pesar del uso dominante de los alejandrinos, en diferentes medidas de versos cortos, no sin probable influjo de la poesía popular sobre la erudita, y preparando la segunda época, preferentemente lírica, del arte poético castellano (1).

He llamado á estas sentencias los únicos restos auténticos

---

sobre la Poesía Castellana contenida en este libro. Madrid, 1642, pág. 127 y siguientes), dice acerca de esto: «... en el libro que D. Juan Manuel escribió en Coplas y Rimas de aquel tiempo...»

(1) Estas sentencias están compuestas, además de en alejandrinos, en versos de diez sílabas («á la manera de los Lemosis», como el marqués de Santillana llama á este género de verso imitado de los provenzales), y de doce (versos de arte mayor), y en redondillas, (Comp. Argote de Molina, l. c., y Martínez de la Rosa, *Obras lit.* t. I, páginas 166-167.) El uso de estos últimos, versificación propiamente popular y la formación de esas sentencias, análoga á la de los refranes que corrían en boca del pueblo (por esto dice Sánchez, l. c., t. iv, prólogo, pág. xi, «apenas pueden llamarse poesías sino sentencias rimadas á la manera de refranes»), prueban de modo inegable el influjo de la poesía popular sobre los poetas artísticos, y dan una notable corroboración á lo sentado por Sarmiento y un crítico español más moderno, que quieren haber descubierto en los refranes el origen de la métrica española. (V. Sarmiento, l. c., páginas 171-178 y *passim*; y «Ocios de Españoles emigrados», t. iv, páginas 208-219.) Otra gran pérdida para la historia del arte poética española es la poética atribuida al infante: *Arte de trovar*.



llegados hasta nosotros de los poemas del infante don Juan Manuel, pues la mayor parte de los romances y poemas del «Cancionero general» y del «Cancionero de romances», atribuidos á él por Bouterwek y la mayoría de los demás literatos, aun los españoles, no son de este príncipe, sino, como ya lo muestra el lenguaje, de un poeta portugués del último cuarto del siglo xv, llamado igualmente D. Juan Manuel, y procedente también de sangre real (1).

Se puede por lo tanto tomar á falta de documentos, como una suposición muy verosímil el afirmar que el autor del *Conde Lucanor* ejerciera un considerable influjo sobre la formación de la poesía artística lírica y contribuyera inmediatamente á su desarrollo propio como poesía cortesana bajo el gobierno del rey Juan II (2).

En parte nos compensa de la pérdida de los poemas del in-

(1) Véase acerca de este último á Barbosa Machado: *Bibliotheca Lusitana*, Lisboa, 1747, en folio, vol. II, pág. 688, y Ferreras, «*Hist. générale d'Espagne, trad. par d'Hermilly*, París, 1751, 4, tom. VIII, páginas 182, 191-192 y 199;—compárese también Bohl de Faber, «*Floresta de rimas antiguas castellanas*» tom. I, pág. 1, la nota alemana; Bellermann, lugar citado, página 40; Ticknor, I, pág. 56; y José María da Costa e Silva «*Ensaio biographico-critico sobre os melhores poetas portuguezes*». Lisboa, 1850, 8. Tomo I, páginas 176-184.—Hasta el docto Clemencín, en su excelente Memoria acerca de la reina Isabel y su época, mezcla á este poeta con un posterior D. Juan Manuel, el conocido favorito de Felipe I de Castilla y archiduque de Austria. (V. «*Memorias de la Real Academia de la Historia*», tomo VI, pág. 404.) Cuán tempranamente se verificaron confusiones y mezcolanzas de esta clase y cuánto más difícil es, por lo tanto, que se guarden de tales errores los que vienen después, se prueba, v. gr., por el romance citado por Bouterwek y atribuido erróneamente al infante D. Juan Manuel, que es del poeta portugués ya mencionado (en Böhl de Faber, l. c. N. 131) y que ya en el año 1516 fué incluido equivocadamente en la colección de poesías de Juan de la Encina. (Cancionero de J. del Encina. Zaragoza, 1516, en folio, hoja xciv.º, con otro romance; pero ni uno ni otro se hallan en la edición más antigua: Salamanca, 1509 en folio) lo cual ha inducido á error á un crítico tan erudito y circunspecto como Martínez de la Rosa (l. c., tom. I, pág. 203.)

(2) Mendíbil y Silvela, l. c., tom. III. Discurso preliminar, páginas xxxvi-xxxvii.



fante D. Juan Manuel la posesión de la obra de un coetáneo suyo, poeta que puede comparársele en más de un respecto por la dirección, la forma y el contenido de su labor, y de cuya conservación y conocimiento debemos dar las gracias al infatigable celo del excelente Sánchez. Este hombre altamente notable se llamaba *Juan Ruiz*, más conocido bajo el nombre del *arcipreste de Hita* (*Joan Rois*, *arcipreste de Fita*, como él se llama á sí mismo). Lo poco que acerca de las circunstancias de su vida nos pudo decir el erudito Sánchez se limita á que nació probablemente en Guadalajara ó en Alcalá de Henares, hacia el principio del siglo xiv, que era ya arcipreste en el pueblo de Hita (á cinco leguas de Guadalajara) cuando por mandato del cardenal D. Gil de Albornoz, entonces arzobispo de Toledo, fué apresado en esta ciudad, entre 1337 y 1350, por calumnias y falsos testimonios, por lo menos él así lo afirma, y que durante el tiempo de su prisión, lo mismo que Cervantes, compuso sus poemas (1343, era de 1381, según el manuscrito de Salamanca), y que murió tal vez en el año 1351 (1). Así es que la literatura española debe agradecer á la misma casualidad que dió ocasión á que se compu-

(1) La obra de este poeta llena todo el cuarto tomo de la tan á menudo citada colección de Sánchez (*Poesías del Arcipreste de Hita*), que hizo su edición sobre tres manuscritos, que por desgracia no las contenían completas, y, lo que es más de lamentar, suprimió el editor, por excesiva escrupulosidad, una poesía entera y varios pasajes, según él mismo, «no los menos festivos é ingeniosos (a).» He dado en el texto el año de la composición conforme á la opinión de Sánchez, que sigue en esto al manuscrito de Salamanca, fundamento en general de su edición; pero debo confesar que no estoy completamente convencido de sus razones, y mucho más cuando tengo por más exacta la indicación de los otros dos manuscritos, manifiestamente más antiguos (Cod. de Toledo, del cual dan un facsímile los traductores españoles de Bouterwek, y Cod. de Gayoso) es, á saber, el año 1330, era de 1368.

(a) Estos pasajes (que publicó por primera vez D. José Amador de los Ríos en el tomo iv de su *Historia Crítica*) han sido incorporados en la nueva edición del Arcipreste dada por D. Florencio Janer en el tomo de *Poetas castellanos anteriores al siglo XV* de la Biblioteca de Ravadeneyra, siendo ésta la única ventaja que tal edición lleva á la de Sánchez. El Arcipreste no ha encontrado todavía un editor digno de su mérito, y en este punto es justísima la crítica de Wolf sobre la incuria de los españoles.—(M. M. y P.).



siera el incomparable *Don Quijote*, una obra no menos notable para su tiempo, afirmación que á muchos parecerá atrevida, y que creo poder ratificar aquí insertando un extracto completo, aunque lo más conciso posible, de las poesías del Arcipreste con una indicación de las fuentes de que se valió, según toda apariencia. Y esto tanto más cuanto que estas poesías forman manifiestamente un todo, aunque unido con poca coherencia, y sólo desde este punto adquieren su verdadero mérito, mérito que no les han concedido ni Bouterwek, que no llegó á conocer la edición completa de Sánchez y juzgaba tan sólo por los fragmentos dados en el extracto de Velázquez, ni muchos de los sucesores de Bouterwek, incluyendo entre ellos á sus traductores, los cuales se han contentado con repetir algunos pasajes de la introducción de Sánchez (1).

El arcipreste de Hita empieza su obra, según el espíritu de

---

(1) Se puede disculpar á Bouterwek, porque, según parece, no se hallaba entonces en la Biblioteca de Gottinga el cuarto tomo de la colección de Sánchez; pero en cuanto á su fiel repetidor Sismondi, que aquí se ha dejado llevar por su guía, ¿cómo es que confiesa que tuvo á mano la edición de Sánchez y procura salir del paso con un juicio nada acertado? —¡La verdad es que una obra como la de nuestro poeta, cuya comprensión en toda su integridad no es cosa de poco trabajo á causa de su lenguaje á menudo oscuro, de sus alusiones satíricas, de sus muchas imitaciones, intercalaciones y digresiones; una obra así, exige algo más que una simple «ojeada»! —Hay que vituperar también en los traductores españoles el descuido de una revisión total de este artículo.—Claros, por el contrario, nos ha dado un análisis muy recomendable de la obra de Juan Ruíz.—En un periódico de Madrid de 1841, titulado *El Trovador Español*, se halla (páginas 17, 19 y 29) un artículo acerca del Arcipreste, en el cual, junto á un retrato (de fantasía) suyo, hecho en madera según un dibujo á la pluma del manuscrito de Toledo, tenemos una noticia biográfica acerca de él, algunas observaciones de Sarmiento (según sus escritos póstumos) sobre los manuscritos que éste vió, y la promesa de proporcionarnos algunos trozos impresos. Pero ni las noticias contienen nada de nuevo ni cumplieron su promesa, pues el único poema que dieron á luz no fué más que una lección mala de la «*Cántica de Serrana*», impresa por primera vez la edición de Sánchez (coplas 933-945).—Es cosa que no admite disculpa el que los españoles no hayan preparado en tanto tiempo ninguna edición completa y crítica de uno de sus poetas más geniales.



la Edad Media, con una oración á Dios, á Jesucristo y á la Virgen María, en que les pide le liberten del triste estado, es, á saber, de la prisión en que le han puesto sus malos calumniadores (*mezcladores*). Este poema está en estrofas de alexandrinos de cuatro versos, unidos por la misma rima, de los que se sirve en general en la mayoría de las partes narrativas y didácticas de su obra, según la costumbre de los poetas artísticos españoles de entonces, de manera que, si no indico expresamente que se trata de otro género de verso, debe entenderse siempre éste.

Sigue á esa invocación un prólogo en prosa, en el cual procura preservar su obra de toda mala inteligencia, manifestando su *intento*, para que no se fijen sólo en el sentido de las palabras y en la forma aparentemente seductora y perniciosa. Dice que compuso «este nuevo libro» para que, leyéndolo y oyéndolo, «homen ó mujer de buen entendimiento, que se quiera salvar, descogerá, et obrar lo ha: et podrá decir con el psalmista: *Viam veritatis,*» etc.

Acerca de la forma métrica que emplea, como fin secundario de esta obra, se expresa de esta manera: «Et compóselo (este libro) otrosí á dar algunas lecciones, é muestra de versificar, et rimar, et de trovar; con trovas et notas, et rimas, et decades, et versos, que fis complidamente segund que esta ciencia requiere.»

En los poemas introductorios que siguen á este, vuelve á invocar de Dios ayuda, para poder acabar un «libro de buen amor», que sirve de agrado y enseñanza, y hacerlo en forma métrica y en rima, para ser así oído con más gusto:

«Et porque mejor de todos sea escuchado,  
Fablarvos he por trobas e cuento rimado.»

Luego, en algunas comparaciones bien escogidas, expresa su deseo de que no se juzgue su libro meramente por su burlesca exterioridad («non es libro necio de devaneo»), sino que se penetre el sentido profundo que hay bajo ella. Y como con-



sidera á la Virgen María principio y raíz de todo bien, quiere cantarla antes de todo. Siguen dos poemas sobre los siete gozos de la Madre de Dios, el primero con una *cabeza* en estrofas de cuatro versos de cuatro sílabas cada uno, y estrofas también de cuatro versos, estos octosílabos; el segundo en estrofas de seis líneas, en las cuales viene siempre tras dos versos octosílabos, un pie quebrado (de cuatro sílabas); ambos notables por la artística disposición de la rima.

Vuelve ahora á su precedente tema, prosiguiendo así su prólogo poético:

«Palabras son de sabio, e dixolo Caton  
Que homen a sus coidados, que tiene en corazon,  
Entreponga plaseres e alegre la razon,  
Que la mucha tristeza mucho coidado pon.  
Et porque de buen seso puede homen reir,  
Habré algunas burlas aquí a enxerir:  
Cada que oyerde, non querades comedir,  
Salvo en la manera del trovar et del dezir.»

De otro modo le podía suceder con sus lectores lo que al doctor griego con el vagabundo romano (copla 36-53, burla contada con mucho gracejo, según una fuente que desconozco, pero que sospecho sea medio latina) (1). Conciérne, ante todo, al lector, el hallar el recto sentido; á todos habla el escrito, pero sólo los avisados sabrán interpretarlo bien.

Viene ahora al objeto propio de su obra:

Como dise Aristóteles, cosa es verdadera,  
El mundo por dos cosas trabaja: la primera,  
Por aver mantenencia; la otra cosa era  
Por aver juntamiento con fembra plasentera.

y añade ingenuamente (2) esta cláusula:

(1) Por lo menos habla en favor de esta sospecha el que se halle la misma burla en *Burla y Serio*, de Pauli (Frankfurt a M. 1894. *Von Keysern und weltlichen Regimenten*. Hoja 28 v.º Disputa un necio). Comp. Wiener Modezeitung, 1835, 1 Diciembre, y otro semejante en Rabelais. Vid. Pui-busque, *Hist. comparée des litt. esp. et franç.*, I, páginas 87-88.

(2) Aquí la *ingenuidad* no es del Arcipreste, sino de Wolf, algo cándoro á fuer de buen alemán.—(M. M. y P.).



Si lo dixiese de mio, serie de culpar,  
Diselo grand filosofo, no so yo de rebtar.»

Que el filósofo dijo la verdad, lo vemos en el ejemplo de todos los animales, más aún en el del hombre, que lo mismo que aquéllos sirve irregularmente al instinto genésico y da su mejor tiempo al loco amor, esto es, á la simple concupiscencia de los sentidos, pues el instinto es más fuerte que la razón.

«Et yo como soy omen como otro pecador,  
Ove de las mugeres á veses grand amor,  
Probar omen las cosas non es por ende peor,  
E saber bien, é mal, é usar lo mejor.»

Después de esto, el poeta, para mostrar igualmente en los desvaríos de la propia novela de su vida el conocimiento del amor loco y el del verdadero, empieza el relato de las aventuras de su vida (de cómo el arcipreste fué enamorado), efectivas algunas, pero, en parte, según confesión del arcipreste mismo, inventadas.

«Así fué que un tiempo una duenna me priso  
De su amor non fuí en ese tiempo repiso,  
Siempre avia della buena fabla, é buen riso,  
Nunca al fiso por mí, ni creo que faser quiso.»

Esto no le bastaba, y como no podía verla ni hablarla un momento sin testigos, pues

«Mucho de omen se guardan allí (las dueñas) do ella mora  
Mas mucho que non guardan los Judios la Tora»,

acude al recurso de una *mensajera*, para por este medio enviar á aquélla una *cantiga* (1). Pero hay una palabra muy verdadera que dice: «qué la duenna compuesta, si non quier el manda-

(1) Es un rasgo de la historia de las costumbres de aquel tiempo que no se debe dejar pasar por alto, el que casi todas las pretensiones amorosas se manifestaban por el envío de canciones compuestas al efecto. De ordinario se dice: «Enviel esta cantiga que es deyuso puesta»; pero, por desgracia, se nos han conservado pocas de ellas en el manuscrito, pues faltan las más: es de creer que los copistas, avaros de espacio, no creían que merecieran el trabajo de ser copiadas semejantes pequeñeces, insignificantes



do, non da buena respuesta». La bella contesta á la mensajera que con ella son trabajo perdido todas sus artes persuasorias, que se ha hecho prudente y se previene de sus engaños por el mal que ha visto se han atraído otras, y le cuenta la fábula de la zorra, que, animada por el ejemplo del lobo, supo repartir mejor el toro muerto con el león doliente y flaco (1).

Entre tanto, entremetidos calumniadores le han hecho sospechoso á la dama, y cuando ésta llega á conocer su pretensión, la rechaza por completo. Sin embargo, le deja que haga sobre ello «algún triste dictado»; lo hace, y ella, como él se jacta, canta no sin dolor:

«Más que yo podría ser dello trovador.»

Maldice á los calumniadores, que le atribuyeron jactancias indiscretas, por lo cual recelaban con desconfianza de la sinceridad de sus pretensiones, y por ello, irritado contra aquéllos, decía á su mensajera:

«... Quando quier casar ome con duenna onrada,  
Promete e manda mucho; desque la ha cobrada,  
De quanto le prometió, o le da poco, ó nada.»

Lo cual le explica á ella, que era «mucho letrada», por una «fabla compuesta de Isopete (Esopo)», sacada «de la tierra parturienta, que parió al cabo un ratón (2)». El resultado de esta

---

á sus ojos, y sólo hacían excepción en favor de cantos de contenido *religioso*, escogiendo entre los demás, á lo sumo, algunos, según su gusto. ¡Cuánto no ha perdido por esto la historia de la lírica y la métrica españolas!

(1) Impreso en la *Floresta* de Faber, tomo II, núm. 442.—Véase la fuente original en *Aesopus-Corai* (Μύθων Αἰσωπειῶν Συναγωγή, París, 1810, § 8), fab. 38: Αἰών, κατ' ὄνοσ κατ' ἀλώπηξ.—Comp. el modelo más próximo en Legrand, *Fabliaux*, etc..., 3ème éd., París, 1829, 8. Tomo IV, *Fables de Marie de France*, pág. 360 (no se halla entre las fábulas de esta poetisa editadas por Roquefort), y Reinardus, 10, en Jac. Grimm, *Reinhart Fuchs* (Berlín, 1834, 8, pág. LXXVI).—Nuestro poeta llama siempre á sus fábulas «Enxiemplo», lo mismo que los poetas españoles de la Edad Media, v. gr.: B. Boner ó Stricker, «Bispel».

(2) Véase Fedro, lib. IV, fab. XXII; *Mons parturiens*.—Nuestro español se



primera pretensión fueron, como se ha dicho, unas calabazas. El poeta procura consolarse con una sentencia de Salomón, que todo es vanidad, excepto el amor de Dios; y la mayor locura un trabajo sin éxito. Así es que él, ni de ésta ni de otra mujer honrada habla mal, lo cual sería una gran grosería, puesto que una mujer buena y hermosa es *el más alto bien de la tierra y la mayor delicia*. Porque si la mujer fuera algo malo, no se la hubiera dado Dios al hombre por compañera ni la hubiera creado tan noble, ni el amor tendría tanto encanto para que todo le preste pleito homenaje:

«Por santo nin santa que seya, non sé quien  
Non codicie compañã, si solo se mantien.»

Como él se hallaba en este último caso, dirige su mirada á otra, menos inaccesible («puse el ojo en otra non santa»). Pero tampoco con ésta consigue su propósito; pues un falso amigo, de quien se sirve como de medianero de amor, aprovecha la ocasión para sí:

«El comió la vianda, é á mí fiso rumiar.»

El poeta se venga con una poesía burlesca (*trova cazurra*) de este falso medianero. («De lo que contesció al arcipreste con Fernand García, su mensajero.») Esta poesía burlesca consta de una *cabeza* de dos líneas y cinco estrofas de cinco, todas ellas de versos octosílabos; los primeros tres versos de cada estrofa están unidos con rimas *femeninas* ó llanas, pero el cuarto acaba con la rima *masculina* ó aguda de los dos versos de la *cabeza*. Parece haber sido compuesto en tono popular (1).

---

refiere aquí, según todas las probabilidades, á una de aquellas compilaciones de fábulas esópicas, corrientes en la Edad Media, que él, lo mismo que los troveros, llama *Isopete* (los troveros *Isopet*). Quizá era su fuente inmediata una redacción francesa del Norte, puesto que, como tendré ocasión de mostrarlo más adelante, estaba muy enterado de las poesías de los franceses del Norte.

(1) Esta poesía burlesca contiene un juego de palabras, para mí ininte-



Estas dos desgraciadas intentonas debían haber hecho que se apartara de toda otra pretensión amorosa; solamente que los astrólogos dicen con razón que cada cual trae su sino determinado desde su nacimiento, contra el cual es inútil que se esfuerce. Como prueba de esto, invoca el ejemplo del rey moro Alacarás, que preguntó á cinco de los más eximios «sabios naturales», acerca de la suerte futura de su hijo recién nacido, y cada uno de ellos le anunció para éste una muerte de distinto género, sentencias que parecieron inconciliables y que, sin embargo, se cumplieron todas ellas al pie de la letra (coplas 119-129) (1). Pero no se le vaya á tachar de fatalista ó hereje por su fe en las sentencias de la astrología, pues procura defenderse contra tal reproche por una comparación ingeniosa, comparando á Dios con el Papa ó un rey, y á la suerte con sus leyes, de modo que aquéllos, á pesar de las inalterables sentencias de éstas, ejercitan el derecho de la gracia. Hace aplicación de esto á sí y su propia suerte, puesto que, prosigue, muchos han nacido bajo la estrella de Venus, y deben, por lo tanto, durante su vida, rendir homenaje al Amor, aun cuando trabajen mucho y sólo raras veces alcancen el anhelado premio:

«En este signo atal creo que yo nascí,  
Siempre puñé en servir dueñas que conocí,  
El bien que me fecieron, non lo desgradecí,  
A muchas serví mucho, que nada acabescí,  
Como quier que he probado mi signo ser atal

ligible, con el nombre «Cruz», acaso el de la bella. Habla de otro poema burlesco, no incluido en el manuscrito, acerca del mismo objeto:

«Del escolar goloso compañero de Cucaña  
Fise esta otra trova, non vos sea extraña.»

La mención del *pays de Coquaigne*, invención de los *Fabliers*, es otra prueba de su conocimiento con estos poetas. (Véase la nota á los *Cuentos de Schlauraffenland* en los *Cuentos de niños* de Grimm, parte III, 3.<sup>a</sup> nota, 1856, páginas 239-242.)

(1) Me es desconocida la fuente, manifiestamente oriental, de este relato; acaso sea una leyenda popular mora.



En servir á las dueñas puñar é non en al;  
 Pero aunque ome non goste la pera del peral,  
 En estar á la sombra es placer comunal.»

Cuenta ahora los ventajosos efectos del amor, al cual sólo ha de echarle en cara una falta y descubrirla para gobierno de la verdad, aun á riesgo de perder con las mujeres, y es «que el amor siempre habla mentiroso». Presenta la apariencia de verdad, pero es como una manzana hermosa y bien oliente, que tiene podrido el troncho. «Por vos descubrir esto, duenna, non haya pena, por las verdades se pierden los amigos, et por las non desir se fassen desamigos».

A pesar de estas hermosas máximas que sabe regalar á otros, vuelve nuestro poeta á enamorarse una vez más, pues nadie puede contra su estrella y, «como dise el Sabio», la costumbre es otra naturaleza. Describe las perfecciones y encantos de su nueva hermosa (otra vez: «una duena encerrada»):

«Por amor desta dueña fis trovas é cantares  
 Sembré avena loca ribera de Enares;  
 Verdat es lo que disen los antiguos refrares  
 Quien el arenal siembra non trilla pegujares.»

Es despreciado de nuevo; porque ella no quiere que le compren su honra y la salud de su alma al precio de fútiles regalos y de canciones. Le sucede con ella lo que al ladrón de la fábula con el fiel perro de guardia, á quien intentó en vano sobornar y hacerle inofensivo por medio de pan envenenado (1). Entonces parecele más prudente retirarse, y se consuela con su estrella desgraciada:

(1) Vide Fedro: lib. I, fáb. XXIII: *Canis fidelis*.—Cuando, como aquí me refiero á algún fabulista de la antigüedad clásica como á fuente original, entiéndase bien que nuestro poeta no sacó su fábula inmediatamente de él, sino por medio de alguna versión ó arreglo en bajo latín ó francés septentrional; tan sólo cuando este medio se diferencie del original por algún rasgo característico que pase á la imitación, me referiré á éste juntamente con aquél.



«Ca segund vos he dicho, de tal venturo seo,  
Que si lo fas mi signo, ó si mi mal aseo,  
Nunca puedo acabtar lo medio que deseo,  
Por esto á las vegadas con el amor peleo.  
Direvos una pelea, que una noche me vino,  
Pensando en mi ventura sannudo et non con vino:  
Un omen grande, fermoso, mesurado á mi vino;  
Yo le pregunté, quien era? dixo: Amor tu vesino.»

Viene precisamente á refrescar su ánimo; le llena de reproches é improperios, le echa en cara sus artificios, entre otros, el debilitar á los hombres y hasta perturbarles la fuerza física. («Siempre tiras la fuerza, dísenlo en fasañas»). Así es que se cuenta la historia de un muchacho joven, muy fuerte é indomable, que quería casarse nada menos que con *tres mujeres* cuando *una sola* era suficiente para domarle (coplas 179-186) (1).

«Los que te non probaron, en buen dia nascieron,  
Folgaron sin coydado, nunca entristecieron,  
Desque á ti faltaron, todos su bien perdieron,  
Fueles como á las ranas, quando el rey pidieron (2).»

Y luego le dice:

«Bien ansi acaesce a todos tus contrallos,  
Do son de ti sennores, tórnanse tus vasallos;  
Tu despues nunca piensas si non por astragallos,  
En cuerpos e en almas asi todos tragallos.  
Querellanse de ti, mas non les vale nada,  
Que tan presos los tienes en tu cadena doblada,

(1) Este chiste, contado con mucho gusto, es una imitación de los *fabliaux du Vallet aux douze fames*. (V. Barbazan, *Fabliaux... publ. par. Meon*. París, 1808, tomo III, pág. 148.) Pero nuestro poeta sobrepuja con mucho á su modelo en la ingenuidad del relato y en las circunstancias accesorias que lo acompañan, alteradas con éxito (a).

(2) Véase Esopo-Coray, fáb. 167: Βάρπαχοι.—Impreso en la *Floresta* de Faber, tomo II; núm. 436.

(a) En la *Filosofía Vulgar* de Juan de Malara se lee un notable cuento en octavas reales sobre el mismo argumento, compuesto por un poeta anónimo, que probablemente es el Licenciado Tamariz.—(M. M. y P.)



Que non pueden partirse de tu vida penada;  
 Responde á quien te llama, vete de mi posada.

.....

Quanto mas aqui estas, tanto mas me asanno  
 Mas fallo que te diga, veyendo quanto danno  
 Siempre de ti me vino, con tu sutil enganno,»

Pero como á pesar de todo esto, el amor sigue terco, el poeta sostiene su palabra de presentarle el registro completo de sus pecados; y ya desde el principio dice edificantemente:

«Contigo siempre traes los mortales pecados (1).»

Trata este tema, lo pone de relieve con ejemplos de la historia bíblica y de la profana y con fábulas, y aplica á su enemigo mortal «Don Amor» el concepto de todos los restantes pecados. En primer lugar, describe al jefe de estos vasallos del amor, la codicia, raíz de todos los males:

«De todos los pecados es rais la cobdicia,  
 Esta es tu fija mayor, tu mayordoma ambicia,  
 Esta es tu alferes, et tu casa-oficia...»

Lo representa por la fábula del perro con el pedazo de carne (2). Después va recorriendo uno por uno los demás; es á saber, los siete pecados capitales, que alistados bajo la bandera del amor le preparan las pobres víctimas de la batalla. Abre la marcha «Soberbia», y aquí intercala la fábula del corcel y del humilde asno de carga (3). Sigue «Avarisia» con la fábula del lobo y la grulla (4). «Luxuria», cuyo trastornador efecto muestra el poeta en el ejemplo de David y el del Virgilio mítico (5)

(1) Asunto favorito de los escritores de la Edad Media. Recuérdese, para no eitar más que uno de los ejemplos más conocidos en los *Persones Tale* de Chaucer, *de septem peccatis mortalibus*.

(2) Véase Esopo-Coray, fáb. 209: Κύων κρέας φέρουσα.

(3) Véase Ibid. fáb. 58. "Ονος καὶ ἵππος; más cerca aún de Romulus Ulmensis, lib. III, fáb. 3; *Equus et Asinus* (en la edición de Fedro de Schwatbe y Gail), Paris, 1826, 8; tomo II, páginas 455-456.

(4) Véase Esopo-Coray, fáb. 144: Λύκος καὶ Γέρανος.

(5) Relata la conocida historia del Virgilio mítico con la dama roma-



y por la fábula del águila y el cazador (1); «Invidia» en que intercala la fábula del grajo con las plumas de pavo real (2); «Gula» con la fábula del león y del caballo (3); «Vanagloria» (ira) ocasión que le sirve para contar la fábula del león viejo y enfermo á quien maltratan todos los animales, incluso el asno, y que se mata por esto de odio y vergüenza (4); y final-

na. Comp. las leyendas y cuentos ingleses antiguos, según los viejos libros populares. Editado por W. C. Thom (a). Nuestro español ha añadido algunas circunstancias accesorias, que, en cuanto yo conozco, no se hallan en ninguna otra versión de esta leyenda, y por lo tanto las pongo aquí:

Después desta desonra et de tanta vergueña,  
 Por faser su loxuria Vergilio en la dueña,  
 Descantó el fuego que ardiese en la leña,  
 Fiso otra maravilla quel omen nunca ensueña.  
 Todo el suelo del río de la cibdad de Roma  
 Tiberio, agual cabdal que muchas aguas toma,  
 Fisle suelo de cobre, reluse más que goma,  
 A dueñas tu loxuria desta guisa las doma.  
 Desque pecó con ella, sentiose escarnida,  
 Mandó faser escalera de torno enjerida  
 De navajas agudas, porque á la sobida  
 Que sobiese Vergilio, acabase su vida.  
 El sopo que era fecho por su escantamente  
 Nunca más fué á ella, sin la hobo talente.

En Español vuelve á verse esta leyenda: *Celestina*, acto 7 (edición de Madrid, 1822, 8 pág. 163);—Alonso Martínez, Arcipreste de Talavera. «De las malas mujeres, ó Corbacho, Parte I, c. 18;—y en los romances: «Mandó el rey prender Vergilios.» Comp. con esto las notas de Durán, Romancero general, segunda edición, t. 151.)

(1) Véase *Fabul. Aesop. ex Aphthonio Sophista*, fáb. 32 en: *Fabul. Aesop... c. ac. st. Fr. de Furia*. Lipsiae, 1810, 8; fáb. 218: Τοξότης καὶ Ἄετός.

(2) Impresa en la «Floresta» de Faber, tom. II, núm. 447.—Véase Phaedrus, lib. I, fáb. 3. *Graculus superbus et Pavo*.

(3) Véase Romulus Divisionens, et Ulmens; lib. III, fáb. 2: *Leo et Equus*; en nuestro poeta con alguna alteración y otra moraleja completamente distinta.—En Faber, l. c., núm. 444.

(4) Véase Phaedrus, lib. I, fáb. 21: *Leo senex, Aper, Taurus et Asinus*. En español, á causa de la aplicación, con otra terminación.—En Faber, l. c., núm. 445.

(a) Sobre la leyenda de Virgilio mago debe consultarse principalmente la obra magistral de Comparetti *Virgilio nel medio-evo*.—(M. M. y P.)



mente «Acidia» que explica por la fábula del zorro citado á juicio por robo ante el mono (1).

Ni aún después de este considerable catálogo de pecados ha agotado el poeta sus reproches contra «Don Amor»; prosigue increpándole como seductor de hijos, pervertidor de las costumbres, etc., etc.; quien más le cree, más acerbamente será engañado por él; seductor y seducida, engañador y engañada son al fin y á la postre burlados por el muy perverso, y les sucede con él como en la fábula al ratón y á la rana con el buitre (2). Finalmente cierra el poeta su filípica, y no por falta de asunto, puesto que añade sencillamente:

Mucho más te diría, salvo que non me atrevo,  
Porque de muchas duennas mal querido sería,  
Et mucho garzón loco de mi pro sacaría,  
Por tanto non te digo el diesmo que podría:  
Púes cállate e callennos, Amor, vete tu vía.

Pero sería una acción más que inicua que «Don Amor», que se ha dejado insultar tanto tiempo sin decir palabra, se vaya callando; el autor, teniendo en cuenta la justicia poética, se cree obligado á oír y aceptar la réplica. («Aquí habla de la respuesta que D. Amor dió al Arcipreste.») El Dios, menos vengativo que lo que se suele creer, no se contenta, sin embargo, con reprenderle meramente sus inconsideradas injurias, y mostrarle que en gran parte debe culpar á su adversa fortuna; sino que le da magnánimamente buenos consejos de cómo ha de conducirse en adelante para conseguir que le correspondan las be-

(1) Véase Phaedrus, lib. 1, fáb. 10: *Lupu et Vulpis, iudice Simio*. En nuestro poeta está muy aumentada y convertida á la vez en sátira contra los jueces y abogados. («Abogado de fuero: oy habla provechosa») y parodia del estilo judicial; notable en este respecto como descripción de los procedimientos de derecho usados entonces. Aquí empieza el extracto en Velázquez.—Copla 364-377 según Sánchez.

(2) V. Esopo-Coray, fáb. 245: *Mūs καὶ Βάτραχος*



las, recomendándole que lea diligentemente los escritos de sus avisados discípulos «Pánfilo» y «Nasón» (1):

Quesiste ser maestro ante que discípulo ser,  
Et non sabes la manera como es de deprender,  
Oye é leye mis castigos, é sabelos bien faser,  
Recabdarás la dueña, é sabrás otras tener.

.....

Si leyeres Ovidio el que fué mi criado,  
En él fallaras fablas, que le hobe yo mostrado,  
Muchas buenas maneras para enamorado,  
Pánfilo y Nasón yo los hobe castigado (2).

(1) Estos consejos, que dan al poeta primero Amor, y Venus después, son sin duda alguna imitación del «Arte de amar», de Ovidio, como se puede probar en cada caso (p. ej., copla 418, compárese con *art. amat.*, libro I, v. 32-33;—421 con *ibid* v. 35;—426-447, con lib. II, v. 197-98, etc.) Pero un Ovidio vestido á lo medioeval y felizmente localizado por nuestro español.—Cuán amenudo fué imitada esta obra de Ovidio por los poetas de la Edad Media, véase p. ej., en Legrand «*Fabliaux*» (París, 1829, tomo II, página 265-296), quien de muchos poemas semejantes en antiguo francés, acerca del arte amatoria, ha escogido y dado á conocer tres, formados sin género de duda según el modelo de Ovidio. Acaso nuestro español tuvo á la vista, dado su conocimiento de las obras de los troveros, alguno de ellos.

(2) Comp. también copla 865.—Del Pánfilo aquí nombrado tendré ocasión de hablar más adelante.

FERNANDO WOLF.

(Continuará.)



## OBRAS NUEVAS

---

- Afán de Ribera (A. J.)—La Noche Buena; juguete cómico. En 8.º, 26 páginas: 1 peseta.
- Agenda médica para el bolsillo ó libro de memoria: diario para 1895. En 12.º, II 118 hojas de memorandum, 248 páginas y anuncios. En tela: 2,50 pesetas.
- Aleu (L. M.)—Nociones de contabilidad general del Estado. En 8.º, 79 páginas: 1,50 pesetas.
- Alfaro y Navarro (E.)—Colección de trozos escogidos de los autores clásicos latinos. En 8.º, 343 páginas: 6 pesetas.
- Almanaque de Barcelona Cómica para 1895. En 4.º mayor, 64 páginas: 1 peseta.
- Andreu (R.)—Taquigrafía moderna. En 8.º, 95 páginas: 2 pesetas.
- Balaciart.—La Gamazada; historia encomiástica desde los últimos días de la creación hasta al fin del mundo. En 8.º, 223 páginas: 2 pesetas.
- Balbin (V.)—Tratado de estereometría genética. En 4.º mayor, XI-127 páginas, con 93 figuras intercaladas en el texto.
- Barra (E. de la).—Problemas de fonética, resueltos según un nuevo método. En 4.º, 192 páginas.
- Primores de la lira antigua, por Eduardo de la Barra. En 8.º, 19 páginas.
- Boado y Castro (J.)—El fusil Maüser español, modelo de 1893. En 8.º, 168 páginas: 3 pesetas.
- Boigas de Argullol (J.)—Los Pueblos orientales. China y Japón. En 8.º, 148 páginas: 2,25 pesetas.
- Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid. Tomo xxxvi. Año de 1894. En 4.º, 527 páginas: 30 pesetas.
- Briones (G.)—Cuentos. En 8.º, IX-169 páginas: 2 pesetas.
- Bruna (J. C.)—El juego ante la verdad, el derecho y la justicia. En 8.º, 128 páginas: 1,50 pesetas.
- Carcassó (J.)—Ali-oli; humorada cómico-lírica. En 8.º, 31 páginas: 1 peseta.
- Careta y Vidal (A.)—¡Tot per ella!; comedia en un acte. En 8.º, 31 páginas: 1 peseta.
- Colección de escritores castellanos. Tomo 104. Memorias de la vida del Excmo. Sr. D. José García de León y Pizarro, escritas por él mismo. En 8.º, 443 páginas: 5 pesetas.
- Delgado (S.)—... Y pocas nueces. En 12.º, 277 páginas: 2 pesetas.
- Lluvia menuda (colección de versos), por Sinesio Delgado. En 12.º, 191 páginas: 0,50 pesetas.
- Díaz de Escobar (N.)—Efímeras; colección de poesías. En 4.º, 191 páginas: 4,50 pesetas.
- Dios Baco (El); colección ilustrada de artículos, poesías, cuentos y chascarrillos vinícolas antiguos y modernos. En 8.º, 207 páginas: 1 peseta.



- Fabra (N. M.)—Cuentos ilustrados. En 4.º, 263 páginas: 4 pesetas.
- Fouillée (A.)—Historia de la filosofía, por Alfredo Fouillée; traducida por Eduardo Gómez de Baquero. En 4.º, dos tomos, 352 y 400 páginas. «La España Moderna»: 12 pesetas.—Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.
- Fuensanta del Valle (M. de la) y Vega de Armijo (M. de la).—Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia. En 4.º, 83 páginas.—Tema: El progreso de las ciencias históricas á consecuencia de los nuevos descubrimientos llevados á cabo en el siglo actual.
- García Abad (R.)—Hojas sueltas. En 8.º, 288 páginas. En tela: 0,50 pesetas.
- Gaspar (E.)—Pasiones políticas. En 12.º, 144 páginas: 2 pesetas.
- Gironi (G.)—Manual práctico de la fabricación de toda clase de pan. En 4.º, 143 páginas: 3 pesetas.
- Gómez (P. P.)—El Génesis, texto hebreo, con transcripción y versión latina. En 4.º mayor, 248 páginas: 5 pesetas.
- Gómez y Pallete (J.)—Apuntes para el estudio de la trigonometría. En 4.º, 96 páginas: 4 pesetas.
- González Llana (F.) y Francos Rodríguez (J.)—El pan del pobre: drama en cuatro actos y en prosa. En 8.º, 81 páginas: 2 pesetas.
- Guevara (Tomás).—Incorrecciones del castellano. Santiago de Chile. En 8.º, 268 páginas: 3,50 pesetas.
- Gumá (C.)—¡Jesús, María, Joseph!; juguete comich, original, en un acto y en vers. En 8.º, 32 páginas: 1 peseta.
- Helguera y García (A. de la).—Tratado elemental de contabilidad y teneduría de libros por partida doble. En 4.º, 96 páginas: 1,50 pesetas.
- Nociones y comentarios de historia general religiosa. En 8.º, VIII-264 páginas: 2 pesetas.
- Horacio. — Odas. Traducción en verso, notas y observaciones críticas del P. Hermenegildo Torres. Tomo primero. En 8.º mayor, 671 páginas.
- Hugo (F.)—Album para sellos de correos, por F. Hugo. Un tomo, papel: 16 y 17,50 pesetas.
- Hunter (G. A.)—Sumario de derecho romano, escrito en inglés, por Guillermo A. Hunter, M. A. Ll. D. En 4.º, 219 páginas: 4 pesetas.—Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.
- Los católicos alemanes, por A. Kanengieser, y los católicos españoles, por G. Villota, canónigo de Burgos. Madrid, imprenta de Luis Aguado, 1894. En 8.º, 488 páginas. Librería de G. del Amo: 2,50 pesetas en Madrid y 3 en provincias.
- Lenz (R.)—De la ortografía castellana. (Publicado en los «Anales de la Universidad».) Santiago de Chile. Imprenta Cervantes, 1894. En 4.º, 23 páginas.—No se ha puesto á la venta.
- López del Arco (A. R.)—Totum revolutum (prosa y verso). En 8.º, 229 páginas: 2,50 pesetas.
- Marcolain San Juan (P.)—Medios prácticos de convertir á Málaga en la mejor estación de invierno de Europa. En 4.º, VIII-87 páginas: 1,50 pesetas.
- Molina Donoso (A. F. de).—Cordobesas. En 8.º, 72 páginas: 2 pesetas.
- Molins (A. E. de).—Diccionario biográfico y bibliográfico de escritores y artistas catalanes del siglo XIX; apuntes y datos.—Cuaderno 44.—En 4.º, á dos columnas.—Cada cuaderno 2 pesetas.
- Moret (S).—Discurso leído en el Ateneo científico y literario de Madrid, con motivo de la apertura de sus cátedras. En 4.º, 34 páginas.
- Muñoz Morillejo (J.)—Tratado de perspectiva con aplicación á las bellas artes y artes industriales. En 4.º, 218 páginas: 20 pesetas.
- Navarro (C.)—Los vampiros; zarzuela en un acto y en prosa. En 8.º, 31 páginas: 1 peseta.
- Navarro (C.) y Herrero (M.)—Cosas de pueblo; juguete lírico en un



- acto y en verso. En 8.º, 26 páginas: 1 peseta.
- Navarro Garcia (R.)—Sinopsis sistemática de la función tutelar. En 8.º mayor, VIII-85 páginas: 1,50 pesetas.
- Navarro Gonzalvo (E.)—El Guirigay; humorada mitológica en un acto y cuatro cuadros. En 8.º, 37 páginas: 1 peseta.
- La avaricia rompe el saco; zarzuela cómica en un acto y en verso, original de Eduardo Navarro Gonzalvo. En 8.º, 34 páginas: 1 peseta.
- Nebot y Pérez (J.)—Apuntes para una gramática valenciana popular. En 8.º, 204 páginas: 2 pesetas.
- Nieto Serrano (M.)—Simbolismo geométrico de la vida. En 8.º, 99 páginas: 2 pesetas.
- Discursos leídos en la solemne sesión inaugural del año de 1895 en la Real Academia de Medicina, por el Excmo. Sr. Marqués de Guadalerzas, secretario perpetuo durante el año 1894, y el excelentísimo Sr. D. Francisco de Cortejarena y Aldebó, académico de número. En 4.º, 43 y 63 páginas.
- Tema: Crítica del pensamiento médico moderno ante la práctica.
- Pardo Bazán (E.)—Los poetas épicos cristianos. En 8.º, 331 páginas: 3,50 pesetas.—Obras completas. Tomo XII.
- Peñuela y Sánchez (J. M.)—El primer sí: monólogo cómico en verso. En 8.º, 15 páginas: 1 peseta.
- Pereda (J. M. de.)—Peñas arriba. En 8.º, 3 hojas, 543 páginas: 4,50 pesetas.
- Pérez (A.)—Mosaico escolar ó diccionario de frases, axiomas, biografías y obras literarias y artísticas. Dos tomos en 8.º, 1.279 páginas: 6 pesetas.
- Ramirez Rojas (T.)—Arquitectura románica en Soria. En 8.º, 39 páginas.
- Revilla (M. G.)—El arte en México en la época antigua y durante el gobierno virreinal.—En 4.º, 110 páginas. 10 pesetas.
- Rodriguez Pinilla (Dr.)—Las medicaciones compensadoras. En 4.º, 16 páginas: 1 peseta.
- Sala (P.)—El ateísmo ante el sentido común. Parte primera: Ateísmo popular.—Contestación á: Dios ante el sentido común, por el Abate Meslier: La religión al alcance de todos, por el Sr. Ibarreta: Las luchas de nuestros días, por el Sr. Pi y Margall: Dios, por el Sr. Suñer y Capdevila. En 8.º, VIII-207 páginas: 1 peseta.
- Salcedo (J.)—Redimida; drama en tres actos y en verso. En 8.º, 85 páginas: 2 pesetas.
- Serpa Pimentel (A. de.)—El anarquismo; estudio acerca de la cuestión social. En 8.º, 87 páginas: 1 peseta.
- Siles (J. de.)—La Lira nueva. En 8.º, 47 páginas: 1 peseta.
- Sumner Maine (S. H.)—La guerra según el derecho internacional. En 4.º, 207 páginas: 4 pesetas.—Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.
- Torre de Trassierra (G. de la.)—Cuéllar. En 8.º, 136 páginas con grabados y una lámina: 3 pesetas.
- Torres Campos (R.)—Estudios geográficos. En 4.º, XVI-475 páginas: 7 pesetas.
- Valdés (J.)—Exposición que dirige al rey D. Fernando VII el mariscal de campo D. Jerónimo Valdés, sobre las causas que motivaron la pérdida del Perú, desde Vitoria á 12 de Julio de 1827. (Documentos para la guerra separatista del Perú.) La publica su hijo el conde de Torata, coronel retirado de artillería. Tomo I. En 4.º mayor, 259 páginas.



# INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>El Ultimo vals</i> , por José Alcalá Galiano.....	5
<i>La Reacción proteccionista en España</i> , por Gabriel Rodríguez...	34
<i>En torno al casticismo</i> , por Miguel de Unamuno.....	57
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	83
<i>Goya</i> (continuación), por Zeferino Araujo Sánchez.....	101
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	135
<i>La Prensa internacional</i> , por el Licenciado Pero Pérez.....	153
<i>La Literatura castellana y portuguesa</i> , por Fernando Wolf, con prólogo y notas de M. Menéndez y Pelayo.....	185
<i>Obras nuevas</i> .....	205